

PENSAMIENTOS

Antología de textos divididos por los siguientes temas:

1. Conciencia de la misión
2. Visión dinámica del hombre y de la historia
3. Jesucristo, centro del pensamiento y de la acción
4. Presencia de la Madre de Dios
5. San Pablo hoy
6. La palabra de Dios
7. La Iglesia y el Papa
8. Un gran problema: las vocaciones
9. El sacerdote
10. El discípulo del Divino Maestro
11. La mujer asociada al celo sacerdotal
12. Una opción fundamental: la vida religiosa
13. La oración
14. Sentido constructivo de la pobreza
15. El apostolado, emanación de Cristo
16. El apostolado con los medios de la comunicación social

1. Conciencia de la misión

A lo largo de 55 años --desde el 20 de agosto de 1914 («dies natalis» de la Sociedad de San Pablo) al 6 de agosto de 1969 (fecha en que «cesa» oficialmente como superior general de dicha congregación)— el beato Santiago Alberione fundó e hizo crecer a la Familia Paulina (un conjunto de 10 instituciones, entre congregaciones religiosas, institutos de vida secular consagrada y asociaciones laicas) para responder a algunas necesidades de la Iglesia del siglo XX, especialmente a la urgencia de difundir el mensaje cristiano con los medios de la comunicación social.

La Iglesia jerárquica ha reconocido en dichas instituciones el signo de Dios y ha aprobado y alentado oficialmente esta obra multiforme.

El beato Santiago Alberione tuvo conciencia de haber sido impulsado por Dios y de haber actuado bajo su mano. Así lo afirmaba con humildad, descubriéndonos algunos momentos y modos de la acción de Dios en su vida.

1. La mano del Señor sobre mí, desde el 1900 al 1960. La voluntad del Señor se ha cumplido, no obstante la miseria de quien debía ser el instrumento indigno e inepto (cf Lc 17,10). Del sagrario ha ido viniendo la luz, la gracia, los llamamientos, la fuerza, las vocaciones, tanto en el comienzo como en el camino.

Todo sacerdote ha de afrontar dos juicios: el de los hombres y el de Dios. Para este último, el único que verdaderamente cuenta, ruego a todos el obtenerme a tiempo la misericordia del Señor, a quien en el «y a nosotros, pecadores» de la misa le pedimos que nos admita misericordiosamente en la asamblea de los santos, «no por nuestros méritos, sino conforme a tu bondad».

Siento, ante Dios y ante los hombres, el peso de la misión que me ha encomendado el Señor. El cual, de haber encontrado una persona más indigna e incapaz, la hubiera preferido. Pero esto es una garantía, para mí y para todos, de que el Señor lo ha querido y ha sido él quien lo ha hecho realizar. Al modo como un artista toma un pincel cualquiera, de poco precio y ciego respecto a la obra que se va a realizar, tal vez un hermoso Jesucristo divino Maestro.

Estamos fundados sobre la Iglesia y sobre el vicario de Jesucristo, y tal convencimiento inspira seguridad, alegría, valor.

En todo caso, el P. Alberione es el instrumento elegido por Dios para esta misión; así que ha obrado por Dios y según la inspiración y el querer de Dios; y también porque todo fue aprobado por la mayor autoridad existente en la tierra, y porque le han seguido hasta ahora muchas almas generosas. ¿Y para el futuro? Responde el P. Colin: «Cuando un instituto con sus reglas ha sido aprobado, el superior o fundador (fea expresión) ha de ser obedecido, y él debe exigirlo».

En cambio, el P. José Santiago, en cuanto individuo, se presentará al juicio de Dios con las enormes responsabilidades que haya tenido en la vida.

El Señor ha querido que yo me encontrara aún en condiciones de salud y de posibilidad para poder completar la Familia Paulina con los tres institutos seculares comenzados después del capítulo general de 1957, y que están caminando bien. Nuestra vida comenzó siempre en Jesucristo y, como en Jesucristo, partiendo del pesebre: «Gloria a Dios en lo alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (cf Lc 2,14). Puedo aseguraros a todos que todo se ha hecho sólo y siempre con la luz del sagrario y en obediencia; además, las aprobaciones de la Iglesia nos garantizan que las instrucciones son buenas, que pueden llevar a la santidad y que están de acuerdo con las necesidades de los tiempos [1960: UPS I, 374].

2. La noche que dividió el siglo pasado del corriente fue decisiva para la misión específica y el espíritu particular en que habría de nacer y vivir la Familia Paulina

Después de la misa solemne de medianoche en la catedral (de Alba), se hizo la adoración ante Jesús eucarístico. Los seminaristas de filosofía y teología tenían libertad para quedarse todo el tiempo que quisieran.

Poco antes se había celebrado un congreso (el primero al que asistía); había comprendido perfectamente el discurso calmo pero profundo y cautivador de Toniolo; había leído la invitación de León XIII a rezar por el siglo que empezaba. Uno y otro hablaban de las necesidades de la Iglesia, de los nuevos medios del mal, del deber de oponer prensa a prensa, organización a organización, (de la necesidad) de hacer penetrar el evangelio en las masas, de las cuestiones sociales...

De la Hostia vino una luz especial, una mayor comprensión de la invitación de Jesús: «*Venid a mí todos...*» (Mt 11,28). Le pareció comprender el corazón del gran papa, las invitaciones de la Iglesia, la verdadera misión del sacerdote. Le pareció claro cuanto decía Toniolo sobre el deber de ser apóstoles hoy, usando los medios utilizados por los adversarios. Se sintió profundamente obligado a prepararse para hacer algo por el Señor y por los hombres del nuevo siglo, con quienes habría de vivir.

Tuvo una sensación bastante clara de su propia nulidad, y al mismo tiempo oyó: «*Yo estoy con vosotros... hasta el final del mundo*» (Mt 28,20), en la eucaristía, y que en Jesús-hostia se podía tener luz, alimento, consuelo y victoria sobre el mal.

Vagando con la mente en el futuro, le parecía que en el nuevo siglo personas generosas sentirían cuanto él sentía; y que, asociadas en organización, se podría realizar lo que Toniolo tanto repetía: «Uníos; si el enemigo nos encuentra solos, nos vencerá uno por uno»...

La oración se prolongó durante cuatro horas, después de la misa solemne, (pidiendo): –que el siglo naciera en Cristo-eucaristía; –que nuevos apóstoles sanearan las leyes, la escuela, la literatura, la prensa, las costumbres; –que la Iglesia tuviera un nuevo empuje misionero; –que se usaran bien los nuevos medios de apostolado; –que la sociedad acogiese las grandes enseñanzas de las encíclicas de León XIII, explicadas a los seminaristas por el canónigo Chiesa, especialmente las concernientes a las cuestiones sociales y a la libertad de la Iglesia. La eucaristía, el evangelio, el papa, el nuevo siglo, los nuevos medios, la doctrina del conde Paganuzzi sobre la Iglesia, la necesidad de un nuevo escuadrón de apóstoles se le clavaron de tal manera en la mente y en el corazón que luego dominaron siempre sus pensamientos, oración, trabajo interior y aspiraciones. Se sintió obligado a servir a la Iglesia, a los hombres del nuevo siglo y a trabajar (organizadamente) con otros [1954: AD, 13-20].

3. Pensaba al principio en una organización católica de escritores, técnicos, librerías, distribuidores católicos; y dar orientaciones, trabajo, espíritu de apostolado... Pero pronto, hacia 1910, con una mayor luz, dio un paso definitivo: escritores, técnicos, propagandistas, sí; pero *religiosos y religiosas*.

Por una parte llevar personas a la más alta perfección –la de quien practica también los consejos evangélicos– y al mérito de la vida apostólica. Por otra parte dar más unidad, más estabilidad, más continuidad, más sobrenaturalidad al apostolado. Formar una organización, sí; pero religiosa; donde las fuerzas están unidas, donde la entrega es total, donde la doctrina será más pura; y esta sociedad de personas que aman a Dios con toda la mente, las fuerzas y el corazón, se ofrecen a trabajar por la Iglesia contentas con el salario divino: «Recibiréis el ciento por uno y heredaréis la vida eterna» (cf Mt 19,29). El gozaba entonces considerando parte de esas personas como militantes en la Iglesia terrena, y parte ya triunfantes en la Iglesia celestial [1954: AD, 23-24].

4. La providencia actuó conforme a su ordinario método divino, *fórtiter et suávitèr* (cf Sab 8,1): preparar y hacer converger los caminos hacia su fin; iluminar y rodear con las oportunas ayudas; hacer esperar su hora en la paz; comenzar siempre desde un pesebre; obrar con tanta naturalidad que difícilmente se pueda distinguir la gracia de la naturaleza, pero ciertamente conjugando ambas.

Por otra parte, no hay que forzar la mano de Dios; basta vigilar, dejarse guiar en las distintas obligaciones, poniendo en ellas mente, voluntad, corazón, energías físicas...

El hombre tiene siempre tantas imperfecciones, defectos, equivocaciones, insuficiencias y dudas en su obrar, que debe ponerlo todo en manos de la divina misericordia y dejarse guiar. ¡No forzar nunca la mano de la providencia!

Por las Hermanas Pastorcitas empezó a rezar a partir de 1908; pero dicha congregación comenzó treinta años después.

A menudo sucedía que necesitaba una maduración serena, calma: el Señor disponía entonces de un breve período de cama. Después de haber permanecido cerrado en la habitación, salía recuperado, con las ideas claras, y se ponía manos a las iniciativas. Presentaba al director espiritual los proyectos, corregía o añadía según los casos y, si era

menester, (los presentaba) a la autoridad eclesiástica. No siempre el momento estaba maduro, pero el Señor daba a conocer las cosas, dejando a su siervo el trabajo y también los errores... para intervenir luego remediando errores y fallos... [1954: AD, 43-47].

5. En momentos de especial dificultad, revisando toda su conducta, por si hubiera impedimentos a la acción de la gracia por su parte, pareció que el divino Maestro quería consolidar el instituto iniciado pocos años antes.

En el sueño que tuvo después, le pareció recibir una respuesta. En efecto, Jesús Maestro decía: «No temáis. Yo estoy con vosotros. Desde aquí quiero iluminar. Vivid en continua conversión». El *desde aquí* salía del sagrario, y con fuerza; como queriendo dar a entender que de El, el Maestro, se ha de recibir toda la luz.

Habló de esto con el director espiritual, advirtiéndole en qué luz se hallaba envuelta la figura del Maestro. Le respondió: «Tranquilízate; sea sueño o no, lo que dijo es santo; haz de ello como un programa práctico de vida y de luz para ti y para todos los miembros».

Desde entonces, y cada vez más, todo se orientó (hacia el sagrario) y se hizo derivar del sagrario [1954: AD, 151-155].

6. Hubo muchas personas que se ofrecieron como víctimas por el éxito del instituto, y el Señor aceptó el ofrecimiento de algunas de ellas...

Había formado a su alrededor un círculo de personas virtuosas y piadosas, que constantemente oraban en sus adoraciones; el canónigo Chiesa iba a la cabeza.

No faltaron peligros de diversa índole: personales, económicos; acusaciones al respecto, escritas y orales; se vivía azorosamente día tras día; pero san Pablo fue siempre la salvación.

Hasta en los mismos gastos se procedía con consejo y con este criterio: ¿es esto necesario?, ¿tengo recta intención?, ¿lo haríamos si estuviéramos en punto de muerte? Si las respuestas eran afirmativas, (el asunto) se ponía en manos de Dios.

A veces las necesidades eran urgentes y graves, y todos los recursos y esperanzas humanas estaban cerradas. Entonces se rezaba y se procuraba alejar el pecado y toda falta contra la pobreza. Y (llegaban) soluciones inesperadas, dinero venido por manos desconocidas, préstamos ofrecidos, nuevos bienhechores y otras cosas que él nunca supo explicarse... Los años pasaban; las previsiones de quiebra segura, según muchos, las acusaciones de locura... se disipaban; y todo se llevaba a término con fatiga tal vez, pero en paz.

Ninguno de los acreedores perdió un céntimo... y los proveedores, los constructores y las empresas siguieron siempre prestando su confianza. Bienhechores a quienes la caridad rindió el triple hubo muchos [1954: AD, 161; 164-167].

7. Aquí tenéis a un semi-ciego, guiado (cf He 7,8; 22,11; 26,18); y mientras camina es iluminado de vez en cuando para que pueda continuar avanzando: Dios es la luz [1954: AD, 202].

8. En cuanto a su pobre carcasa, algo ha cumplido de la voluntad divina; pero debe desaparecer de la escena y de la memoria, si bien por ser el más anciano debió tomar del Señor para dar a los demás. De la misma manera que el sacerdote, terminada la eucaristía, se desviste de los ornamentos y aparece tal cual es delante de Dios.

Rezo frecuentemente: «Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros» (Lc 15,18-19). Así pretendo pertenecer a la admirable Familia Paulina: como servidor, ahora y en el cielo, donde me ocuparé de quienes emplean los medios modernos y más eficaces para el bien: en santidad, en Cristo, en la Iglesia [1954: AD, 23].

2. Visión dinámica del hombre y de la historia

La educación a la laboriosidad recibida en su familia, el compromiso asumido a los 16 años de hacer algo por el Señor y por los hombres del siglo XX, las largas meditaciones juveniles sobre la historia universal (mediante la lectura de autores selectos), la misión que llenó intensamente toda su vida para suscitar nuevas energías al servicio de la Iglesia condujeron al P. Alberione a una amplia y dinámica visión de la historia y de la vida del hombre, entendida como una incesante e irreducible producción de energías para Dios y para los propios semejantes.

9. Excluyendo la doctrina de la providencia, la vida pierde sentido y se reduce a un ciego proceder en manos de las fuerzas físicas y de la malicia humana. En cambio, cuando es viva la fe en la providencia, el sentido de toda la historia humana queda bien definido, se eleva, se ahonda: Dios todo lo guía y hace converger, no tratándose ya de una sucesión y entrelazamiento de pasiones e intereses individuales. Enséñese bien la historia, a la luz de la razón y de la fe.

Por la fe en la providencia se descubre a Dios, que tiene cuidado de las cosas grandes y de las pequeñas: desde el átomo, desde el cabello de la cabeza (cf Mt 10,30), desde el lirio del campo (cf Mt 6,29) hasta el desarrollo del mundo físico, intelectual y moral; desde la creación hasta la consumación, se alegra la vida con una luz que procede de la eternidad, del juicio universal y de la certeza de una justicia eterna.

¡Cuántos razonamientos se hacen sin el uso de la razón y sin la luz del evangelio y del crucifijo! [1954: FP, 86].

10. El hombre prueba y reproduce en sí mismo la historia bíblica [1960: UPS II, 152].

11. A veces Dios usa el cincel: acontecimientos que no somos capaces de entender, son la mano del buen Dios que labra nuestras almas [1944: HM II (7), 25].

12. No hay que desanimarse, sino conservar siempre *un sano optimismo*. La historia es maestra de la vida, y nuestras pasadas experiencias nos sirven de lección para el futuro. Mientras vivimos, aunque perdamos una batalla, hay siempre tiempo para ganar otra.

«Dios dispone todas las cosas para el bien» (cf Rom 8,28), cuando se tiene buena voluntad. De lo que nos salió bien, daremos gloria a Dios; de lo que nos salió mal, nos humillaremos pidiendo mejorarlo. Hay un óptimo libro titulado «El arte de aprovechar nuestros defectos». La más terrible tentación es la desesperación; pero es más común la semidesesperación. La fe es la primera virtud, pero la segunda es la esperanza. Honremos a Dios y rindámosle homenaje con frecuencia, declarando que creemos en su bondad. A un amigo que manifestaba a César Cantú su maravilla de cómo hubiese escrito tanto y tan bien, el historiador le respondió: «Perseverando» [1954: FP, 70-71; cf CISP, 1088].

13. La historia de las naciones está al servicio del mayor acontecimiento histórico, la encarnación, mediante la cual Dios ha venido a tomar posesión de sus criaturas, a ponerse a su cabeza e introducir las al «gran día» de su reino, convirtiéndolas en un inmenso y fiel cortejo que aclama al Rey divino.

Jóvenes, en la síntesis general de la historia, hecha a la luz del evangelio y con el estudio de la filosofía, ¡levantad la cabeza! (cf Lc 21,28). A lo largo de miles de años ha ido

preparándose la plenitud de los tiempos. A Jesucristo se le considera el hombre más grande de la historia; más aún, el Dios de la historia; él realiza ahora en el Espíritu Santo lo que había comenzado; la historia, así como nuestra vida, desembocará en la eternidad.

La historia oriental y griega, la historia romana, medieval y moderna, la historia general y universal son una inmensa obra del Padre que crea y gobierna, del Hijo que ilumina y salva, del Espíritu Santo que vivifica y santifica. Jesús Maestro sea siempre vuestra luz en el estudio de los tiempos y de los pueblos. Estudiar la historia y confesar: «Al Rey de los siglos, al inmortal e invisible honor y gloria» (1Tim 1,17). Que vengan de oriente y de occidente (cf Mt 8,11) los pueblos a Jesucristo; que se efunda el Espíritu y se renueve la tierra (cf Sal 104,30). Estudiar la historia y aprender de las realizaciones y de los yerros: «Y ahora, reyes, sed sensatos; escarmentad, los que regís la tierra» (Sal 2,10) [1935: CISP, 27].

14. El estudio es para la vida; la vida es para la eternidad; todo es para Dios (cf 1Cor 15,26). Jóvenes, mirad la naturaleza, aprended a considerarla según cuanto enseña la filosofía cristiana; luego, sobre esta base, mediante la sagrada teología os elevaréis hasta alturas y verdades divinas. La Iglesia de Jesucristo, maestra de la ciencia teológica más noble, alimenta también a toda ciencia humana [Ib.].

15. El estudio ¿qué significa? Significa empeño: *Studium scientiae, studium perfectionis* (el empeño en la ciencia y en la santidad). Ha de acompañarnos hasta la muerte. A todos nos debe apremiar el aprender cosas nuevas, particularmente las que se refieren al apostolado. Hay que prepararse con cursos de estudio orientados al apostolado. En la vida no podemos hacer siempre las cosas del mismo modo. Hay que progresar cada día, cada día perfeccionarlas. Después de veinte o más años no cabe encontrarse en el punto de partida. Tampoco se puede decir: «¡Ya no soy estudiante!», pues todos estamos comprometidos a aprender [1961: SdC, 211].

16. Educar al trabajo significa elevar y procurar la fortuna, la máxima caridad y el máximo bien de un joven para la vida y para la eternidad. Cuando un hombre vive disciplinado y domina los sentidos y las situaciones, será respetado, admirado en la intimidad de la familia o en la sociedad; será útil para sí y para el prójimo; dará un buen aporte a la humanidad y a la Iglesia. ¡Sé hombre!, *vir, vis, fuerza* [1954: FP, 56; cf CISP, 1080].

17. Se necesita una base, un punto de partida: el hombre recto; sobre él puede construirse el buen cristiano, el hijo de Dios [1954: FP, 5].

18. A un cristiano no le está permitido desanimarse ni, mucho menos, rendirse ante un mundo que quisiera arrastrar a toda la humanidad hacia una vida atea. Dios es infinitamente más poderoso que el hombre.

El cristiano es, entre los hombres, el más entusiasta del progreso científico-técnico. Sólo quienes se reconocen hijos de Dios se liberan de toda esclavitud [1965: CISP, 868].

19. La única derrota en nuestra vida es el ceder ante las dificultades o, peor aún, abandonar la lucha. Si muere luchando, el hombre vence; si abandona la lucha, es un vencido; y el sitio de los vencidos es el infierno. «Al que salga vencedor le daré maná escondido» (Ap 2,17). ¡Bien vale la pena combatir por el saber y por la verdad!

Reconstruir la unidad del hombre: una vocación no está constituida por el saber; no la constituyen ni siquiera un óptimo recitador de teología, o un apologista, o un escritor

elegante y fascinador. Un muro, aunque sea principal, como la ciencia, no constituye la casa [1946 (?): CISP,131].

20. «*Mens sana in corpore sano*» [Una inteligencia sana en un cuerpo sano], ¡Dios es vida! No tienes que destruir el cuerpo, ni por jugar ni por trabajar demasiado. No debes de mermar tampoco con imprudencia o descuido tus energías y tus valores; al contrario, trata de desarrollarlos en ti con los métodos de una buena pedagogía; despliega tu arte, mejora tu oficio, ensancha tu esfera de acción así como tus conocimientos, en beneficio tuyo y de la sociedad; desarrolla tu personalidad mirando a la verdad y no a las apariencias (cf 2Tim 4,4). El trabajo que industriosamente va creciendo es imitación y acercamiento a Dios, acto purísimo; constituirá también, ya sea predominantemente intelectual o moral o físico, la principal mortificación. «Como hijos queridos de Dios, procurad pareceros a él» (*Ef 5,1)

El dinero es un don de Dios: úsalo bien; y si puedes aumentarlo, multiplica las obras para gloria del Señor. «Ponte las sandalias» (He 12,7), le dice el ángel a Pedro, ¡se preocupa hasta del calzado! Hay que tener cuidado de todo: ropa, casa, muebles, libros, medios de trabajo, etc.

Las cosas creadas son para hacernos conocer a Dios (Rom 1,20), para poder amarle, para servirle dignamente. No hemos de forzar las cosas ni la naturaleza ni nuestra razón, sino servirnos de todo como medio para la gloria de Dios y para elevarnos, que es nuestro fin.

Un ejemplo práctico lo encontramos en los salmos y en los santos, particularmente en san Francisco de Asís, que compuso hasta un himno al sol [1954: FP, 7-8; cf CISP, 756-757].

21. No hay que hablar de uno mismo, aunque a veces puede ser útil. Si yo me hubiera fijado en todas mis pequeñas enfermedades, a esta hora me encontraría desde hace cuarenta y cinco años encerrado en una habitación, evitando el aire y pidiendo que me sirvieran. El excesivo cuidado debilita; no hay que cometer imprudencias, pero sí ejercitar el cuerpo hasta donde dé de sí. Cuando la prisa o la necesidad no me lo exigen, subo las escaleras a pie, pues también esto ayuda a la salud. ¡Afuera, pues, la excesiva devoción a uno mismo! [1953: IA (4), 96].

22. El hombre es educado cuando se ha acostumbrado a usar bien su libertad [1954: FP, 13].

23. «*Nosce teipsum*» [Conócete a ti mismo] y no el montón de cosas que sirven poco o nada, si no es que perjudican. ¡Cuántas noticias inútiles o preocupaciones por cosas que no nos conciernen, mientras descuidamos el conocernos a nosotros mismos y no nos ocupamos de lo que es de interés eterno (cf 2Tim 2,3-4), o sea del único negocio! (cf Lc 10-42) [1960: UPS II, 80].

24. ¡Cuánto desperdicio de inteligencia! [1960: UPS II, 171].

25. Tenemos que leer el libro de la propia conciencia, substrayendo un poco de tiempo a lecturas inútiles, a espectáculos y proyecciones innecesarios [1960: UPS II, 80].

26. Es muy bueno un período de reflexión y de examen, fijando el juicio y la oración en nosotros mismos. Cualquier viajecito con el fin de auto-descubrirnos nos acerca un poco más al vértice del saber, pues quien se conoce a sí mismo está en lo más alto. Todos los días podemos leer un poco en este libro; sí, podemos hacerlo, pues el libro está siempre a nuestra disposición: «*noverim me!*» [¡que yo me conozca! (san Agustín)].

Esto según el entender humano; porque para nosotros que estamos en Cristo Jesús (cf Ef 2,13), que es Dios, se añade el «*nóverim Te!*» [¡que yo Te conozca!]. Jesucristo es el divino Injerto en la naturaleza, cuyos frutos de pensamiento, de obras y de aspiraciones cambia [1936: CISP, 64].

27. La vida toda es un viaje hacia la eternidad; cada jornada es un trecho de ese viaje. El conductor sensato parte con prudencia, que es una virtud cardinal; piensa en el camino que recorrer, y esto equivale al examen preventivo; se provee de carburante, aceite, buenos neumáticos y de todo lo necesario, y esto equivale a la ayuda de Dios obtenida en la oración [1960: UPS II, 120].

28. ¿Qué sucedería si el conductor perdiera el control del coche? Por eso debe estar siempre atento a maniobrar bien el volante. Ahora bien, guiarnos a nosotros mismos es mucho más difícil que conducir un coche. Hemos de gobernar nuestro interior, los pensamientos, y éstos son lo más difícil de gobernar. Hemos de gobernar el corazón, que es algo loco, la fantasía, la lengua, los ojos, el gusto, el oído, el tacto. Hemos de gobernar todo nuestro ser y en todas partes: en la iglesia, por la calle, de propaganda, en la librería, cuando estamos de recreo, en la mesa; desde la madrugada cuando nos levantamos hasta la noche cuando cerramos la jornada. ¡Siempre al volante, es decir mantener siempre el control de nosotros mismos! Al igual que a un conductor le bastaría dormirse un instante para caer en un barranco, así nosotros podemos ir de fallo en fallo si no vigilamos. Si no gobiernas tu lengua, ¡quién sabe las que dirás, antes que se haga de noche! (cf Sant 3,5-6). Hay personas que hablan por no callar; y sin embargo luego nos hemos de arrepentir siempre de la palabra incontrolada [1955: PR, 356].

29. Si a oscuras nos diésemos de narices contra un pilar, seguro que la vez siguiente nos acordaríamos, porque ¡nuestra nariz nos interesa! ¿Y por qué no hacemos lo mismo, por lo menos, cuando se trata de nuestra alma? [1961: PR, 383].

30. Si no se llora por el tiempo perdido, ¿por qué otra cosa lloraremos? [1932: HM II (4), 24].

31. *Cuidar los minutos.* Parece una expresión inapropiada, pero aclara una idea. «Perder tiempo a quien más sabe más duele» (Dante). Cinco o diez minutos multiplicados por cinco o diez veces al día nos dan algunas medias horas o algunas horas enteras; ¿y multiplicados por un año, diez, veinte o más?

Pensemos en un estudiante: leyendo diez minutos al día un libro de ascética, de sociología, de historia o de literatura, sacando el tiempo de conversaciones inútiles o de fáciles disipaciones o de lecturas indiferentes, adquiere un bagaje intelectual precioso, superando a sus compañeros [1954: FP, 73; cf CISP, 1089].

32. Hay que ser realistas en la vida: lo poco, lo sencillo, el pasito diario encaminado a la meta ideada, deseada, aconsejada y definida. ¡No vivir de sueños, sino partir de abajo y proceder por el lento y seguro camino de los esforzados! [1956: SdM, 78].

33. Son las monedas las que forman los capitales; y son las personas atentas las que acumulan tesoros para el cielo [1955: PR, 360].

34. Insisto en ello: no os dejéis alucinar por las cosas (construcciones) grandiosas. ¿Estás seguro de realizarlas? ¿Y después? ¡Después contraerás deudas grandiosas! [1957: CISP, 177].

35. No se puede pensar en recoger antes de sembrar, ni dejarse deslumbrar por la exterioridad de un resultado que, bien mirado, esconde un trabajo minucioso. El oro que hoy brilla en los vasos sagrados del altar lo buscaron en las entrañas de la tierra unos hombres desconocidos, a quienes corresponde el mérito [1935: CISP, 22].

36. La vida pasa y nos acercamos al final de nuestros días. Abandonaremos pronto este mundo y nos iremos al paraíso, donde todo es paz y serenidad. ¡Preparémonos, preparémonos para el cielo! [1941: HM II (1), 8].

37. Se muere como se vive. Hay quienes no se resignan al dolor. Al principio de mi ministerio sacerdotal, me dijo una moribunda: «¿Y qué le he hecho al Señor para que me trate así?». No se me ha olvidado nunca.

Hay que estar acostumbrados en la vida a hacer la voluntad de Dios, pues las virtudes no se improvisan, sino que se adquieren poco a poco, hasta llegar al mayor acto de virtud que será el acto más perfecto de amor a Dios, aceptando la muerte: «¡Hágase tu voluntad!» (cf Mt 6,10; Lc 22,42).

Que el Señor nos conceda la gracia de vivir bien para morir bien [1953: IA (4), 29].

38. El día de mayor fervor debe ser el último día de nuestra vida; y el año de mayor fervor, el último año de la vida [1941: HM II (1), 24].

39. Es un error cohibir al joven impidiéndole así manifestar sus pensamientos, que principalmente en la adolescencia y en momentos de crisis pueden ser raros. Hay que ayudarles, en cambio, a hablar, darles explicaciones, sostenerles, facilitarles el modo de manifestarse y de mostrarse abiertos. Luego habrá que corregir ideas; procurarles libros adecuados, exponerles razones, usar con ellos una gran paciencia y bondad [1956: SdM, 41].

40. Gran importancia tiene el estudio del carácter en las relaciones con el prójimo. Un buen carácter, que sabe adaptarse al de los demás, es una palanca potente para el apostolado; un mal carácter, en cambio, es uno de los mayores obstáculos para hacer el bien. Hombre de carácter es quien, teniendo sólidas convicciones, se esfuerza firme y perseverantemente en adecuar a ellas su conducta. El buen carácter es un entreverado de bondad y entereza, de dulzura y de fuerza, de franqueza y cortesía, que concilia la estima y el afecto de las personas con las que se ha de tratar. Por el contrario, un mal carácter, al faltarle franqueza, bondad, finura o entereza, o al dejarse llevar por el egoísmo, resulta brusco en sus modales y se hace desagradable y: hasta odioso al prójimo [1960: UPS II, 78].

41. A uno se le mete una cosa en la cabeza y ya no ve más que eso. ¡Hay que ser equilibrados como Jesucristo! Sí, que el equilibrio sea perfecto: *perfectus Deus* [perfecto Dios], y a la vez *perfectus homo* [hombre perfecto], dice el símbolo atanasiano [1962: A, 467].

42. Es un deber natural contestar las cartas, aunque sea sólo para decir que no se puede o no se sabe qué decir. Es un grave error ignorar, o fingir ignorar, las conveniencias sociales:

la urbanidad de los modales y las demostraciones de estima facilitan los caminos de la convivencia alegre y le dan a la persona una superioridad respetable. En cambio la expresión mordaz, vulgar, grosera o violenta ¡cuánto desconcierto y descontento ocasiona en quien la dice y en quien la oye! No es suficiente la sensatez, la instrucción, la virtud; todo ha de completarse con modales y trato de verdaderos religiosos [1953: CISP 759-760].

43. Todos estamos para servir; ninguno es amo. Todos en busca de la perfección, ninguno es ya perfecto [1960: UPS I, 292].

44. Quien obra, se equivoca (algunas veces); pero quien no obra, vive en un continuo error [1954: FP, 70].

45. La fe nos hace ver en todos los hombres personas a quienes somos deudores de verdad, edificación y oración [1954: FP, 25; cf CISP, 1064].

46. La fe nos hacer ver en los hombres a compañeros de viaje hacia la eternidad, deduciendo de ahí los deberes de la ayuda mutua [1954: FP, 26; cf CISP, 1065].

3. Jesucristo, centro del pensamiento y de la acción

El beato Santiago Alberione, profundo seguidor de san Pablo, tiene un pensamiento totalmente cristocéntrico. El centro dinámico de cualquier manifestación suya coincide con el expresado así por el Apóstol de las gentes: «Vivo... no yo, Cristo vive en mí» (Gál 2,20).

Consiguientemente lee el evangelio y se enamora de Cristo Maestro, formador del hombre integral, tomando al «Maestro» como punto de referencia de su vida espiritual y como fuente de su cometido apostólico: «Vosotros me llamáis Maestro y Señor y con razón, porque lo soy» (Jn 13,13); «Id y haced discípulos de todas las naciones» (Mt 28,19).

Inspirándose en una encíclica de León XIII (la «Tametsi futura», publicada el 1 de noviembre de 1900 con el fin de orientar a los hombres del siglo XX), el P. Alberione aprende a captar el misterio y la plenitud de Cristo en el trinomio de Juan (14,6): «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Pone, pues, como centro del pensamiento, oración y acción de su Familia religiosa, a Cristo tal como se nos ha revelado en esos atributos dinámicos del evangelio; y traza esta pista: «Hemos nacido para dar a los hombres a Jesús Maestro, que es camino-verdad-vida».

47. Jesucristo Maestro es quien mejor ha respetado a la persona humana, desarrollándola en sus facultades naturales y sobrenaturales, elevándola y conduciéndola a participar de Dios en el tiempo y en la eternidad [1954: FP, 36].

48. La Familia Paulina aspira a vivir integralmente el evangelio de Jesucristo camino-verdad-vida, en el espíritu de san Pablo, bajo la mirada de la Reina de los Apóstoles. No hay en ella excesivas peculiaridades, ni devociones especiales, ni demasiadas formalidades, sino que se busca vivir en Cristo Maestro y en la Iglesia... El secreto de la grandeza está en modelarse según Dios, viviendo en Cristo.

Por eso (debe estar) siempre claro el pensamiento de vivir y obrar en la Iglesia y para la Iglesia; de injertarse como olivos silvestres en el olivo vital, Cristo eucarístico (cf Rom 11,24); de pensar y alimentarse de cada frase del evangelio, según el espíritu de san Pablo... Todo el hombre en Cristo, para un total amor a Dios: inteligencia, voluntad, corazón y fuerzas físicas. Todo, naturaleza y gracia y vocación, para el apostolado. Carro que camina apoyado en las cuatro ruedas: santidad, estudio, apostolado y pobreza [1954: AD, 93-95; 100].

49. «El bien común exige que se recurra a Jesucristo camino-verdad-vida» (León XIII, enc. «Tametsi futura»). El papa dice que la devoción, manifestada de veras durante el Año santo (1900), es un buen auspicio para el nuevo siglo, pues se trata de la devoción a Jesucristo camino-verdad-vida.

La Familia Paulina la ha acogido como una herencia sagrada, sabiendo que aceptar a Jesucristo según «los tres principios necesarios para la salvación» es cuestión de vida o de perdición para todos, y ser paulino significa aceptarlo más plenamente: «En ningún otro hay salvación, es decir, que bajo el cielo no tenemos los hombres otro diferente de él al que debemos invocar para salvarnos» (He 4,12). Si Jesucristo es la única y plena salvación, hay que buscarla sólo en él; y cuanto más se participe de él, tanto más se vivirá

espiritualmente sanos. Viviendo integralmente de Cristo, todo el hombre será sano: sana la mente, sano el corazón, sana la voluntad, y el cuerpo sano moralmente; «se nos ha dado la prenda de la gloria futura» [1958: CISP, 1224].

49*. Hay una línea recta entre «Al principio ya existía la Palabra, y la Palabra se dirigía a Dios» (Jn 1,1) y la consumación de los tiempos y nuestra eternidad en Dios por Jesucristo. Esta línea (o camino) es Jesucristo camino-verdad-vida (cf Jn 14,6). Dios es uno en naturaleza, trino en personas; por atribución, se da la potencia al Padre, la sabiduría al Hijo, el amor al Espíritu Santo. Las obras de Dios *ad extra* son de las tres personas. «Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26). Pero cada una de las tres divinas personas ha comunicado algo de su propiedad. El plan se atribuye al Hijo: «Mediante la Palabra se hizo todo» (Jn 1,3; cf Col 1,16). Así como Dios es uno, también el hombre es uno; pero hay en él tres facultades: la voluntad, reflejo de la omnipotencia del Padre; la inteligencia, reflejo de la sabiduría del Hijo; el sentimiento, reflejo del amor del Espíritu Santo.

Dios elevó al hombre al orden sobrenatural, confiriéndole la gracia divina, don gratuito precisamente porque es gracia. Y esta, reflejándose en la inteligencia produjo la fe, reflejándose en el sentimiento comunicó un amor sobrenatural, reflejándose en la voluntad comunicó una fuerza particular. Dios «estaba, a la vez, fundando la naturaleza e infundiendo la gracia».

Adán pecó. Perdió la gracia que le constituía amigo de Dios, y quedó «cambiado a peor», también en lo tocante a la mente, el sentimiento y la voluntad. Necesitaba ser rehabilitado en su estado primitivo mediante la gracia y los bienes a ella anejos. El Hijo de Dios vino a reparar la antigua construcción, a restaurar al hombre y sus facultades.

Por ello restauró la mente (él es Verdad), restauró la voluntad (él es Camino), restauró el sentimiento (él es Vida).

Jesucristo vive en el cristiano, rehecho a imagen y semejanza de Dios Uno y Trino en Jesucristo glorioso, en Jesucristo cuyo miembro es; por Jesucristo se abismará en Dios Uno y Trino; cada una de las personas divinas concurre a la felicidad del hombre, de sus tres facultades. Para que la felicidad sea plena, cada facultad se verá satisfecha en todas sus aspiraciones. ¡Comienza la eternidad feliz! El camino ha sido Jesucristo, la recta ha llegado al término.

Todo el mundo es un completo ejemplar de Dios Uno y Trino [1960: UPS I, 268-269].

50. No tengo ni oro ni plata, pero os doy lo que tengo: a Jesucristo camino-verdad-vida (cf He 3,6); [1936: CISP, 63].

51. El concilio Vaticano II es el gran acontecimiento histórico-religioso de nuestro tiempo. Es un examen que la cristiandad hace de sí misma, reflexionando sobre muchos puntos reducibles a tres:

a) En qué medida se practica hoy la vida cristiana según el evangelio; hasta qué punto se está viviendo hoy esta vida en el mundo; cuánto falta aún; cuáles son los medios para una santa purificación y elevación en Jesucristo Maestro: «Sed buenos del todo, como lo es vuestro Padre del cielo» (Mt 5,48); «Aprended de mí» (Mt 11,29). «*Yo soy el camino*» (Jn 14,6).

b) En qué medida está difundida la doctrina de Jesucristo; cómo se la acepta, comprende y conserva íntegra y genuinamente en el mundo; cuáles son los medios para que conquiste todas las mentes, según el mandato de Jesucristo Maestro a la Iglesia: «Haced discípulos de todas las naciones» (Mt 28,19); «Esta es la vida eterna, reconocerte a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesús el Mesías» (Jn 17,3). «*Yo soy la verdad*» (Jn 14,6).

c) Cuánto y cómo se reza *in Christo et in ecclesia* [en Cristo y en la Iglesia], «con espíritu y verdad» (Jn 4,24); cuánto y cómo produce la cristiandad frutos de vida, de gracia, de auténticos hijos y herederos de Dios, coherederos de Jesucristo (cf Rom 8,17); en qué modo se realiza cada vez más el «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad» (Mt 6,9-10; Lc 11,2). Dificultades, perfeccionamiento, actuación práctica. «Hay que orar siempre y no desanimarse» (Lc 18,1); «Lo que pidáis alegando mi nombre lo haré yo para que el Padre reciba gloria» (Jn 14,13). «*Yo soy la vida*» (Jn 14,6) [1962: CISP, 315].

52. Hagámonos pluma y boca de Dios, por Jesucristo nuestro único Maestro [1936: CISP, 53].

53. El proceso de santificación es un proceso de cristificación: «hasta que Cristo tome forma en vosotros» (Gál 4,19). Por tanto, seremos santos a medida en que vivamos la vida de Jesucristo; o mejor, en la medida en que Jesucristo viva en nosotros: «el cristiano es otro Cristo»; como dice san Pablo de sí mismo: «Vivo... no yo, Cristo vive en mí» (Gál 2,20).

Esto se realiza en nosotros gradualmente hasta llegar «a la madurez del adulto, al desarrollo pleno de Cristo» (Ef 4,13), como crece gradualmente el niño hasta hacerse hombre adulto.

Jesucristo es camino-verdad-vida. En el trabajo espiritual tenemos la tarea de: *a)* imitar la santidad de Jesucristo, que nos enseñó el *camino* con sus ejemplos y enseñanzas: «sed perfectos» (Mt 5,48); *b)* de pensar, con espíritu de fe en Jesucristo *verdad*, según el evangelio, el nuevo testamento y la Iglesia que nos lo comunica; *c)* vivir en la gracia, que es participación de la *vida* de Jesucristo, mediante los sacramentos y demás medios. De este modo se forma en nosotros Cristo camino-verdad-vida: «reproducir sus rasgos» (Rom 8,29) y alimenta nuestra alma y facultades: voluntad, inteligencia, sentimiento [1934: CISP, 11-12].

54. Nuestra hora de adoración fue encuadrada en el esquema de Jesús Maestro camino-verdad-vida. Jesús formó a sus apóstoles comunicándoles una doctrina celestial, poniendo ante ellos el ejemplo de una vida santa y orando incesantemente por ellos (cf Jn 17,9; Lc 22,32). La conducta y el modo de obrar de Jesús ha de ser la conducta y el modo de obrar de todos los maestros de formación (cf 1Tes 1,2; 5,17; Flp 1,3; Ef 1,16). [1961: CISP, 778].

55. Por la mañana sentémonos, pues, a los pies de Jesús (cf Lc 10,39) y digámosle: Tú eres el *camino*, yo quiero seguir tus huellas e imitar tus ejemplos. Tú eres la *verdad*, ¡ilumíname! Tú eres la *vida*, ¡dame la gracia! [1935: ER, 132].

56. Acudiendo al divino Maestro, no nos encontramos con una ley sino con una Persona, aunque obre de acuerdo con una ley: «la ley del Espíritu de vida» (Rom 8,2) [1946 (?): CISP, 133].

57. Jesucristo, apóstol del Padre, fue primero *perfectus homo* [hombre perfecto]; también en esto es *camino*. El concepto de «hombre perfecto» no entraña sólo que él tuviera un alma racional y un cuerpo orgánico, sino que significa el orden perfecto de sus facultades: por una parte según Dios, y por otra y a la vez según la razón. ¿Quién pudo acusarle de falta en este punto? (cf Jn 8,46).

Fue un hijo de familia perfecto, un niño perfecto, joven perfecto, perfecto trabajador, perfecto ciudadano, perfecto súbdito, perfecto rey; fue perfecto en casa, en la sociedad, en

el trato, en la oración, en la soledad; fue perfecto en la prudencia, en la justicia, en la fortaleza, en la templanza; fue perfecto en el aprendizaje como discípulo y perfecto en la enseñanza como maestro, y en buscar la gloria de Dios y la salvación del hombre como apóstol [1954: FP, 5-6; cf CISP, 755].

58. La perfección cristiana, religiosa, sacerdotal, consiste en establecerse de lleno en Jesús Maestro *camino* (voluntad), *verdad* (mente) y *vida* (sentimiento); más aún, eso es llegar al ápice de nuestra personalidad; yo que pienso como Jesucristo, yo que amo en Jesucristo, yo que quiero en Jesucristo; o bien, Cristo que piensa dentro de mí, que ama en mí, que quiere en mí [1960: UPS 1, 187].

59. Cambiar radicalmente el modo de pensar, de vivir y de morir: tal es el vuelco maravilloso que Jesucristo quiso y realizó. Se da especialmente en las bienaventuranzas [1963: CISP, 1396].

60. En el evangelio hay dos palabras que se repiten a menudo: «vida» y «muerte». Las almas espirituales y los escritores de espiritualidad han insistido más en una o en otra según el propio temperamento o educación. Algunos dicen: «El sagrado texto es un *evangelio de vida*»; y efectivamente en él se respira, de principio a fin, el vigor de una vida nueva en Cristo: «Él contenía vida, y esa vida era la luz del hombre» (Jn 1,4).

Otros dicen: «El evangelio de Jesucristo es un *evangelio de muerte*»: «Si el grano de trigo cae en tierra y no muere, queda infecundo; en cambio, si muere, da fruto abundante» (Jn 12,24); «No hay día —dice san Pablo— que no esté yo al borde de la muerte» (1Cor 15,31); y también: «Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús» (Gál 6,17).

Ambas clases de hombres poseen solamente una parte del evangelio, pues en este muerte y vida van siempre unidas: se muere en Cristo para vivir gloriosamente en Cristo (cf 2Tim 2,11), «El que pierda su vida por mí, la conservará» (Mt 10,39). Vida y muerte resuenan juntas, se alternan con ritmo regular; se renuncia a nuestro yo para vivir de Dios (cf Mt 16,24; Lc 9,23); se abandonan unos bienes para ganar otros superiores (cf Mt 19,29): la castidad es sacrificar una vida de egoísmo por una vida apostólica y divina: se convierte, pues, en el amor más grande; la obediencia es la más grande libertad; la pobreza es la máxima riqueza [1946 (?): CISP, 132].

61. Cualquier fatiga, asociada a la pasión de Jesucristo, se convierte en elemento de redención individual y social [1954: FP, 51; cf CISP, 1077].

62. Muchos intentaron reformar a la Iglesia, pero sin reformarse antes ellos mismos; no tenían ni misión ni virtud ni verdadera devoción. Jesucristo precedió con el ejemplo, predicó con la palabra (cf He 1,1), y murió para conquistarnos la gracia [1960: UPS I, 516].

63. Algunos dicen: Hoy se necesita otra educación, otro modo de vivir, otra forma de disciplina. Contesto: La santidad está y consiste siempre en vivir de Jesucristo como nos lo presenta el evangelio: camino-verdad-vida. Y el mal está siempre en separarse del evangelio, de Jesucristo, de los ejemplos de los santos, de la teología.

La vida religiosa sigue siendo la que enseñó Jesucristo, la que propone la Iglesia, la que llevaron los religiosos santos, la que indican las constituciones.

La delicadeza no es rigorismo; el laxismo no es modernidad, sino mundanalidad del corazón [1950: CISP, 264].

64. El misterio de Cristo obrero me parece de mayor hondura que el de la pasión y muerte. ¡Cuántos años trabajando en el banco de carpintero! «¿No es este el hijo del carpintero?» (Mt 13,55); «¡Si es el carpintero!» (Mc 6,3). El sudor de su frente en Nazaret no era menos redentor que el sudor de sangre en el Getsemaní [1954: FP, 53; cf CISP, 1079].

65. Las fatigas del apostolado hemos de unir las a las de Jesús. El apostolado tiene sus cansancios, desmayos, desilusiones. Incluso hay quien no lo comprende; pero ¿es que todos comprendían el apostolado de Jesús? (cf Mc 3,20; 5,40). ¡Pensemos en él! [1941: HM II (1), 82].

66. Gran parte del mundo anda escaso de pan material. Pero le falta aún más el pan espiritual que Jesucristo nos ha traído del cielo, y que es él mismo: «Yo soy el pan de la vida» (Jn 6,35.48). Innumerables hombres viven totalmente olvidados de su destino. No piensan más que en el presente, mientras muy pronto la muerte les lleva a la eternidad. No hay quien dé este pan: «Piden pan y nadie se lo da» (Lam 4,4). Se mueren de hambre, sin entender de qué hambre se trata. Jesucristo es el pan-verdad. El apóstol de las ediciones es otro Jesucristo que va repitiendo a los hombres de todos los tiempos y lugares lo que Jesucristo predicó en su vida temporal [1946: CISP, 124].

67. ¿Acaso Jesucristo se detuvo ante las dificultades? [1954: CISP, 276].

68. En Jesucristo se encuentra el vino puro, al paso que los otros autores dan un poco de vino con mucha agua. A veces hasta suplantán al mismo evangelio. ¡Cosas del orgullo humano! Con especulaciones, razonamientos o el propio saber, los hombres se ponen en lugar de Dios, o por lo menos pretenden poner algo de lo suyo. En esos casos, para entenderles, ir a leer la sagrada escritura [1936: CISP, 1367].

69. Sucede que en libros de argumento variado o de predicación se da poco realce a la preponderante parte de la persona de Cristo en nuestra santificación. A veces se presenta la devoción a nuestro Señor como uno de tantos medios.

Nuestra devoción e incorporación a Cristo es el principio y fin y la sustancia misma de nuestra vida sobrenatural; ahí están contenidas la ascética y la mística. Las prácticas son sólo ayudas o consecuencias. Si queremos de veras santificarnos, hemos de evitar discusiones y controversias propias de las diversas escuelas de espiritualidad, y dedicarnos en cambio a vivir de forma cada vez más llena la vida de Cristo. Así alcanzaremos pronto nuestra finalidad de santificarnos. ¡No deformar la piedad de los fieles ni secundar ideas que confunden el progreso espiritual!

Puede resumirse así, en sus ideas fundamentales, la doctrina cristológica en relación con la vida espiritual: vivir de Cristo tal como él mismo se ha definido, «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6) [1963: CISP, 1379].

70. La obra religiosa y civilizadora de los misioneros es bien digna del santo entusiasmo y de la admiración de los jóvenes, de los fieles y de todo hombre razonable, pues trata de conquistar el mundo con la verdad y el amor, de dar a Jesucristo a los hombres y de dar a los hombres a Jesucristo [1935: CISP, 47].

4. Presencia de la Madre de Dios

Como fundador de una familia apostólica, el beato Santiago Alberione sintió la presencia de la Madre de Dios en orden principalmente a sus compromisos apostólicos, e invitó a sus congregaciones a venerarla con el título de «Reina de los Apóstoles». Las primeras casas paulinas de Roma las dispuso alrededor del santuario dedicado a María, Reina de los Apóstoles, erigido en homenaje filial a la Protectora de toda su obra fundacional.

Cada uno de los títulos marianos no es más que un punto de arranque para ahondar en toda la realidad de María virgen, dentro del misterio de Cristo, su Hijo. El P. Alberione propone las visiones más profundas sobre la Virgen-Madre, partiendo de considerarla como Reina de los Apóstoles, portadora del Cristo total, y por tanto ejemplo sumo de apostolado.

71. No se le puede dar ninguna riqueza mayor que Jesucristo a este mundo pobre y orgulloso. María dio al mundo la gracia en Jesucristo, y sigue brindándosela a lo largo de los siglos. Es mediadora universal de la gracia y en esta misión es madre nuestra. El mundo necesita a Jesucristo camino-verdad-vida. María lo da mediante los apóstoles y los apostolados que ella suscita, forma y corona de frutos y de gloria en el cielo (cf 1Tes 1,19-20) [1954: AD, 182].

72. Todo apostolado es una irradiación de Jesucristo; o sea, valga la expresión, dar algo de Jesucristo: la doctrina con el apostolado de la predicación, la gracia con el apostolado de los sacramentos, la formación con el apostolado de la juventud, etc. María nos dio el Cristo total, camino-verdad-vida. Ella es el apóstol establecido por Dios; quiere decirse, con Cristo apóstol y por Cristo; como también es la corredentora con Cristo redentor [1960: UPS IV, 271].

73. Los editores poseen la palabra, la multiplican, la difunden vestida de papel, tipos, tinta. Tienen, en el plan humano, la misión que en el plan divino tuvo María. Ella fue madre del Verbo divino; ella captó al Dios invisible y lo ha hecho visible y accesible a los hombres, presentándole en carne humana (cf Gál 4,4) [1954: CISP, 599].

74. María nos da siempre a Jesús, como un ramo que lleva siempre el fruto (cf Lc 1,42) y lo ofrece a los hombres: pasible, glorioso, eucarístico, camino-verdad-vida.

Ella es el apóstol de Jesús; no sólo de palabra sino de mente, voluntad y corazón.

Palabras, las necesarias y esenciales: «*Fiat*» [hágase] (cf Lc 1,38).

Obras, siempre y perfectamente (cf Jn 2,5).

Voluntad, toda; así como vivía de amor (cf Jn 4,34).

Inteligencia, consciente desde la anunciación de qué Hijo iba a ser madre.

Más que con tinta, trazó a Jesús, es decir, lo formó de ella misma, con su sangre, en virtud del Espíritu Santo.

Dándonos a Jesús, con él nos dio el santo evangelio.

Dándonos a Jesús, presentó en él toda la perfección.

Dándonos a Jesús, nos dio la redención, la eucaristía, la vida. «Reina y madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra».

María es pues «la» apóstol, la Reina de los Apóstoles, el modelo de todo apostolado, la inspiradora de todas las virtudes apostólicas. ¡Que le cante el cielo, que le cante la tierra! Y

que por ella y con ella y en ella suba a la santísima Trinidad toda alabanza [1935: CISP, 38].

75. Ahora se entiende qué quiere decir Reina de los Apóstoles. La que trajo al mundo el Jesús físico, la que forma y alimenta el Cristo místico: la Iglesia.

Ella es el verdadero apóstol, con Jesucristo y dependiendo de él. Todos los otros apóstoles participan del apostolado de Jesús y de María. El gran arquitecto es Jesús, como lo fue en el plan de la creación (cf Col 1,16-17). A María Dios la hizo grande, elegida entre todas las criaturas, y la elevó para que fuera *apóstol*.

Realicemos el triple designio de Jesucristo, a saber, el apostolado de la verdad, de la caridad y de la gracia [1947: HM II (8), 77-78].

76. No se conoce aún suficientemente lo que concierne a María Reina de los Apóstoles; tanto que una vez oí decir esta tontería: «En el cuadro de la Reina de los Apóstoles no hay nada que se refiera al apostolado». ¿Pero no está María dando a Jesús? ¿Y qué es el apostolado sino dar a Jesús? Vosotros no os dedicáis a distribuir pan, sino a distribuir la verdad, para dar a Jesús al mundo [1951: D, 180].

77. Para que el apostolado sea fructuoso, es moralmente necesario que vaya acompañado de la devoción a María. ¡Pobre de quien, con el pasar de los años, pierde o deja que se debilite en él esta devoción! [1941: HM II (1), 69].

78. Algunos me dicen: «Parece imprudente ponerse a construir (el templo a la Reina de los Apóstoles, en Roma) hoy que los precios han alcanzado alturas de vértigo». Muchas consideraciones llevarían a esa conclusión. Pero si no lo levantáramos, tampoco pagaríamos las demás cosas ni ayudaríamos a otras obras. Construir una iglesia en honor de esta Madre, que se la merece preciosa, es un deber; equivale a excavar un pozo de donde vendrá agua para todos y para todo. Se trata, pues, de una necesidad verdadera, sentida, general [1947: CISP, 591].

79. Para sacarse las muelas cuando duelen, ¿qué se hace? Se pone una inyección. ¡Habría que inyectar un poco de espíritu de María! Hay ciertos razonamientos que no levantan un palmo del suelo, mientras habría que ponerse a la altura de Dios y juzgar según la visual de Dios [1953: IA (4), 133].

80. Una buena madre es un gran tesoro en una casa.

María realiza en una casa lo que hace la mejor de las madres; mejor dicho, mucho más; lo que sería incapaz de hacer la mejor madre.

María trae la sonrisa humana y la alegría celestial, aun allí donde ha entrado el dolor.

María trae su luz celestial, que se difunde plácidamente en las almas, incluso en las que había tinieblas e ignorancia.

María endulza los corazones, los dobliga al bien, santifica las costumbres, difunde la benevolencia entre todos.

María da comprensión y afecto a los esposos, docilidad a los hijos, paciencia y laboriosidad a todos.

Por María se reaviva la fe, se refuerza la esperanza del cielo, se difunde la caridad, se establece la vida cristiana en casa [1949: CISP, 574].

81. Se necesita una cruzada de rosarios para que se produzca un resurgir cristiano, particularmente ahora después del Vaticano II [1965: FSp, 63].

5. San Pablo hoy

Buscando el mejor guía hacia la plenitud del misterio de Cristo para la salvación de los hombres, el beato Santiago Alberione descubrió a san Pablo y se hizo su más ardiente discípulo e imitador en los tiempos modernos.

Valiéndose de sus múltiples instituciones y usando los medios de comunicación social para el apostolado, el P. Alberione se propuso hacer revivir hoy, en la Iglesia, al Apóstol de las gentes. ¿Qué haría hoy san Pablo? ¿Cómo demostraría su amor a Cristo en las actuales circunstancias? ¿Qué haría si tuviera que anunciarle a los hombres de nuestro tiempo?

Por eso intituló a san Pablo dos de sus congregaciones y toda su Familia religiosa, varias iglesias, centenares de librerías y de agencias cinematográficas, y todas las demás manifestaciones apostólicas, que según su voluntad han de alimentarse abierta y valientemente de «espíritu paulino».

82. La Familia Paulina la suscitó san Pablo para continuar su propia obra: es san Pablo, vivo, sólo que hoy compuesto de muchos miembros. No hemos elegido nosotros a san Pablo: ha sido él quien nos ha elegido y llamado. Quiere que hagamos lo que haría él si viviera hoy. Si viviera, ¿qué haría? Cumpliría los dos grandes preceptos, como de hecho los cumplió: amar a Dios con todo el corazón, con todas las fuerzas, con toda la mente (cf Mt 22,37-40); y amar al prójimo sin ahorrarse nada, pues él vivió de Cristo. «Cristo vive en mí» (Gál 2,20).

Usaría los más altos púlpitos erigidos por el progreso actual: prensa, cine, radio, televisión; los mejores descubrimientos de la doctrina de amor y de salvación: el evangelio de Jesucristo. San Pablo es para nosotros una especie de «molde» (cf 1Tes 1,7; Flp 3,17; 2Tes 3,9) [1954: D, 293].

83. Antes de poner el instituto bajo la protección de san Pablo apóstol, se rezó mucho. Se buscaba un santo que sobresaliera en santidad y que al mismo tiempo fuese ejemplo de apostolado. San Pablo fundió en sí mismo santidad y apostolado. Amó de veras a Jesucristo: «¿Quién podrá separarnos de ese amor de Cristo? ¡Nada! Ni la vida ni la muerte» (Rom 8,35-39). Tras haber servido en la vida a Cristo, se encaminó intrépido al martirio inclinando la cabeza bajo la espada. «¡Ni muerte ni vida podrá separarme del amor de Dios manifestado en Cristo!» (cf ib.) Antes de tributarle al Maestro el último testimonio, le había ofrecido toda una vida de apostolado. A menudo se da realce a la actividad de san Pablo; pero antes hay que resaltar su vida interior [1961: SdC, 379].

84. El más sentido agradecimiento se lo debemos a san Pablo apóstol, que es el verdadero fundador de la institución. En efecto, él es el padre, maestro, modelo y protector. El se formó esta familia con una intervención espiritual y hasta física, que ni siquiera ahora, reflexionando, se puede comprender bien, y mucho menos explicar.

Todo es suyo: de él, el más perfecto intérprete del Maestro divino, que aplicó el evangelio a las naciones (cf Rom 1,14) y las llamó a Cristo; de él, cuya presencia en la teología, en la moral, en la organización de la Iglesia, en la adaptabilidad del apostolado (cf 1Cor 9,23-23) y de sus medios a los diversos tiempos sigue siendo actualísima y sustancial, y tal será hasta el fin de los siglos. Lo movió todo, lo iluminó todo, lo alimentó todo; él fue el guía, economo, defensor y sostén en todas partes donde se estableció la Familia Paulina. ¡Bien

se merecía la primera iglesia y la hermosa *gloria* que le presenta en su apostolado y en su paternidad para con los paulinos! [1954: CISP, 147].

85. Todas las almas que se aficionaron a leer a san Pablo llegaron a ser almas robustas [1935: ER, 148; cf SPa, 415].

86. San Pablo es el discípulo que conoce al Maestro divino en su plenitud; él lo vive entero, sondea los profundos misterios de su doctrina (cf Ef 3,18), de su corazón, de su santidad, de la humanidad y divinidad; le considera doctor, hostia, sacerdote, nos presenta al *Cristo total*, como él mismo se definió: camino-verdad-vida [1954: AD, 159].

87. Si san Pablo viviera, continuaría ardiendo en aquella doble llama de un mismo incendio: el celo por Dios y por su Cristo (cf 2Cor 5,14), y por los hombres de cualquier pueblo. Y para que le oyeran subiría a los púlpitos más elevados (cf Flp 1,18) y multiplicaría su palabra con los medios del progreso actual: prensa, cine, radio, televisión. Su doctrina no sería ni fría ni abstracta. Cuando él llegaba a un sitio, no aparecía allí para una conferencia ocasional, sino que se *quedaba* (cf He 19,10) y *formaba* hasta obtener el consentimiento de la inteligencia, persuadir, convertir, unir con Cristo, encaminar hacia una vida plenamente cristiana (cf He 19,20). No se marchaba sino cuando tenía la certidumbre moral de que sus cristianos perseverarían. Dejaba presbíteros para que continuaran su obra; regresaba a menudo (cf 1Cor 16,5-6) con la palabra y el escrito (cf Rom 15,22; He 20,17); pedía noticias, estaba con ellos en espíritu, rezaba por ellos (cf Ef 1,16) [1956: SdM, 57; cf CISP, 1152].

88. La carta de san Pablo a los romanos es el primero y principal ensayo sobre el apostolado de las ediciones, el ejemplo sobre el que debería modelarse toda edición paulina. Por eso, cuando se construyó la iglesia dedicada a san Pablo en la casa madre, se decidió representar en un bonito cuadro al Apóstol en el acto de dictar y enviar su grandiosa carta a los romanos. En su conjunto, dicho cuadro representa bien la índole y la finalidad de nuestro apostolado: llevar el evangelio a todas las gentes de todos los tiempos [1958: A, 142].

89. Su modo de escribir es personalísimo, verdadero espejo de un alma destinada a dominar, ardiente, altiva, segura de la verdad, afectuosa como una madre (cf 1Tes 2,7; Gál 4,19) y fuerte como un padre (cf 1Tes, 1,12; Gál 1,8-9; 1Cor 5,3-5) [1966: CISP, 614].

90. ¿Por qué san Pablo es tan grande? ¿Por qué realizó tantas obras maravillosas? ¿Por qué año tras año se conoce cada vez más, se admira y se celebra su doctrina, su apostolado y su cometido en la Iglesia de Jesucristo? Es uno de esos santos que día tras día rejuvenecen, se imponen y conquistan; ¿por qué? La razón hay que buscarla en su vida interior. Ahí está el secreto. Los balones llenos de aire, hinchados, en un día se desinflan; pero cuando en una persona hay riqueza, cuando en ella hay verdadera doctrina, cuando hay verdaderos méritos, cuando hay verdadera vida interior, entonces se convierte en germen. La planta permanece escondida algún tiempo, pues todo se halla encerrado en el embrión, bajo tierra. Pero cuando el embrión se desarrolla, el germen aparece primero como una plantita, luego como un arbolillo, finalmente como una planta grande, magnífica (cf Mt 13,32). Pues bien, el apóstol Pablo poseía una gran vida interior [1933: D, 261].

91. Todo el secreto de la grandeza de san Pablo está en la vida interior. Podemos decir que él obtuvo la victoria desde dentro: desde su gran espíritu de pobreza, del estudio, de la

hondísima ciencia, del amor a Jesucristo, del espíritu de mortificación. En vano le pedimos a san Pablo gracias para pasar por héroes ante los hombres (cf 1Cor 4,3). Hay que pedir en primer lugar las gracias que nos hagan agradables a Dios, y luego, en segundo lugar, las gracias que nos conviertan en apóstoles en medio del mundo.

Los hijos deben parecerse al padre. Todos los amigos de san Pablo deben mirarle a él y captar su espíritu. Cuanto más se leen y se penetran las cartas de san Pablo y su vida, tanto más se ama y se entra en el verdadero camino de la santidad y en el verdadero espíritu del apostolado [1933: D, 262-263].

92. «Sois una congregación singular –me decían la semana pasada–; calláis y estáis moviéndoos siempre». San Pablo era así. Por eso nuestra organización, nuestros horarios, nuestras actividades, nuestras iniciativas deben ser como las haría san Pablo hoy, si viviera. Ayer, volviendo de Bari, observábamos los puntos donde se paró san Pablo cuando venía prisionero a Roma (cf He 28,15): el foro, a lo largo de la carretera más allá de Cisterna, tramo conocido por la «Fettuccia»; y más adelante Tres Tabernas. Dos paradas donde encontró ya a cristianos que iban a esperarle desde Roma. Claro que si san Pablo viniese ahora, no hubiera hecho el camino así, ¿verdad? Hubiera usado un avión para llegar antes y predicar más, disponiendo de más tiempo, en cuanto dependiese de él [1954: Pr IV, 74-75].

93. Imitar mejor las virtudes de san Pablo, que fue el verdadero *horno Dei* [hombre de Dios]: un hombre excepcionalmente colmado de gracia, un hombre al que se le confiaron de modo especial las cosas de Dios, (cf 2Cor 3,6; 6,4; 1Cor 4,2) un hombre particularmente ligado a Dios, un hombre que pudo decir: «su bondad para conmigo no fue inútil» (1Cor 15,10); él fue cantor de Dios, pregonero de su gracia, promotor de su culto, defensor de sus leyes, separado para Dios, prisionero de Cristo, en quien vivía (cf 1Tim 2,7; Gál 1,15; Rom 1,1; Col 4,3) [1957: CISP, 602].

94. El santo no es un hombre consumido, una media conciencia incapaz de asumir la propia parte en la vida... Para san Pablo la santidad equivale a madurez plena del hombre, «*in virum perfectum*», al hombre perfecto (cf Ef 4,13; 2Tim 3,17).

El santo no se arrolla, se desarrolla; no se para, sino que tiene por lema el «*proficiebat* [crecía] (cf Lc 2,52).

La santidad es vida, movimiento, nobleza, efervescencia, pero de la buena, no algo que cae sino algo que se eleva. Sí; pero lo será sólo y siempre en proporción al espíritu de fe y a la buena voluntad: el Señor está con nosotros, nosotros somos cooperadores de Dios [1956: SdM, 26-27].

95. «Lanzarse adelante» (cf Flp 3,13). Tener siempre presente lo que nos falta. No hay tiempo para complacerse en el pasado, para contar lo que ya se ha hecho, los resultados obtenidos en esta o en aquella diócesis, en esta o en aquella jornada del evangelio, del catecismo, mariana, etc. ¡No hay tiempo! Hay tiempo sólo para recordar lo que nos falta, si queremos ser sensatos y apóstoles, formados según el corazón de san Pablo [1957: A, 137].

96. Ya os he recordado que san Pablo escribió 14 cartas, y en 12 de ellas la emprende contra los charlatanes porque estos quitan la paz. Entonces ¿no hay que hablar? Hablar sí, pero para el bien, a tiempo y según el deber.

Podéis haceros santas, ¡muy santas! Con buena voluntad, sin agitación, en silencio amoroso y operoso [1953: IA (4), 110].

97. Habrá quien apruebe y quien no apruebe; pero sabéis que vuestro apostolado agrada a Dios, os hace útiles a la Iglesia; sabéis que Dios nos ha llamado para esto, y por tanto ¡adelante con valentía!, pensando que «quien cumpla y enseñe, será declarado grande en el reino de los cielos» (Mt 5,19).

Tened también presente el ejemplo de san Pablo, que tanto trabajó y tanto sufrió en el ejercicio de su apostolado (cf 2Cor 11,23-29), sin cansarse nunca, llegando a decir: «He corrido hasta la meta» (2Tim 4,8). Igualmente vosotros, si ejercéis con fe y con celo el apostolado, podréis decir al final de la vida: «He realizado el noble apostolado que se me había encomendado; ahora espero el premio» (cf ib.) [1941: HM II (1), 83].

98. Habrá que preocuparse y vigilar para que el apostolado se mantenga a la altura pastoral que alcanza en las cartas de san Pablo. El amor a Jesucristo y a los hombres nos hará distinguir y separar bien lo que es apostolado de lo que es industria y comercio. El máximo criterio para juzgar las cosas es siempre el espíritu, aunque sean cuatro las partes: la moral, la intelectual, el apostolado, y la pobreza. Gran programa es el que tenemos en el sagrario: «Desde aquí quiero iluminar. No temáis, yo estoy con vosotros. Vivid en continua conversión». La congregación está sólo en el primer tercio de su manifestación [1936: CISP, 59].

99. En las librerías internacionales tengamos esto presente: ¿Qué le diría al mundo san Pablo, si volviera hoy? ¿Qué le diría en particular a la nación donde se halla esta librería? Procuraría y ofrecería, primero al clero y luego al pueblo, lo mejor de las ediciones de la nación y de todo el mundo.

Todo librero propóngase hacerse santo: predicando a todos con el buen ejemplo; rezando cada día en las visitas, comuniones, misas y rosarios para atraer a todos y difundir [la verdad] en todas las clases sociales. Sea muy devoto de san Pablo. Por la noche, haga el examen de conciencia y considere en especial un punto: ¿cómo cumplo mi deber de librero? [1946: CISP, 128].

6. La palabra de Dios

En la vida espiritual y en el apostolado, el P. Alberione hace siempre hincapié sobre la Biblia. La base de la formación que dio a su Familia religiosa la constituyen instrucciones bíblicas y meditaciones inspiradas en los textos sagrados.

El libro de Dios, expuesto en los varios locales de oración, de vida y de trabajo; la impresión de muchísimas ediciones del evangelio y de la Biblia; la institución de fiestas del evangelio y de semanas bíblicas; la propaganda domiciliaria de las Hijas de San Pablo, a las que él llamaba «mensajeras de Dios»; la visita al santísimo Sacramento basada sobre la lectura bíblica... todo recuerda que la fuente del pensamiento espiritual y de la acción apostólica paulina ha sido continuamente la palabra de Dios.

100. Las personas creyentes saben que cada palabra, cada acción del Maestro contiene una gracia especial, que facilita la práctica de las virtudes descritas en lo que se lee; adoran al Verbo de Dios escondido bajo la corteza de la letra, y le piden que las ilumine, que les haga entender, gustar y practicar sus enseñanzas. Esta lectura es como una meditación y un piadoso coloquio con Jesús; y las almas salen de esta conversación más resueltas a seguir a aquel a quien admiran y aman [1956: SdM, 63; cf CISP, 1155].

101. La Biblia es la *carta de Dios a los hombres*.

Constituye por tanto, especialmente el nuevo testamento, la primera y principal lectura para adquirir el pensamiento de Dios.

Las personas piadosas hacen de los santos evangelios su delicia, pues en ellos encuentran las enseñanzas y los ejemplos de nuestro Señor Jesucristo; ninguna otra cosa las forma mejor en la sólida piedad ni las encamina más eficazmente a la imitación del divino Maestro [1956: Sdm, 62; cf CISP,1155].

102. Este es el auspicio que os hago: que comáis pan puro, el pan mejor [1965: P, 272].

103. Quienes leen la sagrada escritura aumentan su fe; quienes cuando rezan tienen frecuentemente en sus manos este libro, haciendo del mismo su alimento diario, poco a poco se sobrenaturalizan en sus razonamientos, en sus juicios y aspiraciones, y se convierten en hombres como dice el Espíritu Santo: «Mi justo vive de su fidelidad» (Heb 10,38; cf Rom 1,17; Gál 3,11).[1932:P,236].

104. El amor al evangelio es la señal y la característica de las almas destinadas por Dios a grandes empresas [1933: P, 281].

105. Diréis que el evangelio es difícil. Pues no, no lo es; porque el Señor lo ha hecho precisamente para nuestra cabeza, igual que ha hecho el pan para el estómago.

Cuando estéis tristes, abrid la sagrada escritura y encontraréis algo que os consuele. Y lo mismo en las dudas, en los temores: haced como los santos, que en toda duda o temor iban a la fuente. Dios dirige y guía, ¡cuántas veces lo hemos visto! [1933: P, 286].

106. La Biblia hay que leerla con sencillez. Cuando el papa escribe una carta, no nos paramos a ver si observa la gramática o la sintaxis: leemos consencillez lo que quiere

decirnos, tratamos de entender qué noticias nos da, qué sentido tienen sus expresiones. Si uno recibe una carta de su padre y la aparta sin leerla, se hace culpable. ¡No vayamos a presentarnos ante el tribunal de Dios sin haber leído por entero la carta del Padre celestial!, pues este nos diría: ¡No has tenido ni respeto ni amor a lo que te escribí! [1961: P, 295].

107. Si no leemos toda la Biblia, cuando nos presentemos al juicio de Dios, mereceremos un reproche: «¡Pero si no leíste mi palabra, no quisiste conocer mi voluntad, no leíste la carta que yo escribí a los hombres!» [1952: RSp, 84].

108. ¡Qué desatino abandonar la lectura de la Biblia, especialmente el evangelio, dando la preferencia a otros libros! ¡Vaya impresión ir a una casa religiosa, pedir el evangelio y oír decir que no lo tienen! ¡Y eso que en los bancos de la capilla hay cantidad de libros, escogidos con más o menos sensatez, desde los que presentan «desahogos del corazón» hasta los de revelaciones no aprobadas aún por la Iglesia! [1960: P, 291].

109. La continua descristianización de la vida, del arte, del pensamiento, etc., depende de la falta de oxígeno litúrgico-bíblico en que durante siglos hemos hecho vivir al pueblo. Del fenómeno secular de la separación entre liturgia y Biblia se derivan dolorosas consecuencias: la mayoría del pueblo que no entendía la misa, los sacramentos, las funciones... Una predicación desligada de la Biblia no podía presentarse como palabra de Dios sino más bien como razonamiento humano [1965: CISP, 685].

110. La Biblia no nos enseña sólo a vivir bien individualmente, ni enseña sólo las virtudes familiares y las cosas concernientes a la religión, sino que nos enseña también las que conocemos bajo el nombre de virtudes sociales.

La Biblia enseña el amor entre los pueblos, enseña el amor entre las varias clases sociales, los deberes de los amos hacia sus dependientes y los deberes de los obreros hacia sus patronos; enseña la justicia y la honestidad en el comercio y en los negocios, el amor al trabajo, las diversas formas de apostolado con los niños, los ancianos, los enfermos, las obras de misericordia corporales y espirituales [1933: P, 251].

111. ¿Hubiéramos llegado a entender qué es la humildad, la dulzura, la paciencia, el aguante a las injurias, la virginidad, el amor fraterno llevado hasta la inmolación de uno mismo, si no hubiéramos leído y meditado los ejemplos y las enseñanzas de nuestro Señor sobre estas virtudes?

Los filósofos paganos, particularmente los estoicos, escribieron hermosas páginas acerca de estas virtudes; pero ¡qué diferencia entre aquellos ejercicios literarios y el acento persuasivo y eficaz del divino Maestro! [1956: SdM, 62-63].

112. Está claro que quien basa su espiritualidad en la Biblia cuenta con una oración entera, completa, la que le agrada a Dios [1960: P, 38].

113. ¿Qué podéis dar, pues? Podéis dar a Dios, dar su palabra. ¡Qué potentes sois cuando citáis una frase del evangelio! La palabra de Dios es la autoridad máxima. ¿Quién puede oponerse a Dios? Se lee en un salmo: «Tu palabra [mandato] me hace más sabio que mis enemigos... Soy más docto que todos mis maestros... más sagaz que los ancianos» (Sal 119,98-100). Por tanto, cuando lleváis la palabra de Dios y cuando la vuestra va acompañada y revalorizada por la frase escriturística, ¿quién se os podrá oponer? [1961: SdC, 364].

114. Puesto que debemos dar la doctrina divina, hemos de estar por una parte bien iluminados y, por otra, comunicar la sabiduría de Dios. Citamos a este o a aquel autor... ¡pues citemos a Dios! Así lo ha enseñado él. Así predicó Jesucristo. A veces queremos dar a entender lo que sabemos... ¡pues hagamos ver lo que sabe Dios y lo que Dios nos ha enseñado, dado que vino para enseñar a la humanidad! Las verdades que todos hemos de seguir, él las manifestó en su predicación y en su enseñamiento [1964: P, 267].

115. La Biblia es el libro modelo al que debe amoldarse el escritor apóstol. Dios creó al hombre y sabe muy bien cómo está hecho el corazón del hombre (cf Sal 139,1-6. 13-16); por eso su palabra corresponde a las necesidades íntimas del corazón humano; al modo como una madre que prepara el vestido para su hijito, se lo hace a medida [1960: UPS III, 10].

116. La Biblia es el libro que debemos dar. Lo damos con las películas, o con la prensa, o lo damos con la voz en la radio, o por medio de los discos o de las filminas o de otro modo, usando todos los medios que el Señor nos ha proporcionado. De la misma manera que nos vestimos y nutrimos de lo que el Señor ha creado [1960: A, 307].

117. No podéis llevaros de viaje la eucaristía; pero la sagrada escritura podéis llevarla siempre: ella es como el viático que os acompaña, es la compañía que siempre debéis llevar con vosotros [1933: P, 285].

118. Estas son las promesas que deben hacer los apóstoles de las ediciones, particularmente los que se dedican a la redacción:

- *Prometo* honrar el evangelio con el culto debido;
- rendir al evangelio el completo homenaje de la mente, la voluntad y el corazón;
- considerar el evangelio como la verdad, el camino y la vida de mi apostolado;
- leer el evangelio y meditarlo según el espíritu de la Iglesia católica;
- propagarlo y dedicarme a multiplicar los ejemplares y difundirlos con amor constante;
- amoldar a él toda mi vida, desear tenerlo cerca al morir y sobre mi pecho en el féretro [1952: RSp, 87-88].

7. La Iglesia y el Papa

El fundador de la Familia Paulina se puso a sí mismo y la obra por él creada a servicio de la Iglesia, de la que le vinieron el estímulo y la aprobación de sus iniciativas apostólicas.

El agudo y profundo sentido de su fidelidad a la Iglesia lo expresó el P. Alberione, entre otros modos, como amor y fidelidad al papa, sucesor de Pedro y jefe visible de la Iglesia. Desde León XIII hasta Pablo VI, el P. Alberione profesó una ininterrumpida devoción a la persona y a la función del papa; y transmitió resueltamente la misma actitud a sus hijos, llegando a obtener de la santa Sede, para la Sociedad de San Pablo, el «voto de fidelidad al papa», como guía y garantía en el ejercicio práctico del apostolado paulino.

119. La Iglesia, maestra de fe, de moral y de oración, trabaja en la formación del cristiano perfecto, del ciudadano celeste. Formación que se obtiene en Cristo, camino-verdad-vida. Él se constituyó Maestro para nosotros, el único Maestro (cf Mt 23,8) en lo tocante a la promoción, cristianización y divinización del hombre. La Iglesia, cuerpo místico de Jesucristo, conoce bien, realiza sabiamente, comunica y perfecciona esta educación y formación del hombre, para hacerle un digno miembro de Jesucristo, que es la Cabeza (cf Col 1,18; Ef 4,15). La Iglesia se conduce como maestra inigualable [1952: CISP 673].

120. La Iglesia, maestra de la humanidad, está iluminada por el Espíritu Santo. Tiene dos enemigos: el error y la ignorancia. Ella no rechaza, sino que examina, eleva y usa todo descubrimiento, todo saber, toda ciencia humana y divina, pues todo es un aporte precioso para su enseñanza [1952: CISP, 1032].

121. Quien se adhiere con profunda fe a la Iglesia católica será siempre más sensato que quien va dando vueltas en busca de una construcción personal y arbitraria, viviendo de ilusiones y construyendo sobre la arena (cf Mt 7,26; Lc 6,49; 1Co 3,10-15).

Por el contrario, incluso el más pequeño de nuestros aspirantes, ocupado en componer tipográficamente el catecismo, y la religiosa que distribuye el evangelio, se convierten en maestros: «¡Qué hermosos son... los pies del heraldo que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregona la victoria!» (Is 52,7; cf Rom 10,15) [1960: UPS II, 176].

122. Hay un signo derivante de la perpetuidad, de la autoridad y de la sobrenaturalidad de la Iglesia: ésta, en las varias contingencias históricas, encuentra siempre al *hombre* que responde a las necesidades de la época. Este *hombre*, anclado en la playa de la eternidad y que se levanta sobre la movilidad de los acontecimientos, es el papa [1958: CISP, 307].

123. El Señor guía su Iglesia, que es también la nuestra. Lo atestiguan diecinueve siglos de historia. La navicilla de Pedro sigue su ruta en medio de un mar borrascoso; continúa llevando con seguridad a los hombres que se confían a ella, hasta el puerto de la feliz serenidad.

Invoquemos al Espíritu Santo para que en el inminente conclave sea elegido *el hombre de este tiempo*. Los hombres cambian, pero la Iglesia permanece: «El poder de la muerte no la derrotará» (Mt 16,18). Al modo como se cambian las hostias en el copón, pero nosotros

seguimos encontrando siempre a Jesucristo, alimento saludable de nuestras almas [1958: CISP, 309].

124. El papa es el sostenedor y defensor más valioso y constante de la verdadera civilización. Por civilización entendemos todos los elementos que la constituyen: elemento religioso, moral, filosófico, científico, estético, político y social. Prueba de ello es la historia de los siglos [1956: CISP, 301].

125. Reafirmemos todo nuestro afecto, sumisión y entrega al papa: ¡somos del papa para ser de Jesucristo! [1955: VRg, 404].

126. La santa Sede, para obras de interés general, dispone del ejército de los religiosos. He aquí el gran designio: un ejército cada vez más numeroso, cada vez más adiestrado espiritual y científicamente, cada vez más apiñado alrededor del papa, cada vez más preparado a cualquier indicación, cada vez más tenaz en las obras encomendadas a los fines particulares de cada instituto... Se consume bien la vida sirviendo así a la Iglesia, al papa, a Jesucristo, que es el autor, alentador, modelo y premio de los religiosos [1950: CISP, 801].

127. La autoridad de la jerarquía un día nos puso en un camino y en un apostolado diversos de los que entonces se seguían ordinariamente. El obispo de Alba me llamó para decirme: «Desde ahora añadido a tu ministerio ordinario *otro* de mucho compromiso». Y me señaló el camino: la prensa de la diócesis. En tal camino me guió y me sostuvo, abajo y arriba, con sensatez y entereza, unos veinte años. De allí arrancó todo el desarrollo ulterior. Ahora dos venerados documentos [de la santa Sede] confirman que todo se ha hecho a la luz y bajo la guía y aprobación de la Iglesia, y más exactamente del «pastor de la Iglesia que nos guía».

Este es el camino maestro: en Cristo y en la Iglesia. Seguir siempre como hemos nacido y como se vive hoy [1957: CISP, 179].

128. La Familia Paulina nació cuando el santo Padre entonces reinante no era muy secundado en su línea acerca de la prensa. Y entonces intervinimos. La Familia Paulina nacía también para remediar aquel estado de cosas: muchas personas dejaban que el papa hablase, pero luego enseñaban como les parecía a ellas, según sus convicciones y modo de juzgar, sin tomar en consideración a quien tenía la obligación, el deber y el poder de dirigir a los católicos por el camino verdadero del apostolado. De ahí *nuestro voto de fidelidad en cuanto al apostolado* [1957: VRg, 407].

129. Le rogué a su Santidad que se dignara escucharme sobre dos argumentos que siempre he llevado en el corazón; y, animado por él, le expuse primero un deseo personal, respecto al cual por tres veces me reconfortó con palabras decididas y con bondad solícita.

Le manifesté además lo mucho que en la Sociedad de San Pablo se reza, se estudia y se orienta el apostolado al divino Maestro camino-verdad-vida. El aprobó de lleno y alentó la hora de adoración que se practica en la Sociedad de San Pablo en honor del Maestro divino. El amor al único Maestro entraña también amor al *maestro universal*, infalible, visible e indefectible: el papa; y éste bendijo, animó y exhortó a ratificar, profundizar, ampliar y a dar algún paso concreto para hacer dicho amor cada vez más vivo y efectivo según el espíritu de la Iglesia [1941: CISP, 113].

130. En el apostolado hemos de sentirnos siempre junto al papa, para repetir lo que él enseña con los medios que el Señor nos ha dado, los medios indicados por el Vaticano II: la prensa, el cine, la radio, la televisión y, en general, los medios técnicos de la comunicación social. Hay que sentirse junto al papa y a su servicio, sentirse junto a los obispos y a los sacerdotes: a su servicio, es decir, en dependencia y colaboración con la Iglesia [1964: A, 223].

8. Un gran problema: las vocaciones

Las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa constituyen hoy uno de los mayores problemas para quien ama a la Iglesia.

El beato Santiago Alberione sabe que las verdaderas vocaciones vienen de Dios, pero que exigen la solicitud de la Iglesia y las circunstancias y obras donde poder manifestarse. Para resolver este problema, se requiere un modo de pensar y de actuar claramente evangélico, así como una total dependencia de Dios.

El P. Alberione fue el instrumento mediante el cual surgieron numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas en los varios continentes. El siguió siempre con la máxima atención este problema general de la Iglesia, dedicándole, además de numerosos escritos, la más joven de sus congregaciones: el Instituto Reina de los Apóstoles para las vocaciones.

131. Entre las obras de celo apostólico, el problema vocacional hay que ponerlo en primer plano. Jesús no comenzó el ministerio público predicando, sino formando discípulos (cf Jn 1,35ss). Les buscó a la orilla del lago, les invitó y vinieron Santiago, Juan, Andrés, Pedro, Felipe, etc. [1960: UPS I, 85].

132. El Señor hizo libre al hombre. La vocación es un acto de amor de Dios, por eso requiere un acto voluntario de amor para seguirla y corresponder a la misma. Es menester modelarse según Jesucristo, quien dice al Padre: «Aquí estoy para hacer tu voluntad, Dios mío» (Heb 10,7; Sal 40,8-9) [1954: VRg, 50].

133. Inmensas son las necesidades de la humanidad, de la Iglesia y de las almas; y se comprende que por todas partes surjan obras e iniciativas; pero las obras se hacen si se dispone de personas, las cuales producen tanto más cuanto más incorporadas estén a Cristo. Hay corriente eléctrica de baja y de alta tensión. La vida religiosa es la corriente espiritual de alta tensión, es la poesía de la personalidad en Cristo, generadora y alimentadora de heroísmos. De ahí la necesidad de vocaciones en todos los sectores religiosos y eclesiásticos, según el espíritu de las dos obras pontificias para las vocaciones: clero secular y vida religiosa. Tales son los cauces del instituto Reina de los Apóstoles para las vocaciones, el cual procede según Jesucristo camino-verdad-vida, según su ejemplo y sus enseñanzas. Las vocaciones buenas y en número suficiente constituyen la mayor necesidad actual de la Iglesia en todas las partes del mundo [1957: CISP, 181].

134. ¡*Todos* los católicos, con *todas* las fuerzas, para *todas* las vocaciones, para *todos* los apostolados! ¡Que *todos los* llamados correspondan, *todos los* apóstoles sean santos y *todos los* hombres les acojan! [Or, 54; cf CISP, 186].

135. Si de veras amamos al prójimo como a nosotros mismos, querremos que a muchos otros les llegue el gran bien que nosotros ya poseemos: la vocación. Si estamos contentos con la gracia recibida, desearemos que de ella participen muchísimos otros. Si nuestro ideal está fijo en la santidad, desearemos que los demás vivan también de él [1960: UPS I, 85].

136. Dios, justo remunerador, paga sólo y siempre a quien cumple su voluntad. Descubrir la voluntad de Dios es a la vez algo sencillo y complicado, luminoso y oscuro, doloroso y suave, natural y maravilloso según los casos. Por tanto, ¡nada de facilitón, pero tampoco de una exasperada y atormentada incertidumbre, sino prudencia, reflexión, oración, consejo y decisión tomada con fe!

Muchas veces la voz divina resuena claramente apenas alcanzado el uso de razón, cuando hay inocencia y una atmósfera adecuada (cf Jer 1,5-8; Is 49,5).

Otras veces es más bien la salida de una selva oscura a la luz del sol (cf He 9,1-19; 22,6-16; 26,12-18); de un dolor o desengaño a la realidad (cf Os 1,1-9); de un nauseabundo lodazal mundano al dulce e insinuante sonido de la invitación divina: «Ven y sígueme» (Mc 2,14; Lc 5,27-32; Mt 9,9-13); de un hecho aterrador, a un horizonte inundado de esperanza; de una vida libertina, ociosa y suntuosa, a la sed de sacrificio. «El espíritu sopla donde quiere» (Jn 3,8). [1960: UPS I, 115].

137. Cuando se desaparece de la vista de los hombres, cuando se reza en silencio, cuando uno se inmola y se dedica gustosamente a trabajos humildes y escondidos, entonces se atraen muchas vocaciones...

«Atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32), pues «nadie se acerca al Padre sino por mí» (Jn 14,6) [1955: IA (3), 43].

138. La Iglesia no sólo tiene necesidad de muchas vocaciones, sino de vocaciones auténticas, hechas a la obediencia y al trabajo. Hechas al trabajo, es decir, a dar las fuerzas a Dios según las posibilidades y las disposiciones de la obediencia [1962: VRg, 216].

139. Hay que cooperar con el Padre celestial no sólo a construir la jaula, sino también a buscar los pajaritos. Cuando decimos: «Danos también a nosotros un nido» (cf Sal 84,4; Lc 9,58; 12,7.24), estamos pidiendo jaula y pájaros.

Las vocaciones son inmensamente más numerosas de las que vienen. ¡Que ninguna se pierda por causa nuestra!

Ante todo rezar; pero luego invitar, moverse, actuar. A este respecto hay todavía pereza, respeto humano, indiferencia, tibieza. Quien en realidad ama al instituto, lo demuestra y trata de cooperar al bien del mismo: ¡pues el primer bien en una familia son las personas! Muchas y buenas [1947: IA (1/2.^a ed.), 131].

140. El Señor ha preparado *muchísimas* vocaciones a la *Familia Paulina*, proporcionalmente a la necesidad de los apostolados modernos en la Iglesia. Debemos tener *verdadera* confianza en la providencia: evitar, por una parte, la presunción acometiendo obras exageradas; por otra, evitar la desconfianza construyendo casitas inadecuadas para ampliaciones orgánicas: ¡sería como cerrarle las manos a la providencia! Si caminamos con *verdadera* confianza, vendrán aspirantes más sanos y numerosos, se podrá ampliar la construcción y realizar poco a poco un programa bien estudiado. Lo que se necesita es no ponerle zancadillas a la providencia ni con el pecado ni con la negligencia.

Pedirle constantemente al Señor estas dos cosas juntas: que por una parte nos conceda el nido, y que por otra nos mande los pajaritos para llenarlo [1951: CISP, 914].

141. –¡Pero usted siempre viene con algo nuevo! Primero eran las bibliotecas y las jornadas del evangelio; luego las jornadas marianas, después las catequísticas, la propaganda colectiva... ¡y ahora dice que hay que estabilizar el fruto de la propaganda! –Y hay todavía otra actividad que os está esperando: los triduos y las jornadas

vocacionales. Empecemos mandando preparar el catecismo vocacional; además este año, en *Vida pastoral*, yo trataré sólo este argumento, que he empezado ya hace dos números. Para realizar cosas se necesitan personas [1956: A, 699].

142. Si nuestro apostolado sigue de veras la vereda de Dios *escritor y editor*, será fecundo, no acabará nunca, las vocaciones se multiplicarán. Las vocaciones nos siguen cuando ven que damos a los hombres la sabiduría de Dios; en cambio nos abandonan cuando no ven eso. Dar a Dios a los hombres: ¡éste ha de ser nuestro anhelo diario, nuestro ruego! [1952: RSp, 82].

143. ¿Le vamos a decir quizás a alguien: «ven y sígueme», porque tenemos una casa bonita, porque hacemos este apostolado, porque se cursan estudios...? ¿Pero qué le interesan estos motivos humanos? «Ven y sígueme» porque tendrás el premio eterno. Y decirle claramente: «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (Lc 9,23) [1961: SdC, 341].

9. El sacerdote

El beato Santiago Alberione fue esencialmente un «sacerdote», y toda su obra brotó de la vívida conciencia que tenía de sus compromisos sacerdotales.

Poniendo el sacerdocio como base de la institución paulina, él lo introdujo en el ámbito de los medios de comunicación social, dándole una nueva dimensión y llamando a colaborar con él a muchos religiosos «hermanos», elevados –es la expresión del P. Alberione– a un «casi sacerdocio», y a muchas mujeres, siguiendo la pauta expresada también por él en sus primeros años de ministerio, en un libro titulado «La mujer asociada al celo sacerdotal» (impreso en 1915). En la actual crisis de renovación del sacerdocio, es alentador sentir la fe ardiente de este hombre acerca de la misión sacerdotal.

144. Adoremos a Jesucristo sacerdote, con quien todo presbítero constituye un único sacerdocio, según la carta a los hebreos (cf 7,24).

Demos gracias a Jesucristo sacerdote, en el cual, por el cual y con el cual glorificamos a la santísima Trinidad.

Rindamos reparación a Jesucristo sacerdote por las traiciones que desde Judas se han ido sucediendo hasta hoy a lo largo de los siglos.

Pidámosle a Jesucristo sacerdote que llame en todo tiempo un número suficiente de sacerdotes, que sean luz del mundo, sal de la tierra, ciudad situada en lo alto de un monte (cf Mt 5,13-16). [1957: CISP, 1476].

145. La existencia, la fuerza y el valor de nuestro sacerdocio dependen del sacerdocio de Jesucristo. Teniendo que aplicar en el tiempo y en el espacio los frutos de su oblación, Jesucristo se ha elegido instrumentos que le prestan manos, lengua e intención. El les asume, les absorbe y obra por medio de ellos.

Nuestro ser sacerdotal consiste en estar unidos a Cristo; toda la fuerza, el poder y la gracia están sólo en el Pontífice de nuestra religión; ésta no tiene ni otro sacrificio ni otro verdadero pontífice (cf Heb 3,1; 6,20; 8,1; 9,11) [1947: PA, 47-48].

146. ¡Soy un milagro de Dios! Infinitas misericordias tuyas me han llevado al sacerdocio: «Por favor de Dios soy lo que soy» (1Cor 15,10). La ordenación transformó a los Doce: la ordenación me hizo un ser nuevo, Dios en la tierra.

Me he ensimismado con Cristo: sus intereses son los míos; sus intenciones las mías; hablo con sus palabras; mi doctrina es la suya; mi vida es la de Cristo; yo realizo las obras de Cristo; o mejor, es Cristo quien las realiza por mí: «Pedro bautiza, es Cristo quien bautiza; Judas bautiza, es Cristo quien bautiza» (san Agustín). Me siento obligado a Dios: debo vivir según Jesucristo [1947: PA, 18].

147. El sacerdote se dirige hacia el altar inclinado bajo el peso de las peticiones de todos los hombres, y vuelve curvado bajo el peso de las gracias y misericordias para todos. Y esto puede hacerlo porque hay un Sacerdote único y eterno, el Sacerdote-nato: Cristo. Allá arriba se celebra la gran misa, con el Cordero vivo, aunque como degollado; y, a su lado, la Virgen [1951: VRg, 533].

148. El sacerdote no puede ser un hombre que vive sólo para sí; no puede tener como lema las palabras: yo-Dios (cf Heb 5,1). Es absolutamente necesario que trabaje por la salvación de los demás, y que en la propia bandera escriba: yo-Dios-pueblo [1915: ATP, 9].

149. El secreto de la dirección está justamente en el dirigir: o sea, una mente, un alma, un corazón sacerdotal que caminan resueltamente hacia el cielo, indicando el camino y renovando y arrastrando tras de sí una multitud de personas...

Sí, dirigir de veras; como Jesucristo, enteramente, haciéndonos camino-verdad-vida, ya que este no es uno de los métodos, una de las filosofías, una de tantas morales, sino *el* método, *la* filosofía, *la* moral, *el* apostolado, *el* secreto por parte del hombre y de la revelación, de la naturaleza y de la gracia.

No seamos floristas, sino jardineros; seamos el *alter Christus* [otro Cristo], no el *aes sonans* [campana ruidosa] (1Cor 13,1); seamos sal, no vendedores de sal; seamos luz, no reflectores; seamos ciudad puesta en lo alto del monte, no los descubridores de la ciudad; hagamos hincapié entre la gente para la guerra al pecado, pero partamos como capitanes a la cabeza del ejército; seamos motores, no remolques; dirijámonos resueltamente hacia el cielo, sin contentarnos sólo con indicárselo a los demás hombres. No seamos espectadores, sino luchadores en la palestra, más aún, jefes de equipo destinados a recoger el *bravium* [galardón] (1Cor 9,24). No seamos gregarios ni comparsas para desfiles, sino guías sensatos y pastores en la grey de Cristo y de la Iglesia [1934: CISP, 19].

150. ¡Oh sacerdotes escritores!, escribamos después de la misa y convirtámonos en canales por los que la sangre de Cristo pase desde su corazón hasta llenar el nuestro y rebosar sobre los lectores.

Comprendamos todos los deseos, ansias, espíritu y sed de Jesús a favor de los hombres y convirtámonos en su voz ardiente que llame, que insista, que grite, que increpe con la mayor comprensión y competencia (cf 2Tim 4,2).

¡Oh escritor sacerdote, el fruto depende más de tus rodillas que de tu pluma, más de tu misa que de tu técnica, más de tu examen de conciencia que de tu ciencia!

El escritor laico producirá reflejos de luz; tú debes señalar el camino, comunicar la vida. Grita sin cesar (cf Is 58,1), pero a la manera de san Juan Bautista y de san Pablo. Arranca a todos del pecado y enséñales las virtudes; comunica la fuerza del ejemplo y del Espíritu Santo [1934: CISP, 20].

151. Al sacerdote docto se le estima, al sacerdote potente se le teme, al sacerdote que habla bien se le escucha; pero sólo al sacerdote dotado de mucha caridad se le ama [1915: ATP, 172].

152. El sacerdote debe adquirir el verdadero dominio y la dirección de los corazones; pero esto no lo obtendrá nunca del todo sino con la dulzura de la caridad. No lo logrará con la ciencia, ni con el ser tenido por hombre rico y hábil en los negocios, ni con el disponer de muchos dependientes para las cosas externas, ni con la imposición habitual, ni con la política, sino únicamente, repetimos, con la amabilidad, con la coherencia en los modales, con un buen trato: estos son los lazos que nos unen a los corazones con fuertes vínculos. Nos hacemos verdaderamente fuertes renunciando a la fuerza [1915: ATP, 79].

153. Un sacerdote no puede considerarse satisfecho porque se hagan espléndidas funciones en la iglesia, se interpreten a la perfección los cantos, se practiquen muchas devociones, etc. Tampoco puede contentarse con ciertos alardes, como son las peregrinaciones y

procesiones; o con que el pueblo admire la elocuencia de su predicación, o que algunas personas se entretengan en conceptos muy espirituales; y ni siquiera puede conformarse con que todos o casi todos hagan la comunión pascual, celebren el matrimonio en la iglesia, reciban sepultura eclesiástica, etc. Todas estas cosas son medios, y el fin consiste en cambiar los pensamientos de humanos en cristianos, los afectos humanos en afectos cristianos, las obras humanas en obras dignas del cristiano. Se necesita que el hombre sea cristiano no sólo por el bautismo y cuando está en la iglesia, sino también en casa, en la familia, en la sociedad, siempre y doquier [1915: ATP, 134-135].

154. El sacerdote párroco tratará de evitar esa vida solitaria y apartada que se consume casi enteramente entre las paredes de la rectoral, haciéndole insensible y desconocedor de lo que sucede en la población: peligros, alegrías, dolores, etc. El padre y el buen pastor no son así. El padre siempre piensa en los hijos, y el pastor conoce bien a sus ovejas (cf Jn 10,14). San Pablo decía que había llorado con quien lloraba (cf Rom 12,15), había gozado con quien estaba contento y había pasado casa por casa dando avisos y predicando (cf 1Tes 2,11-12). Los santos sacerdotes eran hombres de retiro y oración, pero a la vez de amor expansivo, de celo emprendedor para estrechar relaciones con el pueblo.. [1915: ATP, 184].

155. El buen soldado se reviste con el escudo de la fe y el yelmo de la salvación, que despuntan y quiebran las flechas (cf Ef 6,16-17).

¿Que las sospechas y calumnias le llenan de dolor, sobre todo si vienen de arriba o de los más cercanos? (cf Sal 55,13-15). –El hombre de Dios acude a la frase: «Dichosos los perseguidos por su fidelidad» (Mt 5,10-12), ¡y adelante!

¿Que en su corazón tratan de surgir deseos de venganza? –El hombre de Dios acude al dicho: «Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian» (Lc 6,27-28), y amará preferentemente a quien le pone trabas.

¿Que se desanima por las propias faltas e insuficiencias de medios y de cualidades? –El hombre de Dios recuerda lo de: «Dios es mi fuerza y fortaleza, mi refugio» (Jer 16,19; Sal 31,4; 46,2), «en él lo puedo todo» (Flp 4,13), y así no vacila; si se cierra una puerta busca otra.

¿Que siente la ley de la carne, contraria a la del espíritu, atormentar sus miembros? (cf Rom 7,23) –El «te basta con mi gracia» (2Cor 12,9) le reanima y le da seguridad.

¿Que la creciente depravación de las costumbres y el asalto de muchos enemigos intentan apagar su celo? –La sentencia: «Tranquilizaos, rebaño pequeño, que es decisión de vuestro Padre reinar de hecho sobre vosotros» (Lc 12,32) le devuelve la alegría.

Y en el púlpito y en el confesionario, en el catecismo y en las asociaciones, en la prensa y en la familia, siempre humilde, siempre confiado, mantiene alta su bandera; las dificultades le enriquecen de méritos a los ojos de Dios y de los hombres imparciales [1951: CISP 1059].

156. «Como un águila se renueva tu juventud» (Sal 103,5). ¡Sí, pero uno va haciéndose viejo! –Es verdad. Pero quede claro, será siempre joven el clero:

si se mantiene al día en los estudios;

si vive su tiempo en la oración;

si en su actividad pastoral se acomoda a las necesidades del pueblo;

si sabe conservar sus energías físicas, en lo posible, con una vida regulada;

si en todo tiempo vive de Jesucristo, siempre joven, y en la Iglesia, que nunca envejece [1954: CISP, 275].

157. Todo sacerdote que lea con espíritu de fe los Hechos de los apóstoles, la vida de san Pablo y sus cartas, descubrirá horizontes y caminos nuevos para su ministerio y para su santificación. El encuentro familiar de un párroco con el «doctor de las gentes» produce una especie de encanto, hecho de admiración y de ardor por imitarle. San Pablo siempre es actual [1947: «Apostolo Paolo», 1.^a ed., p. 7].

158. Jesús Maestro, te doy gracias y bendigo tu inmenso amor por la institución del sacerdocio. Tú envías a los sacerdotes como el Padre te envió a ti (cf Jn 20,21). Les has confiado los tesoros de tu doctrina, de tu ley, de tu gracia, y el cuidado de tu propio pueblo. Haz que yo les ame y me deje guiar por ellos en tus caminos. Envía buenos obreros a tu mies (cf Lc 10,2). Que todos los sacerdotes sean sal que purifica y preserva, luz del mundo, ciudad situada en lo alto (cf Mt 5,13-16); que estén modelados a tu imagen, y que su premio y su gozo sea un gran número de personas conducidas a ti (cf 1Tes 2,19-20) [Or, 36].

159. El sacerdocio no ha de morir. Van consumándose las hostias en la eucaristía, pero sigue la presencia de Jesús en el sagrario. Cultivar las vocaciones es la obra por antonomasia. El primer apostolado de Jesús fue buscar y formar a sus continuadores, los apóstoles (cf Jn 1,35ss). Antes de empezar a predicar, ya había reunido un grupito de futuros apóstoles. Con ellos gastó la parte mejor de su vida pública [1951: CISP, 561].

10. El discípulo del Divino Maestro

Anhelando «instaurarlo todo en Cristo» e inspirándose en el evangelio, el beato Santiago Alberione intentó plasmar su institución según el modelo de la Familia de Nazaret y de la comunidad apostólica que seguía al divino Maestro por Palestina. Por eso, junto a los sacerdotes, continuadores de Jesús y herederos de los Apóstoles, quiso a los «discípulos», imitadores de san José y de aquellos setenta y dos enviados también ellos a predicar el anuncio de la salvación. De este modo, el religioso no sacerdote pasa a participar del mismo ministerio sacerdotal, no por una mera cooperación ejecutiva, sino por el original aporte que da y que le convierte en protagonista en el apostolado moderno. «Sacerdote y discípulo concurren en la realización del mismo apostolado..., mereciendo entrambos el nombre de apóstoles» (UPS III, 127).

Este es el viraje decisivo dado por el P. Alberione a la vocación del religioso no sacerdote, restituyéndole la fisonomía originaria de obrero evangélico dedicado a la misma actividad apostólica de sus cohermanos sacerdotes.

160. El hombre es siempre un discípulo de Dios, y Dios mismo es el gran Maestro del hombre, mediante sus obras *ad extra*: la creación..., la historia humana..., el don de la razón..., la revelación..., la continua acción del Espíritu Santo en la Iglesia [1960: UPS II, 194].

161. «Discípulo» quiere decir que uno está aprendiendo, pues procede del latín, *discere*; y, en nuestro caso, que está aprendiendo «de aquel que es la sabiduría, la verdad y la vida: Jesucristo» (1Cor 1,30; cf Jn 14,6) [1962: CISP, 369].

162. El Señor ha repartido por el mundo muchas almas generosas, que llama a sí, a la perfección, junto al sacerdocio. ¿Quién les abrirá caritativamente las puertas y les dirigirá a una especial santidad?... Además, ¿por qué no se las podrá asociar a un apostolado? Así como un día surgieron institutos donde el sacerdote-religioso encontraba vía libre a las actividades apostólicas y a la pastoral, ¿por qué no dar hoy al hermano laico una participación en la actividad del sacerdote, por qué no otorgarle un cuasi-sacerdocio?... ¡Íntimamente asociados en la vida religiosa, sacerdote y hermano, unidos en el mismo apostolado, preparándose la corona de la gloria!

¡Tales son los discípulos! La predicación del sacerdote con los medios modernos se libera de la esclavitud que tendría con simples empleados, y se multiplica indefinidamente; ¡la labor del discípulo eleva, alegra y multiplica su actividad! ¡Dios es así glorificado, el evangelio anunciado, los hombres iluminados! [1954: AD, 39-42].

163. El discípulo es como san José; es decir, está al lado del sacerdote en la formación, la cooperación y el apostolado. La colaboración con el sacerdote, mediante la oración, es lo más importante, pues vale para su santificación... [1962: CISP, 370].

164. Como san José, los discípulos realizan un trabajo fatigoso para cooperar a la llegada del Reino de Dios; siguen un camino de santificación semejante al suyo; hallan el propio gozo en el espíritu de oración, en la humilde conformidad a la voluntad de Dios, en el

silencio operoso. Aúnan vida contemplativa y vida activa. Su apostolado es amplio, moderno, gratificante... [1950: CISP, 347].

165. En esta hermosísima misión pueden hallar lugar y emplear bien todas sus energías intelectuales, espirituales y físicas los jóvenes de buena voluntad. Toda la parte técnica de la tipografía y toda la parte de la propaganda librera, cinematográfica y periodística se les presenta como un óptimo y variado campo de apostolado.[1950: CISP, 346].

166. A todos les está abierta la puerta de la vida religiosa: al pintor, al abogado, al ingeniero, al médico, al músico, al cineasta, al publicista, al profesor, al contable, etc., sin que deban renunciar a su profesión. Como discípulos tendrán un trabajo vastísimo... [1953: CISP, 362].

167. Los religiosos laicos eran numerosísimos (san Benito, san Francisco de Asís...). Se ocupaban de la oración y de trabajos varios. Hoy suelen ser sacristanes, porteros, vigilantes, limosneros o encargados de tareas manuales...

En su vida retirada, de silencio, oración, mortificación y de trabajo común, se santifican siendo observantes, reparan los pecados de la humanidad, oran por la Iglesia y cantan las alabanzas del Señor.

Nuestros discípulos están llamados a todo este conjunto de bienes; pero se les añade además, en sustitución de los varios trabajos, el *apostolado*, con el que reparan particularmente los daños de quienes convierten los dones de Dios, presentes en el progreso humano, contra Dios mismo, contra los hombres, la Iglesia y Jesucristo divino Maestro [1962: CISP, 373-374].

168. Los medios técnicos –prensa, cine, radio, televisión, discos, etc.–, cuando se ponen al servicio del mal, causan verdaderos estragos en las personas. Ello enciende en el corazón del apóstol una llamarada de celo.

El discípulo de Jesús Maestro realiza una reparación en el aspecto negativo y especialmente en el aspecto positivo..., consistente en el ejercicio directo del apostolado de las ediciones: oponer prensa a prensa, película a película, radio a radio, televisión a televisión. Lo cual significa oponer la verdad al error, el bien al mal, Jesucristo a Satanás [1962: CISP, 372-373].

169. ¿Qué distingue la vocación del discípulo de la del sacerdote?

No la salud, ni el ingenio, ni el superior... Sino la inclinación junto con las capacidades: es la *vocación*, en una palabra.

Hay quien aspira sobre todo a escribir, predicar, confesar, dirigir las almas, administrar los sacramentos, etc. Esas son señales de vocación al sacerdocio.

Hay quien se inclina por las máquinas, el trabajo técnico, la propaganda, etc. Esas son señales de vocación al estado de discípulo. [1953: CISP, 354].

170. ...Siempre, en cada uno, debe darse la ciencia relativa al estado [escogido con antelación]: catecismo, ascética, liturgia, historia sagrada, historia de la Iglesia, etc.

Además de esto, el sacerdote *sabe*, cuando conoce las materias propias y necesarias para ser un buen sacerdote y para escribir; no es un deshonor para él desconocer la medicina, la ingeniería, etc.

El discípulo *sabe*, cuando conoce bien su apostolado y se las ingenia para llevarlo a cabo; todos le respetan. No es un deshonor para él ignorar la teología, la sociología, las leyes civiles, etc.[1953: CISP, 362].

171. Si la vida del discípulo se les presenta bien a almas inocentes, a personas rectas, a adultos conocedores ya de la vanidad del mundo o desengañados de los primeros ensayos; si esta vocación se les presenta en sus varias formas de actividades modernas, considerada en su pura espiritualidad evangélica, vista en su apostolado realizado en el recogimiento pero ensanchado a centenares de miles y a millones de personas, atraerá a un gran número de aspirantes, que, bien formados, emprenderán el camino de la subida, según los dos preceptos: «Amarás al Señor... amarás al prójimo como a ti mismo» (cf Mt 22,37-40) [1962:CISP, 374].

172. Bienes inmensos en la congregación [con la presencia de los discípulos]:

- 1) Sus obras buenas, en razón de los votos, adquieren méritos mucho mayores que si las hicieran en familia.
- 2) Su trabajo se convierte en evangelización, apostolado, aporte social y sobrenatural a la sociedad, ya que lo hacen unidos con el sacerdote.
- 3) Si son fieles, llevan consigo una señal clara y segura de salvación.
- 4) Gozan de gran paz durante la vida, están alejados de muchos peligros, se levantan más aprisa cuando caen, cuentan con muchos medios de salvación, tienen una muerte más serena y una gloria especial en el cielo [1953: CISP, 358].

173. San José muestra en el cielo garlopa y martillo, ocupando un asiento más elevado; mientras el más santo y distinguido de los papas, presentando la tiara, está en lugar inferior.

En el trabajo de santificación, el sacerdote se une al discípulo para ayudarlo con la palabra de Dios, la orientación, la oración, al paso que el discípulo se deja instruir, sigue, recibe la comunicación de la gracia mediante los sacramentos. Luego, el sacerdote, si quiere santificarse, medita, se examina, reza, es observante, dócil, puro, casto... y ha de rendir una cuenta mayor a Dios.

Los medios son abundantes y están a disposición de todos; depende de la voluntad usarlos o no. Me parece que objetivamente (no en teoría), por lo general, resulta más fácil para el discípulo hacerse santo [1953: CISP, 355-356].

11. La mujer asociada al celo sacerdotal

Miles de mujeres han seguido los caminos abiertos por el beato Santiago Alberione, para poder, como él, «hacer algo por el Señor y por los hombres» de su tiempo.

Las congregaciones de las Hijas de San Pablo, de las Pías Discípulas del Divino Maestro, de las Hermanas Pastorcitas, de las Hermanas de la Reina de los Apóstoles y el instituto secular Virgen de la Anunciación (así como una parte de otro instituto, Santa Familia, para matrimonios; sin olvidar a los/as cooperadores) han dado a muchas jóvenes (y mujeres en general), en más de treinta naciones, nuevas posibilidades de asociarse al celo pastoral del sacerdote y responder así a las necesidades espirituales de los hombres de hoy.

El P. Alberione supo entender a la mujer y hablarle, partiendo de las páginas del evangelio y de la clara percepción de los maravillosos recursos del alma femenina para colaborar en la construcción del Reino de Cristo.

174. Los planes de Dios creador, ratificados por Dios redentor, acerca de la mujer, van elaborándose y realizándose en medio de un conjunto de fatigas, de obstáculos y de heroísmos pequeños y grandes. El ideal de la mujer, tal como resplandece en María, está siendo tenido en cuenta cada vez más en todos los sectores de la humanidad. La mujer es ayuda para el hombre (cf Gén 2,20-24), asemejándose (cf Gén 1,24) a él (cf 1Cor 15,22.45), formando una carne con Aquel por quien se realiza y se aplica la redención en la Iglesia; trabajando con él para la promoción social y moral [1956: CISP, 1272].

175. La mujer ¡podría tener el mundo en la mano! [1961: SdC, 3691].

176. La mujer de hoy debe formar al hombre de hoy, debe socorrer las necesidades del hombre de hoy, debe valerse de los medios de hoy [1915: DA, 38].

177. Es necesario reflexionar acerca del aporte que la mujer puede dar a la Iglesia, a la humanidad, con su entrega y con la fuerza que le viene de la naturaleza. Por eso no se pensó en la Familia Paulina como compuesta sólo de hombres: el Señor la ha querido compuesta también de mujeres [1961: SdC, 362].

178. La mujer que se hace religiosa es porque se ha conmovido ante la suerte de los muchos millones de infieles paganos y abandona el mundo civil para compartir la infeliz suerte de aquéllos, a menudo acortando la propia vida, siendo incomprendida y hasta perseguida [1956: CISP, 1272].

179. La mujer se nos presenta completa: cultura y espiritualidad, familia y sociedad, aportación eficaz en las cosas civiles y en las iniciativas religiosas; talmente de Dios, que se hace su pertenencia absoluta, y talmente del hombre, que lo completa; debidamente sometida y sin embargo poderosa por su debilidad suplicante; capaz de cualquier heroísmo si se la guía bien; aun siendo humillada y pisoteada, se levanta y, con la esperanza cristiana, reconstruye un nuevo porvenir [1956: CISP, 1273].

180. Debemos valernos de la mujer para llegar al hombre; debemos dedicar a la mujer a esta suprema tarea: santificar al hombre [1915: DA, 24].

181. El apostolado de la predicación escrita se adapta muy bien a la mujer. Esta, en la Iglesia de Dios, no ha recibido el mandato de la predicación, pero es una colaboradora eficacísima. ¡Cuántas catequistas, cuántas conferenciantes, cuántas buenas madres saben enseñar acertadamente a los niños! ¡Cuántas maestras saben educar de manera tan eficaz y penetrante que transforman los ambientes! Y ello porque la mujer es naturalmente madre; de ahí que tenga, en familia o en la sociedad, adaptabilidad y eficacia en el corazón de todos [1947: HM II (8), 59].

182. Toda religiosa, y especialmente vosotras que estáis siempre expuestas al público, debéis ser un libro viviente donde pueda leerse cómo se ha de imitar a Jesucristo, cómo se ha de vivir según Dios, cómo se traduce en práctica el evangelio [1947: HM II (8), 54].

183. Estas pequeñas religiosas pasan por todas partes... Y no digo pequeñas de estatura... Quiero decir «pequeñas» en sentido evangélico: «Quien no acepte el Reino de Dios como un niño, no entrará en él» (Mc 10,15). El divino Maestro no quería decir, ni mucho menos, a san Pedro que se redujera a una altura de ochenta centímetros... ¡Quería decir pequeñas de espíritu! [1955: IA (3), 10].

184. Hay que difundir la sagrada Escritura, la carta escrita por Dios a los hombres; pero faltan carteros que la lleven. Las Hijas de San Pablo tienen el cometido de llevarla. Falta también quien la multiplique, y las Hijas de San Pablo la multiplicarán mediante las máquinas. ¡Qué preciosidad de cosas tenéis que hacer! Dios ha escrito, los hombres no reciben la carta, pero vosotras vais a llevarla de manera que llegue a todos; y si cumplís bien la tarea de «mensajeras» de Dios, ¡estad seguras de haber encontrado el camino del cielo! [1932: HM II (4), 168-169].

185. Benditos los *pasos* de quien evangeliza el bien, de quien evangeliza la paz (cf Is 52,7).

Benditas las *siervas* de la Iglesia (cf Lc 1,38), porque poseen el corazón de esta madre.

Benditas las *caminantes* de Dios, que en el silencio místico del convento estudian los caminos del mundo y mañana los recorrerán para llegar a la gente.

Benditos estos *ángeles* del Señor en busca de los hombres que han perdido o nunca han encontrado el camino de la Iglesia.

Benditas las *portadoras* de Jesús, que llevan a todas las familias el evangelio del amor.

Benditas las *colaboradoras* del celo sacerdotal, que predicán en silencio a Jesucristo camino-verdad-vida.

Bendito el suave *perfume* de azucena, de rosa y de violeta que dejan a su paso.

Benditas las *imitadoras* de María, quien presentó a Jesús a los pastores, a los magos, al templo, a los discípulos, al mundo.

Benditas las *Hijas de San Pablo*, que tienen el corazón de este *padre*, dan la palabra del *padre*, y con él –sufriendo, rezando, actuando– recorren el camino señalado por Dios.

Desde distintos lugares de la tierra los caminos convergen en una sola convocación: allí está Jesús, e os ha dado una cita: «Venid, benditos de mi Padre; heredad el reino» (Mt 25,34).

Descienda sobre ellas la *bendición* de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y las acompañe para que caminen y lleven frutos duraderos, para gloria de Dios y paz de los hombres [1947: A, 517].

12. Una opción fundamental: la vida religiosa

El P. Alberione recuerda en sus apuntes: «Hacia 1910, con una mayor luz, dio un paso definitivo: escritores, técnicos, propagandistas, sí; pero religiosos y religiosas. Por una parte, llevar personas a la más alta perfección –la de quien practica también los consejos evangélicos– y al mérito de la vida apostólica. Por otra parte, dar más unidad, más estabilidad, más continuidad, más sobrenaturalidad al apostolado. Formar una organización, sí; pero religiosa; donde las fuerzas están más unidas, donde la entrega es total, donde la doctrina será más pura; y esta sociedad de personas que aman a Dios con toda la mente, fuerzas y corazón, se ofrecen a trabajar por la Iglesia, contentas con el salario divino: «recibiréis el ciento por uno y heredaréis la vida eterna» (cf Mt 19,29). Él gozaba entonces considerando parte de esas personas como militantes en la Iglesia terrena, y parte ya triunfantes en la Iglesia celestial (AD, 23-24).

Desde entonces, teniendo siempre presente el fin que lograr –el apostolado con los medios modernos–, el gran tema de su pensamiento y de su trabajo sacerdotal fue la «vida religiosa».

186. El estado religioso tiene sus raíces en la hondura del evangelio. El cristianismo pasará siempre por el mundo como una paradoja viviente: locura para unos, escándalo para otros (cf 1Cor 1,23); para nosotros, en cambio, verdad y realidad divina, tal como subrayan las ocho bienaventuranzas anunciadas por el Maestro divino.

Con más razón, el estado religioso, que es el perfeccionamiento de la vida cristiana, la práctica integral del evangelio, parece un contrasentido: sacrificar la propia vida para conservarla (cf Mt 16,25); perderlo todo para ganarlo todo. Y este es el colmo de la paradoja: la pobreza se vuelve riqueza, la humillación exaltación, la virginidad maternidad, la servidumbre libertad, el sacrificio bienaventuranza, el servicio apostolado, la muerte vida. «Moristeis, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col 3,3); «Con Cristo quedé crucificado y ya no vivo yo, vive en mí Cristo» (Gál 2,20). La mística crucifixión del religioso se llevó a efecto con tres clavos: pobreza, castidad, obediencia.

Y tal crucifixión, tras la misa y el martirio, es el acto más grande y meritorio. Cada mañana al renovar el sacrificio de Jesús, clavo mi ser a su misma cruz, renovando los tres santos votos [1960: UPS I, 55].

187. La que estamos atravesando es más que nunca la hora de los religiosos. De ellos, si se les escoge y prepara bien, la Iglesia recabará enormes ventajas en todos los sectores de su actividad universal. Así sucedió en los períodos más turbulentos de su historia milenaria: religiosos bien templados en la oración profunda, el estudio y la observancia salieron de su silencio para ocupar la vanguardia en el combate y para contribuir valiosamente al triunfo de la civilización cristiana y católica. Hoy en día las necesidades son de incalculable amplitud y hondura [1949: CISP, 454].

188. La vida religiosa puede verse expuesta a pruebas tremendas en la próxima generación, si no la sostiene una fe genuina y fuerte [1967: CISP, 290].

189. Terminará un Estado u otro, una u otra Orden, uno u otro instituto, por falta de miembros o de espíritu religioso; pero no perecerá, no se extinguirá nunca el estado religioso, pues pertenece a la integridad de la Iglesia y es la nota externa, una de las características principales, de la santidad. ¿Estamos convencidos de esto? [1933: SVP, 47-48].

190. Nosotros, los religiosos, ¡debemos cargar con nuestra parte de responsabilidad! Pues si el clero secular tiene tareas delimitadas por los confines de las parroquias y de las diócesis los religiosos están llamados a conquistas amplias, son para las obras generales, para los problemas más urgentes. Hemos de sentir con el papa, pensar con el papa, obrar con el papa, cuyo corazón late al unísono con el corazón de Jesucristo. ¡Oraciones y actividades apostólicas para las nuevas conquistas!

Reflexionemos sobre las cifras. Con ellas en la mano, no caben vagos optimismos ni pesimismo. En 1925, había fuera de la Iglesia católica, es decir por convertir, 1.326 millones de personas. En 1935, fuera de la Iglesia católica, o sea por convertir, había 1.680 millones de personas. En 1949 eran ya 1.800 millones.

Examen de conciencia: ¿amamos de veras a Dios, a los hombres, a la Iglesia? [1951: CISP, 562].

191. La meditación y el examen de conciencia. pueden hacerse también sobre los números [1965: CISP, 1444].

192. Fundir contemplación y actividad es la vida más perfecta, ¡es arder e iluminar! Son dos las clases de méritos: la santificación propia y el celo por la gloria de Dios; en efecto, «preocúpate de ti y de la enseñanza...; si lo haces, te salvarás a ti y a los que te escuchan» (1Tim 4,16). [1953: CISP, 649].

193. El religioso no tiene carreras que le halaguen; no busca reconocimientos ni títulos; no trata de alcanzar estima o distinciones; no se preocupa por la paga. Ha renunciado incluso a las comunes compensaciones del clero secular; no hace distingos entre hábito negro, morado o rojo. ¡El se fía del «céntuplo» (cf Mt 19,29), y así recoge cien veces más de lo que ha dejado!

Si el Espíritu Santo nos ilumina, por cuanto depende de nosotros, preferimos la humillación a la alabanza, la pobreza a la riqueza, el olvido a los elogios, el dolor a los consuelos y a la salud.

Hemos de considerarnos los últimos (cf Mt 19,30), sin esperar reconocimientos, y ponernos en segunda fila respecto al clero secular.

Nos toca obrar conversiones, erigir parroquias, organizar diócesis... para cedérselas luego al clero diocesano. Debemos dedicarnos al estudio, a la oración, al ministerio y al apostolado cuando en la Iglesia todo va viento en popa; pero también intervenir cuando ella está pasando momentos difíciles, aportando nuestra parte de acción y oración, y luego volver a la sombra y ser criticados, despreciados, juzgados con severidad (cf 1Cor 4,10-13), porque esperaban más de nosotros; aceptar exigencias sin retribución: confesar, predicar y servir sin recibir ofertas; trabajar en las ediciones, en nuestro apostolado, con horarios pesados e incluso jugándose la salud, y luego ser tenidos por holgazanes y comerciantes. Tal es la condición elegida por el religioso y aceptada con la profesión... Pero está luego el céntuplo... y la vida eterna, si somos fieles [1960: UPS III, 58-59].

194. Mirad, hay una especie de misterio en la profesión: la pobreza resulta la mayor riqueza, la castidad es el mayor amor y la obediencia es la más grande libertad [1956: VRg, 184].

195. La vida religiosa es una vida de fe más viva; si esta empalidece, se abandonará la vida religiosa; tal vez subsista aún el cristiano, aunque a veces ni esto siquiera, ya que *la corrupción de lo óptimo es pésima* [1956: SdM, 15].

196. El valor de una congregación religiosa radica en el espíritu de obediencia que reina en ella [1935: ER, 66].

197. No hay otro camino hacia la santidad y la paz más que este: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo» (Mt 6,10).

El estado religioso cuenta con muchos bienes, pero también con fastidios y peligros a cada paso, que son «los gajes del oficio»:

- peligro de recibir órdenes molestas, difíciles, dolorosas;
- peligro de caer en manos de un superior antipático y duro, o entre hermanos poco agradables;
- peligro de incomprendimientos y arrinconamientos, y ¡cuántos han sufrido esta prueba!;
- . - peligro de ser destinados a puestos difíciles, incluso para la salud;
- peligro de cambios imprevistos;
- peligro de un cargo ingrato, que puede parecer hasta desproporcionado.

¿Qué hacer cuando el peligro se vuelve realidad?

Mirar a Jesús: «No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mt 26,39 [1960: UPS I, 525]).

198. Hay que tener amor en la obediencia y obediencia en el amor. Las divisiones internas en un instituto llevan a las más graves consecuencias: divisiones de pensamiento, de orientación, de carácter, de doctrina, de obras, etc. Destruyen en la base y en la vida el espíritu del instituto. La unión es un bien tal que por él deben sacrificarse bienes y pareceres particulares [1960: UPS I, 291].

199. El Espíritu Santo no está solamente en la superiora general o provincial o local, sino también en los miembros. ¿Para qué se convoca el concilio ecuménico? Para que los miembros digan lo que el Señor les ha inspirado.

La Iglesia es un cuerpo místico, y cada instituto es una parte de ese cuerpo místico. A nadie se le ocurra obrar individualmente, pues el instituto es una sociedad, y en la sociedad hay miembros que pueden hablar; es cuestión también de pedir consejos y, al mismo tiempo, de exigir cuentas.

Se trata de un gobierno democrático, no absolutista; no es un gobierno que únicamente da o impone, sino que recoge ideas y sugerencias, las medita, reza por ellas, y luego pasa a tomar decisiones.

De este modo se encuentra con mayor facilidad el designio de Dios y, al mismo tiempo, cada uno de los miembros, sintiéndose en el deber de dar su aporte al instituto, se hace responsable, actúa de mejor gana y también acepta lo que le mandan, pues sabe que se ha ponderado bien la cosa [1961: SdC, 272-273].

200. Unión de inteligencia: el amor no exige a los religiosos no tener ningún pensamiento personal, ni la obligación de aceptar siempre las ideas ajenas; pero, eso sí, produce insensiblemente una amplia conformidad de pareceres, sentimientos y miras, y luego la

formación religiosa acerca cada vez más las opiniones. Sigue habiendo aún casos de divergencia, y entonces se sigue la regla de san Agustín: «En las cosas necesarias, unidad; en las dudosas, libertad; en todas, caridad» [1960: UPS IV, 219].

201. No todo es malo, pero cuando se llevan gafas rojas o negras o verdes, las cosas se ven rojas o negras o verdes. Verdes, cuando hay envidia; negras cuando se sospecha mal, y rojas cuando uno se pone nervioso ante todo lo que pasa, interpretándolo todo malamente [1954: VRg, 332].

202. La vida comunitaria requiere *sociabilidad*. El hombre es social por naturaleza. Exceptuando el caso de una vocación especial y bastante rara, tendemos espontáneamente a encontrarnos, escucharnos y vivir unidos, y ello en todas las edades de la vida. El aislamiento suele temerse.

Pero ello sin *gregarismo*, o sea bebiendo los vientos por el ambiente y los compañeros, dejándose guiar ciegamente hasta perder la personalidad. Hay que saber acompañarse y al mismo tiempo segregarse; no dejarse absorber por la vida colectiva, las lecturas insustanciales, la radio, el cine, la televisión, llegando a una cierta estupidez, pasividad, esclavitud, falta de reflexión y de ideas propias y dominantes [1960: UPS I, 288].

203. La vida comunitaria ha de estar atenta a las desviaciones y a las casi inevitables imperfecciones.

En primer lugar están los peligros generales y comunes: peligro de conservadurismo con hipertrofia de los pormenores; incapacidad de colaboración con los demás; mezquindad en el modo de combatir por un ideal; incompreensión del ideal y del apostolado de los otros, etc. [1960: UPS I, 286].

204. Hay quien transmite su nerviosismo con la potencia de una descarga eléctrica, y quien, al contrario, acepta la pena como un don de Dios. Daos cuenta de que la paciencia es el resultado de muchas virtudes. Si falta la paciencia, ¿cómo podrá mantenerse la paz y la unión?, ¿cómo se podrá progresar espiritualmente y en el apostolado? [1956: IA (3), 233].

205. ¡Cuántas veces sucede que justo la persona que quiere restablecer el orden acaba trastornándolo más aún! En algunas reuniones suele suceder que quien intima silencio es quien más chilla.

El verdadero apremio de una reforma empieza siempre por nosotros mismos; por tanto, no os pongáis a escuchar a cuantos hablan de reformas –en el clero, en la sociedad, en las asociaciones católicas–, si antes no veis que esas personas empiezan reformándose ellas mismas. [935: ER, 64].

206. Hay en las comunidades tipos que manejan la barca, que se imponen; y otros individuos que los siguen y aplauden sin controlar ni controlarse. De este modo, bastará uno para rebajar el nivel moral.

Los superiores deben enseñar a reflexionar, a guiarse según los principios; procuren formar personas dóciles, pero sin dejar a sus súbditos en el infantilismo. ¡Cuántos religiosos hay sometidos a influencias colectivas, exageradas y despersonalizadoras! Para una sana ascesis es necesario también saber aislarse, decidir y vivir como adultos. Decisión, energía, tenacidad y seguridad en los principios darán óptimos religiosos, educadores y guías de almas.

Saber crear un ambiente acogedor, alegre y sereno es una cualidad preciosa. Bromas, pero dignas; seriedad, pero a su debido tiempo; condescendencia, pero no debilidad; orden, pero sin manías; ductilidad, pero no por simpatías; respeto a muchas ideas y costumbres, pero manteniendo las propias cuando son sanas y seguras [1960: UPS I, 290s].

207. A veces se asiste a un espectáculo penoso: hermanos generosos sobrecargados de trabajo y otros, en cambio, que están ahí como espectadores mirando, juzgando, sacando defectos. «Corred para ganar» (1Cor 9,24) [1960: UPS I, 289].

208. A medida que pasa una generación, los jóvenes parece que no soportan a los ancianos, y dicen: «¡Estos viejos no entienden nada!».

Por su parte, los ancianos, generalmente, parece e se oponen a todo lo nuevo: «¡En mis tiempos se hacía así!».

El camino que debéis seguir es el de una modernidad sana [1955: IA (3), 18].

209. También las bromas hacen bien. No se puede vivir siempre en tensión. Que no haya morros. Nuestro apostolado es ya de por sí bien trabajoso, consumidor de fuerzas y dinero. Por lo tanto, cuando estéis en casa conviene vivir más relajados. Tratemos de ejercitar la paciencia, no de hacérsela ejercitar a los demás. En fin, llevar una convivencia moralmente serena.

El Señor creó durante seis días, y al séptimo descansó; el séptimo día, descansad también vosotros. Si no puede ser el domingo, porque tal vez debéis llevar a cabo una jornada del evangelio, descansad el lunes. En suma, tiene que haber descanso físico y moral en nuestras casas [1954: VRg, 570].

210. La vida *verdaderamente* religiosa entraña la mayor actividad: el trabajo de santificación, la oración, el celo, la necesidad de pertenecer a la multitud de quienes están a disposición del papa para las obras de carácter general... Es la vida más fatigosa y constituye una continua abnegación y redención [1954: FP, 63; cf CISP, 1084].

211. La santidad es la testarudez en cumplir la voluntad de Dios siempre y a pesar de cualquier dificultad [1948: HM II (8), 119].

212. Toda la perfección está en esta expresión de san Pablo: «el amor mutuo, que brota del corazón limpio, de la conciencia honrada y de la fe sentida» (1Tim 1,5). [1941: HM II (1), 28].

213. Una pieza de tela, aunque tenga dos mil metros de larga, no es sino el resultado de pequeños hilos. Pues igual nuestra vida: aunque sea larga está hecha de minutos, y en la santificación de estos minutos está el secreto de la santidad. Además, en la vida religiosa no hay ordinariamente acciones que entrañen heroísmo; este, sin embargo, sí se requiere para seguir con constancia practicando las virtudes teologales y las cardinales y viviendo bien momento tras momento. En la vida religiosa no debe haber saltos: correr un poco y sentarse otro poco o quizá retroceder... ¡No!, hay que caminar constantemente, a pequeños pasos pero todos los días [1956: IA (3), 193].

214. Dárselo todo a Dios: en esto consiste la santidad. «Muy bien, empleado fiel y cumplidor; has sido fiel en lo poco, te pondré al frente de mucho» (Mt 25,21). El Maestro divino elogió a la mujer que había dado dos moneditas (cf Mc 12,42-43), porque dio de lo que le hacía falta, mientras otros daban grandes sumas pero de lo que les sobraba. Por lo

demás, ¿se siente o no la paternidad? Pues en, la paternidad queda inmensamente sublimada dando almas a Dios. ¡No por nada nos llaman padres! Hemos de llevar en nuestro corazón muchas personas a las que Dios llama y espera, pero que a menudo encuentran muchas dificultades [1960: UPS I, 84].

215. La obediencia:

- es el sacrificio y holocausto de sí al Señor en su momento;
- es el gran deber de estado;
- es la fuerza de una institución, como la dovela un edificio;
- es la virtud que garantiza toda la vida de un instituto;
- es la práctica que facilita toda la vida de santificación;
- es madre y guardiana de toda virtud;
- es una virtud social y, a la vez, una virtud individual [1960: UPS I, 523].

216. Hay muchos que quieren hacerse santos, pero no saben hacerse niños y no encuentran el camino indicado. Y bien, el camino es éste; si no se pasa por él, no se llega. Hasta que no digamos que no somos buenos para nada, que tenemos necesidad de ayuda y de consejo, que no somos dignos ni de una mirada de Dios, no nos haremos pequeños ni aptos para el reino de los cielos (cf Lc 18,17) [1932: P, 293].

217. «El amor de Cristo no nos deja escapatoria» (2Cor 4,14). Este es el amor que os apremia a dejar la patria, como un día os empujó a abandonar la familia; como nos impulsará luego a apresurar la salida del mundo para entrar en la eternidad: «Deseo morirme y estar con Cristo» (Flp 1,23). Sufrimos continuamente separaciones, desprendimientos, despedidas durante la vida presente; pero es para lograr una reunión feliz, estable y eterna allá en el cielo, dichosos con Cristo (cf ITes 4,18; Jn 14,3), con Dios, con las personas amadas. Se deja todo, «*relictis omnibus*» (Lc 5,11), para adquirirlo todo: méritos, personas, Dios [1947: CISP, 851].

218. Hemos de quitar los impedimentos para que el amor pueda encenderse cada vez más y arder con grandes llamas. A veces, cosas que parecen nonadas pueden convertirse en obstáculos al amor e impedir obrar a Jesús. En la fusión de los metales se requieren múltiples y variados grados de calor, pero bastaría una hojita de amianto para impedir que el calor se difundiera. Una hojita de nada, lo que llamamos una bagatela, podría impedir la comunicación del calor de Jesús a un alma.

Un grave impedimento es el egoísmo; nuestro corazón está hecho para amar, ¡ay si nos replegamos sobre nosotros mismos!

Algunas personas se aman a sí mismas incluso bajo el aspecto de la oración; todo les sirve para nutrir su orgullo, hasta la misma vocación y su mismo cargo. ¡Se buscan a sí mismas, y basta! ¡Oh, las pequeñas satisfacciones que impiden encenderse al amor! Es una simple hojita, pero comprometedora; las invitaciones de Jesús —«Venid a mí todos» (Mt 11,28)— quedan incomprendidas y sin respuesta [1953: IA (4), 69-70].

219. Nadie puede odiar a un niño, pues la inocencia se transparenta en sus ojos. Y cuando uno es así, se hace potente ante los demás; quien domina la propia carne tiene seguidores. Llegaréis a ser dominadores de corazones y de almas, y llevaréis al Señor tantas y tantas personas. Quien se mortifica y se domina a sí mismo tendrá poder sobre las almas, pues nadie se hace tan potente como quien se somete él mismo: «Más vale dominarse que conquistar una ciudad» (Prov 16,32). [1933: SVP, 1691].

220. En cualquier necesidad reconozcamos la voz de Dios que nos invita al examen: ¿cumpló la parte que me toca? Y, una vez realizada bien nuestra parte, descansemos en Dios (cf Sal 55,23), considerándole como Padre nuestro, mientras él nos tiene por hijos suyos [1935:CISP, 25].

221. Detrás de la ley del cuerpo está el pecado, profunda aberración que humilla al hombre entero: mente, voluntad, corazón y cuerpo. Detrás de la ley de la mortificación está la vida. Las mayores batallas hay que librarlas, vencéndolas o perdiéndolas, en el mundo escondido y silencioso de la mente. Allí no hay testigos que presencien y animen o desapruében. Sólo Dios ve los pensamientos; sólo el examen de conciencia y la reflexión sobre nosotros mismos los descubre en parte; sólo se manifiestan en una verdadera dirección espiritual y en el confesionario. En la mente se erige el edificio del bien o, al contrario, se acumulan ruinas vergonzosas (cf Mt 7,24-27). [1946 (?): CISP, 131-132].

222. Hemos de ir siempre adelante con humildad y confianza. La humildad es el pie izquierdo, la confianza es el pie derecho. Tenemos que usarlos ambos para caminar bien [1955: VRa, 884].

223. Quien tiene poca fe, tiene poco celo; quien tiene poca fe no convence a nadie; en cambio, quien tiene fe, tiene el ideal de Dios [1952: RSp, 12].

224. Saber sufrir es verdaderamente un arte; más aún, es el arte capital de la vida. Es necesario aprenderlo y practicarlo, pues practicándolo se perfecciona, como la música o la pintura [1946: HM II (6), 77-78].

225. A veces se tienen escrúpulos sobre el ayuno... pero luego se alimenta uno de mentiras, pecados, acritud contra las superiores y las hermanas... ¡Bonito ayuno! [1956: IA (3), 154].

226. Los institutos florecen en la medida en que se mantienen fieles a la vida interior y al propio apostolado específico [1941: A, 28].

227. Quien más sabe, más obedece [1953: IA (4), 136].

228. Habéis presentado sugerencias de cómo ocupar a las hermanas ancianas. Ante todo, hay que procurar no volverse anciana demasiado pronto, no enrolarse con facilidad en el número de los viejos y considerarse ya jubilados. En la vida religiosa no hay jubilados; la jubilación será el cielo. Por lo tanto, hay que utilizar para el Señor fuerzas y actividad hasta la reserva. «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2Cor 12,10). Estando enfermo, soy más fuerte, pues ofrezco también el sufrimiento, cumpla de corazón la voluntad de Dios y, de ese modo, puedo ser útil tanto para mí mismo como para el prójimo. Jesús, digámoslo así, no tiene nuestra manera humana de pensar: ¡cuánto le valieron a la humanidad sus tres horas de agonía! Y bien vemos cómo la Iglesia nos presenta por doquier a Jesucristo agonizante y crucificado.

Así como tuvimos que hacer esfuerzos y sacrificios para frenar las tendencias y el entusiasmo de la juventud, así también, llegada una cierta edad, hay que recoger y empujar un poco nuestras fuerzas, en lo posible, hasta que el Señor nos llame al premio [1961: SdC, 345].

229. La predicación será fructuosa si se insiste sobre los novísimos; y si los demás temas se conectan, al principio o al final, con los novísimos, se anclará en definitiva la frágil barquilla de nuestra vida al puerto de la eternidad.

Suele decirse que es necesaria una catequesis y una predicación moderna, que prepare a la «nueva moral». Moderna en cuanto a presentación, sí, pero no en cuanto a contenido. La muerte siempre es igual. De otro modo se va minando insensiblemente nuestro ministerio, se minimiza el apostolado entre los jóvenes y se da muestras de una escasa sensibilidad psicológica [1957: CISP, 1294].

230. No os enredéis la conciencia haciendo mil proyectos. ¡Sencillez, se requiere sencillez! Que consiste en hacer la voluntad de Dios, pero de corazón. Todo lo demás –lanzar proyectos difíciles e irrealizables– viene del maligno (cf Mt 5,37) [1941: HMII(1),29].

231. Hemos de combatir hasta la muerte, pues la soberbia morirá tres horas después que nosotros [1940: HM I (2), 167].

232. Quiero que seáis hombres cabales, y no peleles. ¿No os gusta así? Debéis deciros a vosotros mismos: El paraíso me lo tengo que ganar yo. ¡Así que adelante sin tantas monsergas! [1933: SVP, 230].

233. Me decía el P. Trosso antes de morir (y fueron las últimas palabras que me dirigió): «El Señor nos manda a esta tierra con algunos encargos. Cuando los hemos terminado, volvemos donde él. Yo he terminado y me voy» [1960: VRg, 630].

234. Una religiosa fue a ver a su madre enferma. Para consolarla iba contándole lo bien que estaba, que en la congregación no le faltaba nada, que se consideraba satisfecha... La madre, poniéndose seria, le dijo: «Esto no me alegra ni tanto así, pues al cielo no se va de ese modo. Sería humillante para ti si tu hermana, que se quedó en el mundo, se ganara un cielo mejor que el tuyo por los muchos sufrimientos que soporta como madre de familia». Entonces la hija tuvo que contarle también cuánto hay que sufrir y sacrificarse en la vida religiosa [1956: IA (3), 232].

235. Una religiosa no baja de grado, cuando de superiora va a parar a cocinera [1953: VRg, 551].

236. Ser indulgentes con las debilidades humanas es, muchas veces, un engaño. La moral ha de ser delicada, sin escrúpulos pero constantemente atenta. No creáis que con hacer los votos ya se resuelve todo; justamente entonces comienza la lucha y no hay más remedio que orar y vigilar (cf Mc 14,38). Sí, orar continuamente, pues el demonio no respeta ni siquiera la edad madura, como tampoco respeta el hábito religioso [1958: VRg, 205].

237. Hay una clausura que depende de nosotros, y es la que debemos cuidar antes que la meramente material. Cuando hay malicia, ¡ya podéis cerrar todas las puertas, levantar muros, poner tornos y candados dobles... que no basta! Es el corazón lo que hay que guardar, usando también, por supuesto, todas las precauciones establecidas por el derecho canónico y las constituciones. Examinar y guiar el corazón es de una importancia máxima [1955: IA (3), 14].

238. Con tanto papel como manejamos continuamente, ¿no vamos a encontrar una hojita para anotar nuestros asuntos de conciencia? [1930-32 (?): P, 3].

239. Hay una soberbia de los individuos y una soberbia de los institutos. Estad atentas (cf Mc 8,15) a la soberbia colectiva, que es la de los institutos. ¡Humildad siempre! «Somos pocas y poco buenas aún». Pues mientras decís que sois pocas, el Señor seguirá mandando más; si en cambio decís que ya sois muchas, se tomará algunas para llevárselas al cielo, o bien cerrará la puerta para que no entren otras [1956: VRg, 193].

13. La oración

La amplitud que el beato Santiago Alberione dio al tema de la oración –el más intensamente tratado y remachado en su vida– se entrelaza con su misma actitud vital, recordada por todos quienes vivieron a su lado como excepcionalmente ejemplar.

Esta su exhortación se dirige sobre todo a personas religiosas, consagradas al apostolado con los medios de comunicación social y, por ende, necesitadas de un intenso contacto con Dios para mantener siempre íntegra la fuerza del apostolado. Su lema podría resumirse así: «De la contemplación a la acción».

Una forma específica de oración, muy recomendada por él a la Familia Paulina, es la hora diaria de visita al Santísimo: casi una hora de clase ante Cristo Maestro camino-verdad-vida.

A dicho encuentro con el Señor encomienda especialmente el P. Alberione la realización, en toda persona, de la idea central de la espiritualidad paulina: el pleno desarrollo, en Cristo, de la persona humana con todos sus recursos: mente, voluntad, corazón y fuerzas físicas, hasta llevar a efecto la experiencia fundamental de san Pablo: «Ya no vivo yo, vive en mí Cristo» (Gál 2,20).

240. No se merece el nombre de religioso, ni lo es de hecho, quien no da a la oración el primerísimo puesto [1960: UPS II, 9].

241. Nuestras oraciones sitúan ante Dios todo nuestro ser: mente, voluntad, corazón y cuerpo. Las mismas brotan de los dogmas fundamentales de la Iglesia y están orientadas a formar al religioso y al apóstol, llenas como están de sentimiento fuerte y piadoso. Quien se familiariza con ellas y permanece fiel, poco a poco va siendo iluminado, fortalecido y guiado en la espiritualidad de san Pablo [1952: CISP, 697].

242. La verdadera piedad penetra todo el ser para llevarlo al amor de Dios. Es el cumplimiento del primer mandamiento en toda su extensión: amar al Señor con toda la mente, el sentimiento y la voluntad (cf Mt 22,37) [1960: UPS I, 183].

243. El alma que se une a Dios no tiene sino una voz: amor. Y todas sus oraciones son expresión del amor de Dios; aun cuando pida gracias temporales, lo hace sólo en cuanto convengan a la gloria de Dios; en la base de todas sus oraciones no hay sino una petición: amor. Y si adora, es por amor; si agradece, es por amor; si pide perdón de los pecados, es por amor [1945: HM II (5), 111].

244. La oración es para el hombre, el cristiano, el religioso y el sacerdote el primero y máximo deber.

No podemos darle a la congregación un aporte mayor que la oración; ninguna obra es más útil para nosotros que la oración; ningún trabajo es más provechoso para la Iglesia, en un sacerdote, que la oración.

Por consiguiente, la oración es antes que todo, sobre todo, vida de todo.

Puede venir esta tentación: tengo mucho trabajo, demasiado. ¡Pero el primer trabajo para ti, el máximo mandato para un sacerdote, el principal aporte a la congregación es la oración!

Se engaña quien trata de buscar excusas a la falta de oración, diciendo que está muy ocupado.

¿Pero es ésta, de veras, la razón? ¿O más bien parece excesivo el trabajo porque no le precede la oración, con la que fácilmente se desempeñarían las otras ocupaciones?

Pero, ¿qué ocupaciones? La Iglesia, la congregación, nuestra misma alma nos están pidiendo la oración; después vendrá lo demás, en cuanto sea posible.

¿Qué ocupaciones? Generalmente las otras no apremian sino después de esta.

¿Ocupaciones? Primero Dios, después los hombres. ¿Ocupaciones? ¡Pero si la vida de las demás obras es la gracia!; de modo que sin la oración haremos obras muertas. *Maledictum studium, apostolatium, etc. propter quod relinquitur oratio*» [Maldito el estudio, el apostolado, etc. por el que se abandona la oración]. [1937: CISP, 97-98].

245. «Pero uno tiene deberes, a uno le llaman...».

Se contesta: Hay que organizarlo todo bien; pero en el orden de las acciones, preceda la oración. Después de ella se hará lo que se pueda; y en caso de imposibilidad, disminúyanse las obras de celo. Algunos, inconsideradamente, en los primeros años de ministerio, se vacían de cuanto habían acumulado ante el noviciado y juniorado. ¿Y luego? La sal se vuelve insípida y ya no vale para condimentar nada (cf Mc 9,49).

Se objeta: «Tenemos que dar a los hombres». Precisamente: la madre se nutre para mantenerse en vida y para dar de su sobreabundancia la leche a los hijos. Es amor al prójimo cuidarnos a nosotros mismos: «preocúpate de ti y de la enseñanza...; si lo haces, te salvarás a ti y a los que te escuchan» (1Tim 4,16).

Si oramos, ayudaremos seguramente a los hombres, porque les obtendremos los favores de Dios [1937: CISP, 99].

246. Abandonando la oración, todo el edificio espiritual se viene abajo (cf Lc 6,49; Jn 15,5) y no queda sino un cúmulo de ruinas, un buen castillo... pero derruido [1960: UPS II, 12].

247. Dejar la oración para realizar más obras en un retroceso ruinoso. El trabajo llevado a cabo con perjuicio de la oración no nos aprovecha ni a nosotros ni a los demás, pues menoscaba lo que se le debe a Dios [1960: UPS II, 9].

248. ¿Es total nuestra oración? Separar el apostolado de la oración es como tener un miembro paralizado, un miembro importante que no recibe el aflujo de la sangre. Este punto es tan importante que habría que considerarlo en las meditaciones de un mes entero; pero con un buen examen de conciencia algo puede hacerse. ¿Es vital nuestra oración? ¿Influye en nuestra vida, o por el contrario es como un objeto que se coloca en un cajoncito y se deja allí inutilizado? [1960: P, 39].

249. La oración es como la sangre, que parte del corazón y recorre todos los miembros nutriendo y vivificando el organismo entero [1960: P, 37].

250. Si se aprovecharan bien los tiempos de oración, se obtendrían resultados que algunos ni siquiera se atreven a esperar. Pero se necesita una actitud de conversión, examen de conciencia, esmero en la vida interior [1952: RSp, 73].

251. ¡Rezad, tened confianza! Aunque todos se pusieran contra nosotros, aun cuando todas las cosas nos salieran al revés, aunque se irguieran en nosotros todas las tentaciones, aun cuando las cosas que hemos de hacer nos parecieran superiores a nuestra edad y a nuestras fuerzas, ¡hay que tener siempre filial confianza en Dios! Quizás no llegue enseguida la gracia, pues debemos ejercitar la esperanza, pero sigamos adelante, confiemos... llegará ciertamente [1935: ER, 210].

252. Hay que evitar dos errores: hacer consistir la santidad, la oración, en formalismos exteriores, en prácticas exteriores; y no dar importancia a lo exterior, con el pretexto de que basta entregar el corazón a Dios [1957: F, 640].

253. No hay verdadera oración si la mano está en desacuerdo. Así pues, oración y trabajo; o sea, acción que procede de la oración. Para que produzca frutos, la simiente ha de ser, en primer lugar, buena, viva y vital; luego tiene que ser enterrada en la tierra, a conveniente profundidad, de modo que las raíces tengan alimento; encima échese buena tierra y abono y agua. Así nacerá, crecerá, producirá hojas, flores y frutos. El significado es claro: hemos de ser vivos y vitales para la santidad; tener profunda humildad; si llegan habladurías, calumnias y sufrimientos, incluso de aquellos en quienes más confiamos, ¡saber esperar la acción de Dios, en oración y entrega generosa, sin que nada nos detenga, esperando siempre, hasta que el Señor haga sonar la hora! El premio se nos dará en la vida futura, en el cielo, hermoso y eterno [1953: CISP, 1040].

254. El culto de la oración, por una parte, es uno de los deberes fundamentales con Dios y, por otra, es un medio indispensable para obtener las gracias necesarias para la salvación eterna. Impregnar de esta convicción toda nuestra vida, la prensa, la predicación y la educación será un gran mérito, una luz vivificante, una virtud indispensable. Ante este nuestro mundo que aprecia las obras, la fuerza y la ciencia, es necesario predicar esta verdad y, más aún, dar ejemplo de oración. El mundo, la Iglesia, las personas tienen inmensa necesidad de Dios: la oración lo alcanza [1935:CISP, 29].

255. Hasta que no consideremos la oración tan necesaria para nosotros como el pan y el aire lo son para vivir, seremos insuficientes, vacíos, volubles [1950:CISP, 295].

256. Dios mismo trabaja por quien trabaja para él (cf Sal 127,2). Es menester, pues, estar dispuestos siempre a actuar como si todo dependiese de nosotros, y a rezar y esperar en el Señor como si todo dependiese de él [1950: CISP, 295].

257. El medio más eficaz para encontrar buenos caminos de salida en nuestras dificultades es siempre la oración [1952: RSp, 30].

258. ¿La niña está enferma? Se necesitan médicos y medicinas. ¿Está enferma el alma? Se necesita la reconciliación. ¿La niña está débil? ¡Pues reconstituyentes! ¿Está débil el alma? ¡Pues oración! [1939: HM I (1), 249-250].

259. Es preciso orar, orar, orar (cf 1Tes 5,17). Si la oración es óptima, tanto mejor; pero al menos, aunque encontremos tentaciones, que haya sustancialmente oración. Y quien persevera, obtiene... como el amigo que fue a altas horas de la noche a pedir pan a otro amigo (cf Lc 11,5-10).

Quien reza todos los días obtendrá la gracia de rezar mejor, quien ora, está ratificando la necesidad que tiene de Dios y la confianza de ser escuchado. Mientras santamente nos

obstinamos en pedir, demostramos tener fe, esperanza y amor, e incluso antes de levantarnos de la oración, obtendremos ya la bendición divina. En otras palabras, es menester que todos oremos, siempre y de veras, cada día de nuestra vida, al igual que continuamente se toma el alimento y siempre se respira [1937: CISP, 100].

260. La paz del alma, el gozo de la buena conciencia, la suerte de sentirse unidos a Dios y amados por él, la alegría de progresar en la perfección, la bendición divina sobre las obras, las iniciativas, los estudios, el apostolado; la convicción de que Dios Padre, Jesucristo, María santísima y san Pablo están con nosotros; la seguridad del cielo... todo esto son frutos de la oración [1951: «Regina Apostolorum», nov., p. 1].

261. Quien tiene oración abundante y sensata, utilizará fácilmente los talentos, ya sean pocos o muchos; la ciencia sola, el apostolado solo, la pobreza sola, sin la oración, ni iluminan ni calientan, pero la oración (vida interior) es *el alma de todo apostolado*. ¡Verdad para meditar! [1956: SdM, 27; cf CISP, 1135].

262. La liturgia es como un río que atraviesa el año: un río de gracias, de luz, de bendiciones. ¡Hay que penetrar y entender bien la liturgia! Es una gran gracia el espíritu litúrgico en un alma. Hay que acompañar a la Iglesia y orar con la Iglesia [1954: P, 340].

263. Los ejercicios espirituales pueden hacerse sin predicador y sin libro; pero nunca sin reflexión y sin oración [1960: UPS II, 61].

264. Son muchos los métodos de meditación: puede decirse que cada santo tiene el suyo, y que todos indistintamente son buenos, pues los santos no fueron palabrereros: sus consejos son fruto de oración, de estudio, de vivencia personal [1935: ER, 132].

265. El Señor va por delante encendiendo las lucecitas, a medida que se camina y se necesitan; no las enciende todas en seguida al principio, cuando no son necesarias; él no dilapida la luz; pero la da siempre «al tiempo oportuno» (cf Sal 144,15; Heb 4,16). [1959: CISP, 192].

266. Hay que imitar los grandes silencios eucarísticos y vivir en el silencio evitando las palabras inútiles o frívolas. Cuanto menos habléis con los hombres, tanto más sensibles seréis a los divinos coloquios; y cuanto más se cierre el alma a las cosas tanto más penetrará en la dulzura e intimidad de los coloquios con Jesús. Sed silenciosos y seréis personas de vida interior [1934: P, 207].

267. Nuestra oración es en primer lugar eucarística. Todo nace, como de fuente vital, del estro eucarístico.

Así nació, del sagrario, la Familia Paulina; así se alimenta, así vive, así actúa y así se santifica.

De la misa, de la comunión, de la visita eucarística, procede todo: santidad y apostolado [1960: UPS II, 10].

268. ¡Cuánto ayuda, a veces, estar en contemplación ante el sagrario, sin esforzarse en pensar cosas elevadas!, sino diciendo sencillamente a Jesús: eres mi Maestro, me has dado ejemplo y yo quiero actuar como lo hiciste tú» [1943: HM II (3), 106-107].

269. La visita al Santísimo es, para el apóstol, como una audiencia, una clase, en la que el discípulo o el ministro se entretiene con el divino Maestro.

Para sacar los mejores frutos de esta práctica, los métodos son muchos. El más indicado es el que se hace en honor a Jesús Maestro camino-verdad-vida [1956: SdM, 122].

270. En primer lugar, la visita [al Santísimo] no es un conjunto de oraciones, sino justamente eso, «la visita», como si uno fuera a ver a una persona querida, por ejemplo a la mamá; de ahí que haya un intercambio de saludos, un intercambio de noticias, un intercambio de dones, de promesas, etc. La visita tiene la finalidad de establecer nuestra vida en Cristo Jesús, o sea vivir en él, por él, con él [1959: PR, 459].

271. Los modos de hacer la visita al Santísimo son muchos; pero el primero es hacerla, pues a veces nos pueden faltar las ganas; el segundo es hacerla; y el tercero, una vez más, es hacerla; pues, como dice san Francisco de Sales, si me preguntáis cuál es el modo de caminar, tengo que responder: mueve primero un pie, luego el otro, después nuevamente el primero, etc. [1932: HM II (4), 178].

272. Al hacer la visita, consideraos los representantes de la humanidad ante el sagrario, reuniendo en vuestro corazón todos los corazones de los hombres y presentando a Dios todas sus necesidades: que él haga llegar la fuerza a quien es débil, la luz a quien se encuentra a oscuras; que los hombres se alejen del pecado, que Jesús venza la resistencia de los pecadores, que las personas consagradas a Dios alcancen santificación y celo. Jesús os ha encomendado este ministerio: ser representantes de la humanidad ante el sagrario; esta es vuestra vocación, ¡un ministerio de amor! [1953: IA (4), 83-84].

273. No hay que limitarse solamente a dar el libro y traer a casa las ofertas: hay que acompañarlo con la oración, para que las personas, al recibirlo, saquen provecho y, con la luz venida de Dios a través del libro o de la revista, correspondan y dirijan sus pensamientos hacia el fin, hacia Dios, hacia el ¡Hay que tener presentes a todos los lectores! [1933: P, 248].

14. Sentido constructivo de la pobreza

Una de las posiciones más características del pensamiento y de la praxis del beato Santiago Alberione es su modo de plantear la «pobreza» en su Familia religiosa.

Aún manteniendo bien claro el sentido evangélico de desprendimiento, o sea de la total libertad de espíritu frente a las cosas, para poder amar con toda la vida, el P. Alberione asume decididamente, en la pobreza, el testimonio paulino del trabajo, es decir el empleo de todas las energías vitales. Ello reconduce la pobreza al esfuerzo del desarrollo integral de la persona humana, llamada hoy día a un característico testimonio evangélico, y urge a cada uno a consumarse en el amor y a desarrollar concretamente la organización apostólica con los medios de comunicación social.

De este modo, la pobreza tiende a ser un elemento decididamente constructivo, indispensable para el equilibrio de la institución y, en esta, de cada persona: «Carro que camina apoyado sobre las cuatro ruedas: santidad (oración, piedad), estudio, apostolado, pobreza».

274. La pobreza en un instituto es garantía de buen espíritu y de buen desarrollo, especialmente de buenas y numerosas vocaciones. Dios no envía gente allí donde no se trabaja o donde se desperdicia, aunque sea en pequeñas cosas. Quien está apegado, aunque sólo sea a un hilo, es como un pájaro atado: no puede lanzarse a volar hacia las alturas de la santidad [1960: UPS I, 452].

275. Todos los institutos están obligados a la pobreza, pero no del mismo modo: bien diversa es la pobreza de un cisterciense, de la de un jesuita. Santo Tomás dice que la pobreza religiosa tiene un valor instrumental, es decir en orden a los dos fines a los que está ordenada: la santificación y el apostolado [1960: UPS I, 455].

276. Cuando hay mucha oración, juntamente con la observancia religiosa, un apostolado inteligente y la práctica de la verdadera pobreza... las Casas nacen y crecen sin notables sacudidas; y se desarrollan como un árbol plantado al borde de la acequia y bien nutrido, que dará flores y frutos en su sazón (cf Sal 1,3).

El Señor no deja faltar el alimento al obrero evangélico (cf Mt 10,10; Lc 10,7; 1Cor 9,14); con prudencia, comenzando humildemente a pequeños pasos diarios, todo procede con sano equilibrio, y se ganan méritos ante Dios y ante los hombres (cf Mt 5,6) [1960: UPS III, 36].

277. Cuidar la educación humana, particularmente respecto a la pobreza. Aplicar una justa medida, de un lado, y del otro una sensata amplitud, en modo de afrontar y resolver los diferentes problemas que puedan surgir. Es verdad que no poseemos nada nuestro, pero también es verdad que tenemos el encargo de administrar con sensatez lo que la providencia nos da y que sirve para mantener a la comunidad en el servicio de Dios [1955: IA (3), 48].

278. San Pablo dice (1Cor 9,24; 2Tim 2,4-5) que quienes corren en el estadio no se cargan con fardos y bultos sino que visten apenas lo imprescindible para estar más ligeros en la

carrera. Las almas que aman de veras la pobreza corren con mayor ligereza hacia el cielo, pues acompañan a Jesús. Muchas personas aman la humildad pero no la humillación, otras aman la pobreza pero no las privaciones y, si deben hacer algún sacrificio, dan marcha atrás; les gusta no hacer nada, que es todo lo contrario de la pobreza. Jesús nos enseñó la pobreza no tanto con las palabras cuanto con el ejemplo [1942: HM II (2), 116].

279. ¿Cómo podría, sobre todo hoy, un religioso holgazán o mal administrador ir pidiendo, si extiende su mano delicada para recibir de una mano encallecida? Jesucristo, en el cielo, para honrar y suplicar a su Padre, presenta sus manos, no sólo traspasadas por los clavos sino callosas por la sierra, el martillo y la garlopa de carpintero [1954: FP, 62-63; cf CISP, 1083-1084].

280. El religioso, una vez llegado a la profesión perpetua y mientras se encuentra en pleno vigor de fuerzas, tiene que proveer por lo menos a tres o cuatro personas, resarcendo así los gastos ocasionados por él en la formación, para ayudar a otros aspirantes y en previsión de su ancianidad. ¿No es esa la obligación que tienen los padres de familia? [1960: UPS 1, 460].

281. Cada cual procurará cuidar la parte de la pobreza negativa: *ábstine* (abstente), y la parte la pobreza positiva: *sústine* (fomenta). El resultado no depende de unos pocos sino de todos; cada uno tiene su parte de responsabilidad ante Dios y ante los hombres [1935: CISP; 30].

282. ¡Hay que amar la pobreza en las casas! En algunos sitios se nota una cierta tendencia al lujo, que no es pobreza religiosa. Alfombras y lámparas exageradas, algunos muebles, una especie de derroche en hacer regalos... ¡no van de acuerdo el espíritu religioso! Hay que vigilar más sobre la pobreza. Repasar un poco cómo están amuebladas las casas y cómo están arregladas las habitaciones de las superiores para mantenerse a raya respecto a la pobreza religiosa. Y no vale excusarse diciendo: ¡Es que nos lo han regalado! Es que si os dieran diez sofás, ¿ibais a usarlos todos? Las cosas regaladas no estamos obligados a usarlas [1961: SdC, 143-144].

283. El instituto ha de ser pobre y rico al mismo tiempo. Pobre, por nuestra observancia individual de la pobreza, y rico en cuanto a los medios de apostolado (cf 2Cor 8,9; Flp 2,6-7) [1952: EMC, 206].

284. Nadie debería ser más pobre que nosotros en cuanto a los bienes externos para el cuerpo, pero nadie debería ser más sociable que nosotros en cuanto a comportamiento (Lc 12,22-34). ¡No hagáis caso al qué dirán! (cf 1Cor 4,3-5). Nadie es bueno más que uno, el Padre que está en los cielos (cf Mc 10,18). Así que pobreza justa: salud, buena educación, urbanidad según la posición de cada uno, sin tratar de agradar al mundo, sin ser demasiado indulgentes con el mundo. «Si yo tratara de contentar a hombres, no podría estar al servicio de Cristo», decía san Pablo (Gál 1,10) [1952: EMC, 205-206].

285. No es que la pobreza debiera darse sólo al comienzo del instituto o al comienzo de las casas que van abriéndose aquí y allá. La pobreza tiene que durar siempre; es más, cada cual tiene que morir en pobreza.[1964: VRg, 289].

286. Cuando se ha trabajado y, sin embargo, la utilidad todavía no alcanza, se invoca a la divina providencia, se pide decorosamente beneficencia, se goza imitando la pobreza de

Jesús, María, san Pablo (cf Flp 4,12) y viviendo en estrechez. Los confesores, los predicadores, los maestros, etc., se cuentan entre los mejores trabajadores. Hay quienes pretenden el lujo del voto, pero sin el ejercicio de la pobreza: ¡todo son concesiones y exigencias! A veces, los religiosos menos trabajadores son los más exigentes [1960: UPS I, 458].

287. La pobreza paulina tiene cinco funciones: renuncia, produce, conserva, provee, edifica.

Renuncia a la administración, al uso independiente, a lo que es comodidad, gusto, preferencias; todo lo tiene en simple uso.

Produce con un trabajo asiduo; produce en abundancia para dar a las obras y a las personas. Conserva las cosas que usa.

Provee a las necesidades que hay en el instituto. Edifica, frenando la avidez de bienes [1960: UPS I, 447].

288. Los institutos suelen comenzar con obras de celo; tras un poco de tiempo se pasa a buscar... el interés. Se abren hospicios para los pobres; pero después de cincuenta o sesenta años se da la precedencia a quien más paga; y los pobres vuelven a encontrarse en las mismas condiciones de antes. Se abre un instituto para la educación de niños pobres, pero poco después se pasa a colegios donde se admite sólo a quien puede pagar altas pensiones. Así se industrializa y comercializa al enfermo y al estudiante.

Se necesitan, claro está, medios para vivir, ¡pero no hay que cambiar la naturaleza del instituto! ¡No hacía falta un instituto religioso para crear industria! ¡No hacen falta personas consagradas a Dios para comerciar! [1948: HM II (8), 173-174].

289. El Señor da, a veces, lecciones para llevarnos a meditar y aprender lo que debe hacerse y cómo debe hacerse. Tiene que haber una pobreza personal, individual; pero también tiene que haber una pobreza social, del instituto [1966: VRg, 291].

290. Por lo general, es mucho más fácil construir iglesias y casas que santificarlas luego, llenándolas de méritos, de vocaciones, apostolado, vida religiosa y alegre, de oración, hasta convertirlas en antasalas y lugar de preparación para la Casa celestial [1960: UPS I, 462].

291. Siempre se podrá mejorar; pero si se pretende hacer casas de lujo, la pobreza no habitará en ellas [1948: HM II (8), 185].

292. Todo el evangelio se mueve en el mundo del trabajo, y todos están obligados a este; nadie está dispensado del mismo, aunque sea rico; en la parábola de los talentos (cf Lc 19,12-28) tenemos la demostración. El trabajo es también un medio de subsistencia (cf Gén 3,19), al que corresponde un justo salario (cf Lc 10,7; 1Tim 5,18; 1Tes 2,7); y el trabajo es un medio de elevación y de rescate [1954: FP, 53; cf CISP, 1078].

293. Debemos imitar a Jesucristo. Si queremos ser cristianos de veras, hemos de imitar a Jesucristo desde el pesebre hasta la cruz. El fue muy pobre, y trabajó: tuvo un corazón desprendido. El deber del trabajo, que sería ya un deber natural, ha quedado elevado y santificado por Jesús. Generalmente se ama el trabajo hasta el límite del cansancio; ¡pues también Jesús se cansó, y asimismo la Virgen María! San José y san Pablo, nuestro padre, trabajaron constantemente (cf He 20,34). Sobre ellos debemos modelarnos [1953: IA (4), 45].

294. ¡Gran misterio el de la vida laboriosa de Jesús en Nazaret! ¡Un Dios que redime el mundo con las virtudes domésticas y con un duro trabajo hasta la edad de treinta años! (cf Mt 13,55; Mc 6,3; Lc 14,16). Trabajo redentor, trabajo de apostolado, trabajo fatigoso. ¿No es este el camino de la perfección: poner al activo servicio de Dios todas las fuerzas, incluso las físicas? ¿No es Dios acto purísimo? ¿No está aquí la verdadera pobreza religiosa, la de Jesucristo? ¿No se da, con el trabajo, un culto a Jesús obrero? No debe cumplirse, y mayormente por los religiosos, la obligación de ganarse el pan? (cf Gén 3,19). ¿No es una regla que san Pablo se impuso así mismo? (cf 1Cor 4,12; 8,12-18; 2Cor 6,3; 11,7-10. 21-29; 12,12-18; 1Tes 2,9; 5,12; 2Tes 3,7-12). ¿No es un deber social, de modo que sólo *cumpléndolo* puede el apóstol presentarse a predicar? ¿No nos hace más humildes? Para la Familia Paulina, ¿no es esencia del apostolado tanto la pluma de la mano cuanto la pluma de la máquina? ¿No es salud el trabajo? ¿No preserva del ocio y de muchas tentaciones? ¿No conviene que la beneficencia y las colectas sean sólo para nuevas iniciativas (por ejemplo, una iglesia, un medio de apostolado) o para darlas a los pobres o a las vocaciones? Si Jesucristo eligió este camino, ¿no será porque este aspecto era uno de los primeros que restaurar? ¿No es el trabajo un medio para ganar méritos? Si la Familia trabaja, ¿no refleja la vida de Cristo en un aspecto esencial? [1954: AD, 127-128].

295. El trabajo nos acerca a Dios, que es acto puro, infinito y eterno. Cuanto más pasa el hombre de la potencia al acto, tanto más imita a Dios. Y cuantas más potencias pone rectamente en actividad, tanto mejor corresponde a la voluntad de Dios que se las dio, y tanto mejor sirve al Señor: Amarás al Señor con toda tu mente, con *tus fuerzas*, con el corazón (cf Mc 12,30); también las fuerzas físicas están involucradas. Así que el trabajo es parte del primer y principal mandamiento [1954: FP, 58; cf CISP, 1081].

296. Los santos han sido todos trabajadores. En proporción de los años vividos, ¡cuánto trabajaron y con qué variedad! Santo Tomás de Aquino, san Francisco de Asís, san Bernardo, san Francisco de Sales, san José Cottolengo, san Juan Bosco..., en fin, todos. Dieron la primacía al trabajo interior, que luego fructificó en laboriosidad externa maravillosa, productiva, humanitaria, suscitadora de grande admiración en todos [1960: UPS I, 456].

297. Para los perezosos, la vida religiosa, bajo ciertos aspectos, es una gran desgracia; como les falta la inteligencia sobrenatural del trabajo, lo rehuyen (¿y quién no puede inventar pretextos para zafarse?), sabiendo que a la hora de la comida tendrán puesta la mesa. De haberse quedado en el mundo, hubieran tenido que trabajar obligados por la necesidad... y se hallarían con una cuenta menos que rendir a Dios, dando menor escándalo en la comunidad y siendo más virtuosos [1954: FP, 65; cf CISP, 1085].

298. Las religiosas sean ágiles, desenvueltas, capaces de trabajar en los Centros, en los diferentes apostolados: sepan andar en bicicleta, en coche, usar los medios modernos, producir, etc. ¡Esto sí fíque es una hermosura! En cambio cuando se ve circular ciertos autobuses llenos de religiosas... que dan vueltas ociosamente, ¡a uno le repugna! Progresad de todas formas, en todos los campos, pero sin poner os al nivel de los mundanos... Con el pretexto de devoción y de visitar santuarios, uno se dedica a divagar [1955: IA (3), 17].

299. Hay quien comenta y critica porque algunos superiores van en avión. Lo importante no está en el avión o en el barco, en usar un coche más o menos grande. Lo que importa es

ganar tiempo. Usando los medios más rápidos, puedo, por ejemplo, dirigir el retiro mensual en Alba, Turín y Milán el mismo día. En cambio, si gasto demasiadas horas en la carretera, empleo más tiempo en llegar [1955: IA (3), 38].

300. Es peligroso cargarse de deudas desproporcionadas respecto a las entradas, creando tal vez una situación de apuro y de desazón para pagar, llegando por ello a sufrir el espíritu, el apostolado y el estudio, y a que los intereses se coman las utilidades del apostolado. Pero es igualmente perjudicial no proveer a todo lo estrictamente necesario para el espíritu, la salud, el apostolado, el estudio y una vivienda decorosa...Con todo, hay momentos equiparables a los de la Sagrada Familia en Belén y en Egipto; otros equiparables a la estancia en Nazaret, y otros equiparables a la vida pública del Maestro divino.

Las casas, las máquinas, etc., si se adquieren con circunspección y se usan con diligencia, se pagarán fácilmente [1953: CISP, 921].

301. Procurar a uno el pan es una obra buena; pero tratándose de jóvenes y de personas aptas para el trabajo, enseñarles a ganárselo es algo doblemente bueno y doblemente meritorio [1954: FP, 67; cf CISP, 1086].

302. No debe creerse que el «Me lanzo hacia adelante» signifique lanzarse adelante también en los precios. En esto hay que tender al mínimo posible, es decir al menor precio o la menor oferta que sea posible, para que el apostolado continúe, la congregación viva y pueda realizar las obras que debe realizar en beneficio de las almas [1955: Pr VI, 61].

15. El apostolado, emanación de Cristo

El apostolado es el fin que perseguía el beato Santiago Alberione al fundar la Familia Paulina y, mediante ésta, otras muchas obras encaminadas a presentar de modo actual –y con los medios modernos– la palabra de Dios a los hombres de hoy.

Así pues, en el fondo de todos sus pensamientos está el apostolado, al cual –bajo la guía de san Pablo– dedicó toda su atención escrutadora, tanto en lo referente a su contenido como a su origen y a la energía espiritual que debe sustentarlo. El pensamiento del P. Alberione, a este respecto, es profundamente incisivo: el apostolado deriva indispensable e incontestablemente de Cristo, único salvador de los hombres, y entraña, por parte nuestra, una actitud de fondo en la que puedan entrelazarse vitalmente contemplación y acción, amor a Dios y amor a los hombres.

303. Apóstol es quien lleva a Dios en la propia alma y lo irradia a su alrededor.

Apóstol es un santo que acumuló tesoros y comunica, de su abundancia, a los hombres.

El apóstol tiene un corazón encendido de amor a Dios y a los hombres, siéndole imposible comprimir y sofocar cuanto siente y piensa.

El apóstol es un vaso de elección (cf He 9,15) que rebosa, y al que las almas acuden para apagar la sed.

El apóstol es un templo de la santísima Trinidad, la cual actúa sumamente en él. En frase de un escritor, el apóstol transpira a Dios por todos los poros con sus palabras, obras, oraciones, gestos y actitudes, en público y en privado, en todo su ser.

Hay que vivir de Dios y, dar a Dios [1960: UPS IV, 277].

304. ¿Cuántas veces os planteáis el gran problema: dónde camina, cómo camina, hacia dónde camina esta humanidad que se renueva continuamente a la faz de la tierra? La humanidad es como un gran río que va a desembocar en la eternidad: ¿se salvará o se perderá para siempre? [1961: SdC, 232].

305. Ciertamente se dan misterios [en la correspondencia de los hombres a los planes de Dios]; pero lo cierto es que algunos apóstoles se han dormido. ¿Quiénes? ¿Los que vivieron en tiempos del Redentor? No, sino los que vivieron después. De haber sido santos todos los apóstoles habidos hasta hoy, el mundo conocería un poco mejor el amor de Jesús. Y entonces, diréis, ¿por qué no unirnos en una liga de oraciones y de actividades para, por lo menos, llevar el catecismo y el evangelio a todos los hombres? [1935: ER I, 187].

306. Es inútil agitarse sacudiendo la toalla para espantar las tinieblas. Lo propio del caso es encender una luz [1956: VRg, 199].

307. El espíritu pastoral consiste en comunicar a las almas a Jesucristo, tal como se definió él mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6). Hay, pues, que elevar y santificar al hombre entero: mente, sentimiento y voluntad con el dogma, la moral y el culto [1960: UPS I, 376].

308. ¿Y cómo se puede amar a Jesucristo sin desear que su palabra llegue a todo el mundo?

¿Y cómo pueden soportarse las fatigas del apostolado sin la fuerza de la eucaristía, que es nuestro alimento espiritual? Tendríais motivo de lamentaros si no se os hubieran dado juntamente apostolado y eucaristía, pues sería como mandaros al trabajo enfermas y debilitadas.

Antes de enfriarse en el apostolado, las personas suelen enfriarse en la devoción a la eucaristía; y cuando se falla en el apostolado, siempre es porque la devoción a la eucaristía no es muy viva.

De la eucaristía nos vienen la prudencia, la sencillez, el celo, el amor a la Iglesia, la gloria a Dios y la paz de los hombres [1941: HM II (1), 80-81].

309. Demasiados son los que se acostumbran a ver sólo ambientes limitados: el ámbito europeo, el americano..., más aún, el propio país, la propia casa. Ahí crecen con facilidad los chismes inútiles, las añoranzas vacías, los deseos vagos y estériles. Hay que ver siempre las cosas en Dios, en nuestro Padre, en Cristo, en la Iglesia católica [1955: CISP, 1042-1043].

310. Las lágrimas baldías sobre los males presentes no dan ni gloria a Dios ni bien a los hombres, ¡claro que no! Tú, en cambio, «haz lo mismo» (cf Lc 10,37) que el samaritano, quien no se contentó con mirar al hombre herido y atracado, sino que le socorrió, le llevó a la posada, le pagó los gastos... [1958: CISP, 1309].

311. La oración es el alma del apostolado, y un apostolado que carezca de alma está muerto, no aporta nada a la vida de quien lo realiza ni podrá comunicarla. Es Dios quien os manda al apostolado, y Dios os da la gracia [1961: Sdc, 364].

312. Si en nuestra tipografía tuviéramos unas máquinas perfectas, pero faltara la corriente eléctrica, esas máquinas, por buenas y nuevas que fuesen, de nada servirían. «¡Pero si se trata de un hilito tan pequeño que casi ni se ve!» Efectivamente, pero intenta prescindir de él, a ver si puedes.

La energía espiritual es la gracia, que se obtiene mediante los sacramentos y la oración. Si los cristianos no tuvieran la comunión (eucarística), se arrepentirían de haber conocido la religión, al no poder luego practicarla. Hay quienes se pirran por las conferencias y por parecer instruidos; otros embisten contra los vicios, creyendo hacer mucho con eso. ¡No, no, no basta! Hay que dar a Jesús por entero [1935: ER, 110].

313. Para una buena preparación al apostolado se requiere meditación profunda, oración profunda, estudio intenso. De otro modo, quien está vacío ¿qué va a decir? [1952: RSp, 26].

314. Todos los apostolados son buenos; pero la cruz y la pasión son las que redimieron al mundo. Cuando al apostolado de las ediciones se le sabe añadir el apostolado del sufrimiento, entonces se completa la redención: «Voy completando en mi carne mortal lo que falta a las penalidades de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24). «Sin derramamiento de sangre no hay perdón» (Heb 9,22) [1947: HM II (8), 50].

315. Es en la confirmación donde recibimos el espíritu de apostolado [1963: PR, 145].

316. Participar en la eucaristía con conciencia social es transformarla en el más vivo apostolado [1954: FP, 49].

317. Voy a poner un ejemplo. Habéis hecho un gran pozo, encontrando agua buena y abundante. Pero si el agua se queda sólo en el pozo, de nada sirve. Cavar el pozo ha sido un trabajo de preparación: una vez que se ha encontrado el agua, para servirse de ella, se necesitan las tuberías.

Hacer el pozo y haber encontrado agua buena y abundante podemos compararlo a la redención. Luego, todo el trabajo necesario para que el agua del pozo se canalice y llegue a poder usarse donde haga falta, podemos compararlo a la aplicación de la redención [1946: HM II (6), 216].

318. Si se reflexiona, se es fieles a la oración, deseosos de la gloria de Dios y de la salvación de los hombres, vendrán a la luz muchas habilidades, iniciativas, trabajos...; se van echando pequeñas semillas que luego se desarrollan, crecen y dan frutos... De esos humildes comienzos nacen otras iniciativas, habilidades, trabajos... hasta llegar a tener un árbol comparable al plantado junto a las aguas que surgen del sagrario (cf Sal 1,3): dará fruto en su sazón. Nuestro apostolado tiene inagotables medios y caminos; cuando se cierra una puerta, quedan abiertas otras (cf 1Cor 16,9). [1949: CISP, 1023].

319. El apostolado consiste en ser vírgenes y madres. Y cuanto más se llegue a ser almas puras o purificadas, tanto más se llevará a efecto el apostolado de María, haciéndolo actual y eficaz.

Sea que vivamos o que muramos (cf Rom 14,8; 2Cor 6,9; Flp 1,20), sea que tengamos salud o estemos enfermos (cf 1Cor 9,22; 2Cor 12,10), sea que debamos servir a los demás o que nos sirvan a nosotros (cf 1Cor 9,19; Flp 1,1), siempre podemos dar a Jesús al mundo y realizar el apostolado. Algunos lo harán de una manera, otros de otra, pero todas vosotras habéis de sentir el «deber» de la maternidad espiritual, el deber de dar a Jesucristo al mundo [1956: D, 210-211].

320. Vemos en este tiempo un gran afán, un gran movimiento de nuevas iniciativas para conducir el mundo a Jesucristo. No siempre se parte de la fuente, y entonces lo que se da es nuestra propia palabra; ¡hay que dar la palabra de Jesucristo! No nos hagamos el cartel a nosotros mismos (cf 2Cor 10,12; 3,1; 5,12; Gál 1,10), ¡pongamos siempre por delante a Jesucristo! [1959: PR, 463].

321. ¡Sembrad, sembrad! Es verdad que se siembra con fatiga, pero se recogerá con gozo (cf Sal 126,5). En el momento de la muerte, el pensamiento de haber ejercido bien el apostolado dará al alma mucha consolación [1941: HM II (1), 80].

322. Si no tenemos mayor fortuna que Jesús y san Pablo, no nos desanimemos. Sigamos haciendo el bien [1961: A, 647].

323. Nadie puede exhortar a los demás, si no les precede con el ejemplo (He 1,1; Jn 13,15). Cada uno de nosotros pedirá, pues, la gracia de una auténtica santificación de su vida individual, doméstica, profesional, civil [1953: CISP, 587].

324. La difusión de libros y revistas no es eficaz si no lleva a la confesión y a la comunión. El punto de llegada es este: unirse con Jesús; siempre hay que mirar a esta meta [1953: IA (4), 82].

325. El apostolado de la vida interior es la raíz de todo apostolado. Es obligatorio para todos, todos pueden ejercerlo, siempre es posible [1947: HM II (8), 35].

326. El apostolado entraña espíritu de sacrificio; sacrificio de dinero, de tiempo, de salud, de estima. Conlleva desilusiones, críticas, oposiciones, a menudo de quienes menos se esperarían (Sal 55.14), quizá hasta de las personas cuya salvación eterna se busca o de quienes recibieron nuestros beneficios. [1951: CISP, 560].

327. El sufrimiento no es sólo una prueba sino un apostolado; es un secreto de gozo; es la participación en la obra redentora del Salvador [1945: HM II (6), 43].

16. El apostolado con los medios de la comunicación social

«Espíritu antiguo y formas nuevas». Este era el lema operativo con el que el beato Santiago Alberione se lanzó a cumplir la misión que Dios le encomendó.

El «espíritu antiguo» era el del evangelio, el de san Pablo, el de la mejor tradición eclesial. Las «formas nuevas» eran las que el progreso humano del siglo XX sugería para llegar a ejercer influjo sobre las multitudes y para establecer una relación mutua entre los hombres. Eran la prensa, el cine, la radio, la televisión; es decir, los medios de comunicación social.

Con admirable soltura y valentía, el P. Alberione se embolsó por este campo dándole un auténtico sentido de apostolado. Por eso, él sigue siendo, entre nosotros –la Iglesia del siglo XXI– un maestro en el uso de estas formas del apostolado cristiano, difíciles y en continua evolución.

328. Nosotros hemos de seguir encaminando las almas al cielo; pero no a las que vivieron hace diez siglos, sino a las que viven hoy. Hemos de tomar al mundo y los hombres tal como son *hoy*, para hacer el bien *hoy* [1915: ATP, 147].

329. Apostolado es dar a la humanidad la salvación, o sea, Jesucristo camino-verdad-vida. El apostolado paulino es universal respecto a lugares y tiempos.

Tenemos que predicar con los medios modernos, repitiendo lo que el papa, el episcopado y el sacerdote enseñan.

Nos hemos puesto en marcha no para ir callejeando, sino con una meta fija y con unos medios bien precisos y perfeccionados.

Nuestra guía es, junto con las cartas paulinas, el evangelio:

- a) en él tenemos el fondo que presentar;
- b) y la forma de presentarlo;
- c) está el fin: «Gloria a Dios y paz a los hombres» (cf Lc 2, 14);
- d) están indicadas las disposiciones de quien escribe;
- e) está impregnado de la gracia de Dios;
- f) se dirige, ante todo, a las muchedumbres, y luego a todos los sectores de la sociedad;
- g) significa, en conjunto, dar el dogma, la moral y el culto: todo lo que el hombre necesita para la vida definitiva [1957: CISP, 165].

330. El mundo va desarrollándose rápidamente: los centros habitados, la cultura y el comercio se mudan. Se producen revoluciones pacíficas y rápidas mediante la prensa, la radio, el cine, la televisión, la aviación, los movimientos políticos, sociales, industriales, la energía atómica, etc. Es preciso que la religión esté siempre presente, valiéndose de todo nuevo medio como defensa y como conquista. ¡Todo es de Dios, todo ha de servir para un mejor tenor de vida aquí en la tierra y para la gloria del cielo! Quien se detiene o ralentiza se queda atrás; trabajará un campo ya cosechado por el enemigo.

Las librerías internacionales hacen presente, en cada una de las naciones, el evangelio, el pensamiento católico, la cátedra de Pedro [1949: CISP, 1010].

331. Igual que a la puerta de los conventos, por lo general, en tiempos pasados, se distribuía la sopa, se distribuía el pan –y aún se hace en muchos sitios–, así a la puerta de los conventos hay que distribuir la verdad, lo que el hombre necesita: conocer a Dios, conocer el propio destino eterno [1965: A, 201].

332. Hay pecados que se multiplican fácilmente: en las horas de la noche, miles de grandes máquinas, en todas las partes del mundo, con velocidad sorprendente, tiran millones y millones de ejemplares de revistas y periódicos; cada noche asisten a las salas de cine muchedumbres de espectadores; a lo largo de casi todo el día, la radio y la televisión lanzan sus transmisiones... ¿Quién puede decir en qué porcentaje eso es bueno y en qué otro porcentaje es peligroso? [1960: UPS I, 317].

333. El sacerdote predica a un rebaño pequeño, desmirriado, en iglesias casi vacías en muchas regiones... Nos dejan los templos, ¡cuando nos los dejan!, y se llevan a la gente. Será útil considerar las palabras del cardenal Elías Dalla Costa: «...O miramos valientemente la realidad, más allá del pequeño mundo que nos rodea, y entonces vemos la urgente necesidad de un cambio radical de mentalidad y de métodos; o bien en cuestión de pocos años habremos hecho el desierto alrededor del Maestro de la vida; y la vida nos eliminará, justamente, como a ramas muertas (cf Jn 15,6), inútiles, engorrosas» [1950: CISP, 807].

334. Existen dos engaños peligrosos:

a) Limitarse a predicar contra la prensa, la radio, el cine, la televisión, debido a los peligros que frecuentemente conllevan. No podemos pasar por retrógrados o fautores de ignorancia, ¡no se nos escucharía! La Iglesia teme sólo la ignorancia, la falsa ciencia o a medias.

b) Esperar a interesarnos de prensa, cine, radio y televisión cuando ya estos medios hayan sido organizados por los adversarios. Hay que usar el método preventivo, pues es mejor no cometer el pecado que llorarlo después; es mejor alejar las enfermedades que curarlas luego; mejor sembrar el campo con buen grano que permitir a la grama desarrollarse y tener luego que extirparla. Vayan por delante, pues, el periódico bueno, la escuela buena, la película buena, la transmisión buena, la televisión sana. Primero la verdad, que no es un intento de confutar el error. A menudo la medicina llegaría tarde y sería inadecuada [1950: CISP, 806].

335. Prensa, cine, radio, televisión envuelven toda la vida individual, familiar, social, intelectual, moral, artística, económica, política, internacional. Vamos a servirnos de una semejanza apropiada y expresiva. Cada uno de estos cuatro grandes medios de difusión del pensamiento se puede comparar a una inmensa masa de agua puesta en un nivel elevado; si se la embalsa con poderosos diques y se la distribuye sabiamente, corre por los canales de riego o por las turbinas de producción eléctrica y puede distribuir prosperidad y riqueza en los campos y en las ciudades, llevando la abundancia a enteras regiones o a toda una nación. Si, en cambio, se precipita sin control, por un imprevisto aluvión o debido a la ruptura del dique, es la ruina de las regiones circunstantes. Pues así pasa con la prensa, el cine, la radio y la televisión. Cada uno de estos medios es capaz de producir ventajas inmensas o inmensos daños.

Ellos actúan potentemente en las muchedumbres; pueden sacudir gravemente o, al contrario, reforzar grandemente los cuatro quicios de la convivencia humana: la familia, el orden social, el orden religioso, el orden humano-moral [1950: CISP, 802].

336. Prensa, cine, radio y televisión constituyen hoy día las más urgentes, las más rápidas y las más eficaces obras del apostolado católico. Es posible que los tiempos nos reserven otros medios mejores; pero en la actualidad parece que el corazón del apóstol no pueda desear nada mejor para dar a Dios a las almas y las almas a Dios [1960: UPS I, 313].

337. Cuando estos medios del progreso sirven para la evangelización, reciben una consagración, quedan elevados a la máxima dignidad. La oficina del escritor, el taller de la técnica, la librería se vuelven iglesia y púlpito. Y quien trabaja en ellos se eleva a la dignidad de apóstol.

Quien «con manos inocentes y puro corazón» (Sal 24,4) trabaja en esos medios, les comunica un poder sobrenatural, que contribuye a la iluminación y a una acción íntima por el soplo divino que le acompaña [1960: UPS I, 316].

338. El don de la palabra, regalo de Dios al hombre, es algo bien grande para las comunicaciones entre los hombres y con Dios. Si se lo usa además para llevar el mensaje evangélico de la salvación y de la paz, constituye el apostolado de la predicación: «A toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje» (Sal 19,5; cf Rom 10,18).

Ahora bien, los medios técnicos de hoy confieren a la palabra un apoyo de inmenso valor en amplitud y rapidez, de inmensa potencia. Por ejemplo, la palabra del papa puede escucharse en todo el mundo; él puede tener la instrucción catequística (parroquial) a toda la humanidad, que de esta manera viene a ser su inmensa parroquia. Puede también rezar juntamente con todos los hombres. Pío XI decía: «Esto equivale a obedecer y realizar en sentido pleno el divino mandato (cf Mt 28, 20): Enseñad a todos los pueblos» [1960: UPS I, 314].

339. Vuestro apostolado no mira sólo al progreso de las personas consideradas individualmente, sino que mira a crear una mentalidad nueva en la sociedad; lo cual implica marcar una huella, una nueva orientación. Frecuentemente se cae en el error de pararse a ver sólo el fruto de una persona particular, mientras que el fruto más grande es la mentalidad que va difundiéndose en medio de la sociedad: una mentalidad cristiana, que produce sentimientos cristianos y vida cristiana, temor de Dios y todo lo que asegura la vida espiritual en las personas y la vida cristiana en la sociedad [1958: A, 557].

340. Tener ante los ojos una estampita que represente las cinco partes del mundo, con una breve descripción de su situación religiosa, puede servir muy bien para prepararse a la comunión y para la primera parte de la visita, pues puede excitar nuestro celo [1957: A, 137].

341. En el concilio ecuménico Vaticano II, la palabra que más resonaba bajo las bóvedas de la basílica de san Pedro, era ésta: «¡pastoral, pastoral!», o sea, llegar a la gente, salvar a los hombres e inventar nuevos medios para ello. Hubo unos setenta discursos de obispos acerca de la prensa, el cine, la radio y la televisión, tratando de estudiar el modo de usar para el bien todos los medios audiovisuales y técnicos. Pero dolorosamente se produjo una especie de desilusión, digámoslo así, a causa de tantas desviaciones. Se dijo, por ejemplo: «Es que a menudo quienes trabajan con estos medios técnicos para difundir la doctrina cristiana se encuentran en ocasiones de corromperse, de perder el espíritu...». Yo me he puesto a hacer el examen de conciencia: Estas personas nuestras, ¿tienen la suficiente oración como para no dejarse marchitar por los peligros que hay en las librerías, en las

agencias de cine o en las demás actividades? ¿Hemos nutrido suficientemente la oración para que puedan resistir? Porque está el bien, pero también está el mal [1962: A, 204b].

342. Tengamos la convicción de que en estos apostolados se requiere mayor espíritu de sacrificio y una oración más profunda. Tentativas en vano, sacrificios de sueño y de horarios, dinero que no basta nunca, incomprendimientos de muchos, peligros especiales de todas clases (cf 2Cor 11,23-29), perspicacia en la elección de los medios... ¡Salvar, pero antes salvarnos! Hacen falta santos que nos precedan en estos caminos aún sin hollar y, en parte, ni siquiera trazados.

No es asunto de aficionados sino de verdaderos apóstoles. Hay que buscar, por tanto, ante el sagrario, las luces necesarias, y también las gracias de perseverancia, sirviéndose de la universal mediación de María asunta al cielo [1950: CISP, 807].

343. El instituto tiene una gran misión que cumplir. Es claro que al principio se encontrarán dificultades. Cuando se hablaba, las primeras veces, de una religiosa trabajando en las máquinas de imprimir, muchos sonreían, no porque la cosa fuera mala sino porque era una novedad [1947: HM II (8), 80].

344. ¡Cuidado con volverse incoloras! Al volverse incoloras, la congregación pierde su valor. ¡Mantened firmemente vuestro método! Es una gracia especialísima, a la que os toca corresponder. Es fácil dar lo que agrada. Pero nosotros no debemos de dar lo que simplemente agrada a los hombres, sino lo que gusta al Señor (cf Gál 1,10) y lo que el Señor quiere de nosotros. Hemos de mantener este método. Es el método de la Iglesia, el de Jesucristo. Hemos nacido para corregir algo del mundo, no para seguir al mundo (cf Jn 17,14-19) [1954: A, 419].

345. Nuestro apostolado tiene una parte material que se parece a la industria o al comercio, pero que no es ni una cosa ni la otra; si bien exige la misma diligencia, prudencia y justicia de la una y del otro. El agua del bautismo debe ser agua natural y, en lo posible, limpia y preparada con una bendición especial: ella sirve como materia para producir efectos sobrenaturales, borra la mancha original e infunde la vida nueva que nos hace hijos de Dios.

En el apostolado, la materia (industria o comercio) sirve a efectos sobrenaturales «en la divulgación de la doctrina católica, usando los medios más fructuosos y más rápidos» [1954: FP, 74; cf. CISP, 915-916].

346. La máquina (de imprimir), el micrófono, la pantalla son nuestro púlpito; la tipografía, los estudios de producción, de proyección y de transmisión son como nuestra iglesia.

Las tentaciones son muchas, pero trataremos de apropiarnos el dicho de san Pablo: «Todo lo hago por el evangelio» (1Cor 9,23) [1952: CISP, 832].

347. Hay que buscar los mejores medios para la producción de libros, periódicos, películas, etc. El progreso en este campo es rápido. En 1934 podían considerarse viejas las máquinas de 1914; en 1954 son ya viejas las de 1934. En 1974 dirán: ¡Vaya armatostes que usaban aquellos! Hemos de vivir con el progreso, pero un progreso sano, no malsano [1954: Pr V, 138].

348. El apostolado de la comunicación social exige un nutrido grupo de redactores, técnicos y propagandistas. Todos deben armonizarse, como se armonizan los artistas cuando presentan una buena obra. ¡Cuántas voluntades y energías desunidas,

desorganizadas, se agotan en deseos, en tentativas, en desilusiones!

Se necesita que todos, conjuntamente, se pongan a preparar el pan del espíritu y de la verdad.[1960: UPS I, 288].

349. La esencia del apostolado (paulino) es, por lo general, la redacción. Pero en nuestra congregación, tal como en concreto está establecida, la redacción, la técnica y la propaganda son tres elementos constitutivos del único apostolado, si bien cada uno con su propio valor. El apostolado nos hace altavoces de Dios. Sacerdotes escritores, técnicos y propagandistas están unidos en un mismo apostolado, según el espíritu y la letra de las constituciones, en la misión que la Iglesia nos ha encomendado.

San Pablo concebía sus cartas y las dictaba, firmándolas después (cf Rom 16,22; 1Cor 16,21; Gál 6,11). Luego, los buenos cristianos las multiplicaban copiándolas, y otros buenos cristianos las difundían. El ejerció un verdadero apostolado de las ediciones [1951: A, 402].

350. Eucaristía y Biblia se armonizan muy bien; y lo mismo el apostolado de la prensa y la eucaristía. Eucaristía y Biblia forman el apostolado de la prensa. Que estas dos realidades sean siempre inseparables e inseparadas en nuestros corazones [1941: HM II (1), 80].

351. Nuestro apostolado tiene una parte que parece acercarlo a la industria (por ejemplo, el taller tipográfico) y otra parte que parece acercarlo al Comercio (por ejemplo, la librería); pero todo ello es un medio para la predicación, como lo es la pluma en mano de un doctor de la Iglesia. Hay que guardarse, incluso externamente, de dar al apostolado las semblanzas comunes a comerciantes e industriales.

La oración de ofrecimiento, rezada al principio. (del trabajo de apostolado); el sentido de unión entre el escritor, el técnico y el propagandista; el continuo recuerdo mediante el rosario y las jaculatorias apropiadas para ganar las indulgencias anexas al apostolado, etc., imprimirán en el ánimo (la idea) de que es no sólo verdadero apostolado sino el apostolado con los medios más modernos y rápidos, el apostolado más fecundo en méritos para nosotros.

Se necesita además que se sienta esta espiritualidad por otra razón: porque este apostolado carece de los consuelos y de la respuesta inmediata de la gente, que suelen acompañar a los demás ministerios [1954: FP, 74; cf CISP, 1089-1090]

352. Por lo general, toda publicación periódica ha de ser completa y comprender tres partes: camino, verdad y vida. Dígase y piénsese esto como se quiera, pero tiene que estar. Se debe dar cabida al camino, la verdad y la vida, aunque bajo formas variadas y con distintos argumentos, pero tiene que estar. No somos comerciantes o industriales, ¡nada de eso!, somos apóstoles. Meter bien esto en la cabeza; y entonces será mucho más fácil lograrlo [1961: SdC, 361].

353. ¿Qué le va a decir al Señor la religiosa propagandista durante la visita eucarística? «¡Si tengo la cabeza llena de lo que he visto y oído! No puedo recogerme, pues me vienen a la imaginación las personas que he visto, las cosas que he oído, las buenas y las menos buenas...» Habla de ello con Jesús Maestro: «Estas personas son tuyas, más que mías. Yo he tratado de sembrar; pero ni el que planta significa nada, ni el que riega tampoco, sino el que hace crecer (cf 1Cor 3,6-9)», quien da la gracia a las personas. ¡Háblale de ello a Jesús! Si os distrae el pensamiento de esas personas, no se trata de distracción sino de inspiración, es señal de buena voluntad. ¡Cuántas veces consideramos distracciones lo que en realidad son inspiraciones de Dios! [1956: A, 700].

354. Nos sentiríamos cohibidos, al considerar la amplitud de nuestras tareas, si nos faltara la fe en la misión que Dios nos ha encomendado. Por tanto, el primer medio ha de ser la oración, que proceda de una gran fe [1960: UPS III, 209].

355. Por «edición» no entendemos solamente un libro, entendemos otras cosas. La palabra «edición» tiene múltiples aplicaciones: editar una revista, preparar el guión de una película, preparar un programa de televisión, preparar lo que se va a transmitir por radio. «*Edidit nobis Salvatorem*» [(La santísima Virgen) nos *dio* al Salvador], dice la liturgia. Y usa el verbo «*édidit*» [= editó] . La «edición» incluye el concepto artístico, el estudio para producir un objeto que sea, a la vez, litúrgico y artístico [1954: Pr V, 137].

356. La redacción, para nosotros, no es *un* ministerio, sino *el* ministerio. A los demás ministerios les damos los recortes del tiempo; a la redacción le damos *el tiempo* [1946: CISP, 254].

357. Si la belleza de la forma es conveniente siempre y en todos los escritos, mucho más lo es cuando ellos reproducen y comentan la palabra misma de Dios.

En efecto, igual que la Palabra divina se encarnó en el purísimo seno de la más santa entre las vírgenes, e igual que la eucaristía la conservamos en copones de metal precioso, así es conveniente que la palabra de Dios se presente revestida de la forma más noble.

Los escritos de un apóstol (si, bajo la guía de la Iglesia, secundan a la naturaleza humana presentando la verdad en la doctrina, el bien en la moral y la belleza en la forma) poseen las condiciones naturales para ser bien recibidos [1944: AE, 103-104].

358. Para no faltar al cometido del apostolado de la prensa, que exige dar la verdad en la doctrina, el bien en la moral y la belleza en la forma, no es necesario escribir siempre de religión; pero sí es necesario escribir siempre *cristianamente*. Y ello a cualquier escritor cristiano le es posible [1944: AE, 115].

359. La forma de expresión no ha de ser nunca trivial, ni descuidada la técnica, ni ramplón el contenido. Hay que hacer accesible la esencia de la doctrina cristiana, presentándola de forma decorosa. ¡Nada de chabacanerías ni trivialidades! La adaptación ha de hacerse del modo como Jesucristo explicaba los misterios más altos, o como san Pablo exponía las más sublimes doctrinas, igual que los santos padres hablaban al pueblo en sus homilias claras, elevadas, capaces de mover los corazones.

Esto no quiere decir que sea suficiente tener una ciencia mediocre; al contrario, se necesita una ciencia más alta, añadiendo luego el esfuerzo de una suma habilidad para exponerla claramente a todos [1947: A, 399].

360. La palabra de viva voz tiene sus ventajas, pues penetra más fácilmente en la inteligencia. La redacción, a su vez, tiene otras ventajas sobre la palabra hablada: está más pensada, se conserva, se multiplica en muchos ejemplares [1960: UPS III, 129].

361. Escribir no es como hacer un encargo, ir a la plaza, por ejemplo, a por fruta. Uno está seguro de encontrarla, y basta llevar el dinero para pagarla. En cambio, preparar un libro ¡puede llevar meses o años! Y hasta podría darse la impresión de estar perdiendo ociosamente el tiempo [1947: HMII(8),61].

362. El mejor adorno en una sala de redacción es el cuadro de los evangelistas; el mejor signo y objeto de culto, un evangelio abierto en la página donde se dice: «Semilla es el mensaje de Dios» (Lc 8,11); y el más precioso libro de consulta, una Biblia con amplios comentarios de los padres y doctores de la Iglesia.

Pero eso no basta. ¡El mismo escritor ha de estar impregnado del libro divino para poder comunicarlo! [1944: AE, 118].

363. ¡Hay que sentir la responsabilidad! La mayoría de las veces lo que cuenta no es el número de lectores, sino el fruto que sacan, aunque fueran sólo cinco o incluso uno solo. Si has salvado un alma, ¡te has salvado! En cambio, si lanzaseis 5.000 ó 50.000 ó medio millón o un millón o más ejemplares, pero no llevaran a la vida eterna, ¡ya podéis hasta demoler las casas, pues no sirven más que para engañar! Debe sentirse el espíritu, debemos dar lo sobrenatural [1961: SdC, 236].

364. ¡Cuántas palabras vacías, incluso en alguna revista (nuestra)! Si no llevamos las personas a Dios, no las salvamos. ¡Y eso que tenemos en nuestras manos medios tan potentes, brindados por el progreso y que demasiado a menudo se emplean para el mal! ¡Qué gran responsabilidad ante el tribunal de Dios, si no usamos estos medios para procurarle hijos! Hemos de incorporar nos a Jesucristo Maestro; ¿y qué vino a hacer el Maestro divino? [1961: SdC, 233].

365. No se crea que al pueblo no le gustan los libros de tema espiritual. Gusta de ellos, los desea y los entiende mucho más de lo que a veces se puede imaginar. Sigue siendo verdad, por otro lado, lo que decía el cardenal Mercier: «Hay que elevarse para elevar» [1960: UPS IV, 68].

366. A ninguno de los paulinos o de las paulinas les resulta extraño oír decir que Jesús es «maestro de la propaganda». Se da el mismo mensaje, el de la salvación; nos impele el mismo motivo de amor (cf 2Cor 5,14); se presenta según la necesidad y el modo adecuado a los hombres; nos sentimos sostenidos por su ejemplo y por su gracia. Nuestro apostolado se mueve en Jesucristo. Jesús Maestro «recorría todos los pueblos y aldeas, enseñando en las sinagogas, proclamando la buena noticia del Reino» (Mt 9,35).

Su palabra era sencilla, clara, incluso cuando enseñaba doctrinas elevadas. Amoldaba su enseñanza a las necesidades del auditorio. El, como subraya el evangelio (cf Jn 2,25; 6,64), conocía al hombre por dentro. Se adaptaba a los pescadores, a los pastores, a los galileos, a los judíos, a los fariseos, a los discípulos y a los adversarios. ¡Qué diferencia entre la conversación con la samaritana y el coloquio noturno con Nicodemo! ¡Qué diversidad entre la enseñanza dada a las muchedumbres y la impartida al grupito de los apóstoles! Y sin embargo, era siempre el mismo mensaje de salvación.

Del mismo modo quiso que actuasen sus apóstoles [1960: UPS IV, 140].

367. Jesucristo enseñó a no quedarse esperando a los hombres, sino a ir en busca de ellos. Igual que el Maestro, el apóstol debe propagar la divina palabra por ciudades, pueblos y casas, hasta las más remotas. Debe trasponer los montes, surcar los océanos, dirigirse a todos los hombres «para alumbrar a todos» (Mt 5,15). Debe interesarse por cada una de las personas, por cada familia, por cada parroquia. Debe organizar librerías, formar celadores, entrar en todas las asociaciones, convencer a los jefes de oficina, a los jefes de grupos escolares, a las personas de autoridad... ¡Un trabajo de veras capilar! [1944: AE, 272-273].

368. La propaganda constituye el gran problema del apostolado de la prensa. A él se

ordenan la redacción y la técnica. Puede considerarse como el canal a través del cual las verdades que brotan del corazón del apóstol llegan a la gente.

La acción apostólica del propagandista es como la de un suministrador: toma de la Iglesia los tesoros y los distribuye a las personas: «Que se nos considere servidores de Cristo y encargados de anunciar los secretos de Dios» (1Cor 4,1).

Suministrador que no limita su acción a unos pocos necesitados sino que la extiende a todos los hombres, pues los tesoros que la Iglesia posee son para todos. ¡Y basta dar una ojeada al mundo para comprender la enorme necesidad de esta distribución! [1960: UPS IV, 87].

369. La propaganda debe, pues, llegar a todos los hombres, pero especialmente a los más necesitados. El apóstol ha de ser como el buen Pastor que, una vez puesto al seguro el rebaño fiel (cf Lc 15,4), se expone él mismo por la oveja extraviada (cf Jn 10,11.17).

El apóstol será el ángel que recuerda a todos el destino eterno y los caminos de la salvación; el ángel que habla del cielo a aquellos hijos de Dios que se preocupan sólo de la tierra [1944: AE, 270].

370. Los libros hoy son legión; salen a riadas de las diversas casas editoriales, cada vez más numerosas en todas las naciones. Pero lo que importa es llegar a los lectores, a las personas. Está la fiesta de Pascua, que es la fiesta de la redención; pero está también la fiesta de Pentecostés, que es la aplicación de la redención. La redención se cumplió en el Calvario, pero tiene que llegar a las personas; de lo contrario, ¿para qué serviría? [1961: SdC, 160].

371. Os dais cuenta perfectamente de ello: sería inútil escribir, redactar comentarios, imprimir... si luego nadie leyera. Los libros almacenados son como otros tantos maestros enlatados, igual que las momias de Egipto. La difusión es el «momento» del apostolado mediante el cual se llega directamente a las personas [1929: HM I (1), 189].

372. ¡A movilizar, pues, todos los medios de difusión y de propaganda!

El apostolado de la prensa, sin la difusión, puede compararse al farol puesto debajo del celémín (cf Mc 4,21); o a una familia sin hijos. La buena prensa almacenada no puede iluminar a las almas. Y así como la prole es índice de la vitalidad de los padres y garantía de un gran porvenir, así también una densa propaganda es índice de un talante verdaderamente apostólico [1944: AE, 272].

373. Sois las santas modernas; santas que meten las hojas de papel en las máquinas de imprimir; santas que van de casa en casa llevando la verdad a quienes rehúsan recibirla en la iglesia.

Sois las santas de hoy. San Francisco quería que sus frailes fueran a pie; pero hoy vosotras os santificaréis también viajando en automóvil, cuando sea necesario apresurarse para llevar el bien y llegar a tiempo. En el fondo, de lo que se trata siempre es del amor a Dios y al prójimo, de observar los dos preceptos de la caridad, fundamentales en el cristianismo, aunque la manera externa de hacerlo sea diversa. Si en un tiempo era bueno obrar de un modo, ahora conviene obrar de otro. Y si en un tiempo se requerían pocas cosas, ahora se precisa una mayor instrucción; por lo cual es necesario distribuir la verdad a manos llenas, yendo incluso a llevarla cuando la gente no viene a recibirla. También éste es un modo de ayudar [1958: VRg, 607].

374. La Iglesia es la «Editora de Dios», y vosotras sois las «mensajeras» de Dios, yendo de

casa en casa para distribuir el anuncio divino a los hombres, o quedándoos en la oficina postal de Dios –eso es la librería– a la espera de personas a quienes ofrecer la buena nueva [1958: A, 150].

375. La bicicleta, la moto, la motocicleta, el triciclo, etc. se han de usar con sensatez, con discreción, según las circunstancias. Son medios decorosos de transporte también para las religiosas, sobre todo en la propaganda; medios rápidos y utilísimos para multiplicar el bien, y medios convenientes para la salud y el espíritu.

Si actualmente se visitan unos siete millones de personas, entre familias, quioscos, parroquias, salas cinematográficas, bibliotecas, etc., se llegaría a visitar de diez a once millones con uno de los medios arriba indicados, de dos plazas, o con dos medios de una plaza cada uno.

La experiencia enseñará luego más cosas; pero si san Pablo naciera ahora, usaría esos medios [1950: A, 718].

376. La propaganda se hace con la cabeza, no con los pies. Los pasos son sólo medios para llegar donde los hombres. ¡No creáis que la propaganda haya que dejársela a quienes tienen menos inteligencia! [1946: HM II (6), 219].

377. Propaganda racional es el estudio de todo lo que se ha de enseñar para la salvación y para la elevación de los hombres en general; es un examen particularizado de las condiciones y necesidades de los pueblos donde se va; implica preparar en la redacción todo lo que sea útil, necesario y apropiado para dicha población; antes de comenzar la propaganda hay que adquirir conocimiento preciso de la nación, región, diócesis, parroquia, asociación y personas a las que vamos a dirigirnos; hay que escoger, llevar y ofrecer en modo debido todo lo que sea conveniente entre lo que tenemos; hay que usar los medios más rápidos y eficaces para que la palabra de Dios llegue abundantemente a todos [1960: UPS IV, 139-140].

378. En varias naciones existe la posibilidad de anunciar por la radio los libros recién publicados. ¿Por qué no puede presentarlos la misma religiosa? ¿Es que tenéis miedo? San Pablo, nuestro protector, no se detenía ante nada, y cuando se le cerraba una puerta, buscaba otra aunque fuera pequeñita (cf 1Cor 16,9; 2Cor 2,12; Col 4,3). Y bien, entrar por las puertecitas les va muy bien a las Hijas de San Pablo, que son pequeñas. Cuando san Pablo no podía llevar a cabo una empresa, realizaba otra.

¡No detenerse nunca, sino perseverar! ¿Hasta qué límite? Hasta donde den las fuerzas y la salud; por lo demás siempre podremos industriarnos para el bien [1955: Pr VI, 73].

379. Nuestras librerías son centros de apostolado.

Por eso llevan la señal del evangelio y la imagen de san Pablo. No son comercios, sino lugares de servicio a los fieles. En ellas no se vende, sino que se ofrece el apostolado. No tienen clientes sino cooperadores. No son para hacer negocio, sino que son centros de luz y de calor en Jesucristo. No se mira el enriquecimiento, sino a servir a la Iglesia y a las almas. No son para explotar, sino para hacer el bien.

Los fieles y el clero han de encontrar en ellas colaboración, luz, orientación en su ministerio; no se trata de precios sino de ofertas. La librería es el espejo de toda la institución de San Pablo. Es el punto de contacto con el pueblo, el centro de difusión de todas las iniciativas apostólicas paulinas. Es la «Casa Editorial» de Dios.

La librería es un templo; el librero, un predicador; los frutos que se buscan son la luz, la santidad, el gozo en Jesucristo y la vida cristiana. El mostrador es un púlpito de la verdad [1940: A, 502; cf CISP, 126; UPS IV, 162].

380. Hay que cuidar la estética especialmente en los escaparates y en las obras expuestas al público. Éstas han de estar dispuestas de modo que produzcan una sensación agradable en quienes las observan. Quien entra debiera poder abarcar de un vistazo la clasificación de los libros y poder dirigirse fácilmente hacia lo que le interesa.

Renuévense a menudo los libros del escaparate, teniendo presente las oportunidades de los tiempos y de las circunstancias.

El orden, la limpieza, el decoro hay que cuidarlos especialmente en el personal, pues así lo exige la palabra de Dios que se administra, la dignidad del apostolado, el respeto y la caridad con las personas que frecuentan el local [1960: UPS IV, 168].

381. Progresad, de modo que pueda decirse: ¡Esto mejora, va bien! Las librerías deben renovarse. Igual que tratamos de adaptar las iglesias a la oración, así debemos procurar que las librerías estén siempre más en consonancia con la predicación. ¡Librerías elegantes, no inferiores a los demás comercios! ¡Elevarse! [1955: Pr VI, 59].

382. Otra propaganda, asimismo tan necesaria, es la del cine: las salas, las máquinas, las películas. Se ha insistido en que la gente no debe acostumbrarse a ir al cine, pero mientras tanto se ha perdido tiempo y se ha dejado el campo de trabajo al enemigo, que ha producido películas malas. Lo mismo sucedió ampliamente con la prensa.

Los tiempos corren, y es inútil decir: «Antes esto no existía, no se hacía así...». Los hombres de «antes» ya están en el cielo o en el infierno; tenemos que salvar a los hombres de hoy. Todos los santos hicieron así [1948: HM II (8), 177].

383. El del cine no es otro apostolado sino el mismo: dar a conocer a Jesucristo, Maestro divino. Simplemente se usa otro medio. Para comunicar una noticia se puede, por ejemplo, hablar de viva voz, escribir una carta, llamar por teléfono, publicar un artículo en el periódico, enviar un telegrama, hablar por la radio, etc. Son medios diversos, según las circunstancias; pero la finalidad es la misma: dar a conocer una noticia.

Así pues, hay que desplegar el mismo celo, el mismo sentido de responsabilidad, la misma santa ingeniosidad para el libro, el cine, las publicaciones periódicas, etc. [1948: CISP, 954].

384. Es tan importante el trabajo de producir películas catequísticas y para niños, que pienso se necesitará mucho tiempo; pero dará fruto en todas las naciones. No sé si esto os llena a todos de santo fervor apostólico, pero quisiera que lo sintierais al menos como lo siento yo, o mejor aún ¡mucho más que yo! (cf He 26,29). El apostolado del cine encontrará muchos obstáculos, pero en ellos quedará purificado y más bendecido. Las oscuridades preparan la victoria; las angustias, el gozo (cf Jn 16,21). ¡Es preciso resistir a los desalientos! Para que el apostolado del cine sea cada vez más fructuoso, inteligente, efectivo y ordenado exige, más que cualquier otro apostolado, una entrega generosa. Y ésta es fruto de una profunda vida interior [1951: SCS, 17].

385. Cuando llego a los pies de esta colina y me acerco a esta casa, siento dentro de mí algo de la responsabilidad que tenemos en este sector y de los peligros que hay en él para quien no es delicado. Pienso también en los grandes méritos cosechados por quien se dedica a él con delicadeza, fe, prudencia y constancia. Todo el apostolado del

cinematógrafo lo pongo siempre en el cáliz de la misa, conociendo algo no digo todo, de las buenas consecuencias y los buenos frutos que de él pueden esperarse. Y pido siempre que quienes se dedican a él sean virtuosos y estén guiados continuamente por la luz de Dios. «Ten tu dulce mano sobre mi cabeza, guarda mi mente, mi corazón y mis sentidos, ¡oh María, Reina de hermosura!». Que Ella inspire el arte cinematográfico y lleve a cumplimiento todo el bien que este apostolado puede realizar y alcanzar [1955: A, 331].

386. Yo tengo muchas esperanzas puestas en el apostolado del cine, y si tuviera todavía algo que decir, sería esto: ¡que vengan vocaciones para este apostolado! Se objetará que es un apostolado difícil. ¡El bien siempre es difícil! Así que o renunciemos a él o, por el contrario, con valentía y con mucha gracia divina, afrontamos las dificultades y nos ponemos a trabajar duro, a combatir esforzadamente hasta el final [1957: A, 343].

387. Bendigo toda palabra, acción sacrificio y oración por el cine, del cual le hablo a Jesús en la misa, subrayando especialmente la necesidad de que mejoren las películas para los jóvenes y que se desarrolle el cine parroquial, como ayuda a los pastores de almas, juntamente con la prensa [1947: A, 311].

388. Somos demasiado pequeños frente a las grandes organizaciones cinematográficas de producción, de distribución, etc. Somos de veras el «paso reducido». ¡Con esto está dicho todo! “Reducido” en todos los sentidos, económicamente y en cuanto a organización. Pero con nosotros está Dios (cf Rom 8,31), si somos buenos y si todos rezamos. ¡Que nadie falte a la meditación, que nadie falte a la visita al Santísimo! Y que el recogimiento, tanto en los locales de la casa central como en los de las agencias, se mantenga con serenidad, haciendo acopio de las pocas fuerzas que tenemos, pero a las que Dios añadirá la suya, su potencia, y dará su bendición [1960: A, 351-352].

389. Nuestros más grandes santos se agarrarían hoy al micrófono para lanzar con espíritu fervoroso y corazón exultante su mensaje de verdad, de justicia y de paz. Es imposible no recordar el mandato de Jesucristo: «Id por el mundo entero predicando la buena noticia a toda la humanidad» (Mc 16,15); «Lo que escucháis al oído, pregonadlo desde la azotea» (Mt 10,27). Pensemos que estaba reservado a nuestros tiempos el poner en práctica el divino mandato de Jesús: «Mi palabra se predicará en todo el mundo» (Mt 24,14). [195Q: CISP, 805].

390. El programa de las transmisiones de una estación radiofónica es el señalado por san Pablo en su Carta a los filipenses: «Hermanos, todo lo que sea verdadero, todo lo respetable, todo lo justo, todo lo limpio, todo lo estimable, todo lo de buena fama, cualquier virtud o mérito que haya, eso tenedlo por vuestro» (Flp 4,8). [1949: CISP, 1020].